

Selecta

BRENNA WATSON

Cuando un
HIGHLANDER
ama a una
MUJER



Cuando un highlander ama a una mujer

Brenna Watson

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota de la autora

Muchas lectoras se enamoraron de Duncan y Gabriela, los protagonistas de mi novela *Viento de otoño* (Vergara, mayo 2019).

Esta es la historia —de lectura independiente— de dos de sus personajes secundarios: Logan, el mejor amigo de Duncan, y Wallis, que acaba convirtiéndose en la mejor amiga de Gabriela.

Escribirla ha significado regresar, una vez más, a aquella tierra mágica y a aquel pequeño enclave del que acabé perdidamente enamorada mientras lo imaginaba. La trama transcurre unos años antes de que Duncan y Gabriela se encuentren y en ella podréis encontrar a muchos otros personajes a los que, sin duda, reconoceréis.

Para todos aquellos que aún no han viajado conmigo a las Highlands, espero que esta novela os permita descubrir aquel pedacito de mundo que yo creé para todos vosotros.

Viento de otoño comenzaba con la historia del corazón de un rey. Esta comienza con el de un highlander.

Espero que también sea vuestra historia.

Brenna Watson

Capítulo 1

Highlands, Escocia, marzo 1348

Ocho años antes de «Viento de otoño»

Logan se despertó en mitad de la noche, con el cuerpo pegajoso de sudor. Había vuelto a soñar con aquel día en Neville's Cross, dos años atrás. El día en que los ingleses capturaron al rey David. El día en el que su *laird*, Malcolm Montroe, había recibido una grave herida. El mismo maldito día en el que casi perdió a su mejor amigo, Duncan.

Con los jirones del sueño aún colgando de sus párpados, se incorporó para comprobar que ese mismo amigo dormía en su cama, a cinco pasos de él. Bajo un tenue rayo de luna que se colaba por las contraventanas, vio su larga melena rubia, casi blanca, brillando sobre la manta. Echó un rápido vistazo en dirección contraria. Rodrick también dormía a pierna suelta.

Se dejó caer sobre el lecho y soltó un bufido. Jamás podría alejar esa imagen de su pensamiento. Duncan frente a dos guerreros ingleses, protegiendo el cuerpo caído de su *laird*, gritando a pleno pulmón y partiendo prácticamente en dos a uno de ellos, mientras él cabalgaba en su dirección pensando que jamás llegaría a tiempo, que cuando le alcanzara sería solo para recoger los pedazos de su amigo, de su hermano. Pero Duncan estaba hecho de otra pasta, siempre lo había sabido. Algún día sería el jefe de los guerreros del clan, estaba convencido de ello.

—¿Se puede saber qué diablos te ocurre? —El objeto de sus desvelos partió la noche con su vozarrón.

—¿Por qué crees que me sucede algo? —Se puso a la defensiva.

—No paras de moverte y de suspirar como una muchacha.

Rodrick soltó una carcajada desde el otro lado del cuarto, y Logan no pudo sino sonreír. Quería a aquellos dos hombres, no temía reconocerlo. No en voz alta, desde luego, a fin de cuentas era un highlander. Pero daría la vida por cualquiera de ellos, sin dudar.

—A una muchacha me gustaría tener ahora mismo pegada a mi cuerpo —disimuló, lo que provocó nuevas risas.

—Tendrás que conformarte con nosotros —apuntó Rodrick.

—Tienes el culo muy feo, Rodrick.

Una de las botas de su compañero aterrizó en ese instante sobre su cabeza, provocando un nuevo coro de risas, y a él, un sobresalto.

—Pronto amanecerá —señaló Duncan—. Podríamos levantarnos ya y...

—¡No! —le cortó Rodrick—. Hemos estado fuera casi un mes, quiero dormir hasta echar raíces.

—Pero yo solo...

—Te juro por la corona del rey David que si no vuelves a dormirte te dejaré sin sentido de un puñetazo.

—¿Tú solo? —se burló Duncan.

—Solo no —intervino Logan, cuyas palabras fueron coreadas por una nueva carcajada de Rodrick.

Logan tampoco sentía deseos de comenzar la jornada tan pronto. Quería disfrutar del merecido descanso que se habían ganado, y bien sabía Dios que había añorado una cama mullida cada una de las noches pasadas a la intemperie.

Duncan no añadió nada más y el silencio volvió a adueñarse de la cabaña que los tres compartían desde hacía años. Logan no tardó en dormirse, esta vez sin pesadillas.

Después de un mes patrullando las fronteras, sin otra compañía que sus dos amigos y un par de veteranos, el gentío que ocupaba el salón de la fortaleza del clan Montroe se le antojaba una multitud. Logan se había cansado de saludar a unos y a otros y en ese momento permanecía sentado, con la espalda apoyada sobre la pared de piedra y una jarra rebosante de cerveza en la mano. Observaba el ir y venir de sus vecinos, los niños corriendo por la sala, la algarabía de risas y voces. Extrañó las largas y heladas noches allá fuera, donde todo parecía más sencillo.

—¿Siempre ha habido tanta gente en el salón? —preguntó Rodrick, sentado a su derecha.

—¿A ti también te lo parece?

—Me va a reventar la cabeza —contestó su amigo—. Y solo es la segunda cerveza de la noche. Rodrick alzó la jarra, como si quisiera mostrarles que aún estaba medio llena.

—Creo que hemos estado mucho tiempo fuera —apuntó Duncan, a la izquierda de Logan—. En un par de días también formaremos parte de esta melé.

Los tres contemplaron el barullo durante unos minutos, tan ajenos a él como si se hallaran en el otro confín de la Tierra. Logan se disponía a dar un largo trago a su bebida cuando el brazo se le quedó a medio camino.

—¡Que me aspen! —Al parecer, Rodrick había visto lo mismo que él.

En uno de los corrillos, cerca de la gran chimenea, un grupo de personas charlaba animadamente. Entre ellas destacaba, como un faro en mitad de una tormenta, una deliciosa criatura de cabello rojizo y pecosas mejillas. La joven, que no tendría más de veinte años, permanecía muda y casi tan ausente como ellos mismos, con las manos entrelazadas a la altura del vientre. Su figura rellenita y bien formada apenas quedaba disimulada bajo el vestido sencillo que

lucía. Logan y Rodrick se levantaron de golpe.

—Yo la he visto primero, amigo —dijo Rodrick.

—Has hablado antes, viejo —apostilló Logan, picado—. Yo me quedé sin palabras.

Los dos se giraron en dirección a Duncan, que no se había movido de su sitio.

—A mí no me metáis en vuestros asuntos. —Alzó las manos, desentendiéndose.

Logan se envaró. De los tres, Rodrick era el que más llamaba la atención entre las chicas. Era cierto que los tres eran altos, fuertes y bien parecidos, pero Rodrick poseía un encanto natural que lo hacía triunfar donde los demás fracasaban. Soltando un bufido, volvió a ocupar su asiento mientras su amigo, con el pecho hinchado como un pavo, recorría el salón y se unía al grupo, saludando a unos y a otros. Logan vio cómo la chica le era presentada y cómo esta lo ignoraba sin ningún pudor. No pudo evitar regocijarse, sobre todo cuando vio los infructuosos intentos de su amigo por entablar conversación con la desconocida. ¿Estaría allí de visita? ¿Habría venido para quedarse? Sea como fuere, tenía que averiguarlo, porque era incapaz de apartar la vista de ella. Durante un breve instante, la joven alzó la vista y sus ojos se encontraron. Le sostuvo la mirada durante unos segundos, tal vez durante una era, ignorando totalmente al entregado Rodrick que, situado a su lado, intentaba llamar su atención. El pulso de Logan se aceleró hasta que creyó que el corazón le iba a saltar por la nariz. Cuando la chica bajó la vista, la boca se le había quedado tan seca que apuró la jarra en dos tragos.

Unos minutos después, Rodrick abandonaba el grupo, con los hombros caídos. La supuesta decepción no le duró mucho tiempo, porque enseguida acudió a saludarle una de las jóvenes del clan, que se colgó de su brazo y se lo llevó a un rincón del salón.

Logan giró la vista hacia la muchacha, que permanecía en la misma postura que al inicio, como si fuese una estatua. A punto estaba de levantarse y acercarse a ella cuando vio a otro de los guerreros ocupar el lugar de Rodrick. Se fue al cabo de un rato, con el mismo resultado. Decidió que aquel no era un buen momento para aproximarse, sin duda estaría abrumada con tantas atenciones.

Su mirada recorrió la estancia hasta dar con la persona idónea. Iría a hablar con Gavin. Era uno de los veteranos y en el clan no sucedía nada que él no supiese. Gavin sabría quién era aquella chica, quién era la que, esperaba, se convertiría en la madre de sus hijos.

Wallis estaba cansada y no deseaba otra cosa que salir de allí. No sabía por qué se había dejado convencer por su hermana para acudir al salón esa noche. En las últimas semanas toda su vida se había vuelto del revés y solo tenía ganas de meterse en la cama y llorar. Algunos jóvenes se habían acercado a ella con la intención de conversar, pero se había mostrado esquiva. No deseaba conocer a nadie nuevo, sobre todo a nadie del sexo masculino.

Su hermana mayor, Edna, situada a su lado, le había pellizcado el brazo para hacerla

reaccionar, pero ella se había limitado a dar un paso en la dirección contraria para alejarse de sus «atenciones». Fue entonces cuando, sin darse cuenta, tuvo a su lado a aquel formidable guerrero de ojos grises que olía francamente bien y cuya voz aterciopelada le había hecho cosquillas en la piel. Sin embargo, se limitó a mostrarse indiferente. Estaba convencida de que no tardaría en cansarse y dejarla sola. Al elevar la vista vio, al fondo del salón, a otro guerrero no menos magnífico, tan alto y fuerte como el que estaba junto a ella, de largos cabellos castaños, mentón cuadrado y unos grandes ojos color miel. La miraban con un extraño brillo que la calentó de la cabeza a los pies. Si todos los hombres eran así en el clan Montroe, le iba a resultar tremendamente difícil mantener su determinación de no intimar con nadie del sexo opuesto.

Como había previsto, el guerrero de ojos grises acabó marchándose y ella soltó el aire que había estado reteniendo. Aún no había recuperado el ritmo normal de su respiración cuando otro ocupaba su lugar. ¿Iba a ser así durante toda la noche? La sola idea le revolvió las tripas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Edna—. Estás muy pálida.

—La verdad es que no —respondió, echándose una mano al estómago—. Estoy mareada.

—Wallis...

—¡Te lo juro!

—Realmente no tienes buen aspecto.

—Me voy a casa.

—Está bien. Le diré a Stuart que te acompañe.

Wallis observó a su cuñado, charlando y bebiendo animadamente con sus amigos.

—No es necesario, puedo ir sola.

—Pero...

—Edna, son solo unos minutos. No me pasará nada.

Antes de que pudiera cambiar de idea, Wallis le dio un beso en la mejilla y se escabulló en dirección a la puerta. Se arrebujó bien en su tartán y salió al frío de la noche, que la azotó inmisericorde. Inclino ligeramente la cabeza, descendió las escaleras y caminó con brío en dirección a su casa. Estaba situada en el borde norte de la muralla, en la parte opuesta a las puertas de acceso, y era una pequeña vivienda que necesitaba algunos arreglos y que no sabía si sería suya durante mucho más tiempo.

«No pienses en eso ahora», se dijo. «Mañana, ya lo pensarás mañana».

Una vez en el interior, suspiró, aliviada por no haberse encontrado con nadie en el camino al que se hubiera visto obligada a dar conversación. Durante un instante fugaz, la imagen del guerrero de ojos de miel ocupó su pensamiento. Lo desterró de él con una sacudida de cabeza y se dispuso a encender el fuego. No le quedaba mucha leña, tendría que ocuparse de ello pronto. «Mañana», se repitió, como una oración.

La cabaña era pequeña, de una sola estancia, aunque más que suficiente para su madre y para ella. Ahora, en realidad, solo para ella. Se mordió las lágrimas y cogió un pedazo de pan de la alacena. Tampoco allí quedaban muchas provisiones. También debería ocuparse de eso.

Se dejó caer sobre la silla y apoyó los codos en la mesa desvencijada, que cojeaba de una pata y que todavía no había sido capaz de arreglar.

«Mañana», repetía, llorando ya sin ningún control. «Mañana...»

—Debes encontrar un marido, pronto.

—Buenos días a ti también, Edna.

Su hermana cruzó el umbral y dejó sobre la mesa media hogaza de pan y una pequeña cazuela de guiso. Wallis le echó un vistazo por encima.

—Soy muy capaz de cocinar.

—Lo sé, pero creí que te vendría bien.

—¿Dónde están los niños?

—Los he dejado un rato con mi suegra —respondió Edna, dejándose caer sobre una de las sillas.

Wallis tenía dos preciosos sobrinos de cuatro y tres años, Calem y Lean, dos niños revoltosos y vivarachos capaces de acabar con la paciencia de un santo. Durante un breve instante, se alegró de que su hermana no los hubiera traído con ella. En ese momento no hubiera podido lidiar con ellos. Inmediatamente se lamentó por sus mezquinos pensamientos.

—No puedes quedarte aquí sola, Wallis —insistió su hermana.

—Aún no hace una semana que murió madre, Edna. Dudo mucho que Malcolm Montroe me eche tan pronto de aquí —añadió, refiriéndose al *laird* del clan.

—Podrías venirte a vivir con nosotros.

—¡Pero si apenas tenéis sitio para vosotros cuatro!

—Bueno, ya nos arreglaríamos.

—No voy a hacer tal cosa, Edna. Por favor, no insistas.

—Entonces, debes encontrar esposo. Anoche varios jóvenes del clan se mostraron interesados en ti, no paraban de acercarse.

—No quiero esposo.

—Pero ¿qué dices? —Edna la miró con verdadero asombro—. ¿Acaso piensas ingresar en un convento?

—¿Solo puedo ser esposa o religiosa?

—Eh, no, supongo que no... pero no sé qué otras alternativas te quedan... si quieres seguir siendo una mujer decente. Si madre levantara la cabeza...

—No metas a madre en esto —la cortó.

Wallis tomó asiento, tan cansada de repente que sentía que no podría tirar de su alma por más tiempo.

—No sé por qué diablos se empeñó en venir aquí.

Edna bajó la cabeza, cohibida de repente. Pero no fue lo bastante rápida. Wallis pudo ver un destello de lágrimas en sus ojos.

—No es culpa tuya, Edna. —Le tomó una de las manos.

—Pero yo le pedí ayuda, Wallis. Cuando fuimos a veros en Navidad, cuando yo...

—Shh, no pasa nada.

Wallis recordaba perfectamente el momento. Por aquel entonces, Edna estaba embarazada del que habría sido su tercer hijo. Se sentía sobrepasada, con dos niños pequeños que atender y un tercero en camino. Su madre no había tardado ni un minuto en decidir que debían instalarse en el clan Montroe, sin encomendarse a nadie y sin contar con la opinión de Wallis, que por nada del mundo quería abandonar el único hogar que había conocido hasta entonces. Y allí estaban ahora. Edna había sufrido un aborto en febrero que casi le había costado la vida, y su madre y ella habían llegado hacía menos de dos semanas. Tres días después de haberse instalado en su nuevo hogar, cayó fulminada cuando regresaba de visitar a sus nietos. Nadie pudo hacer nada por ella. Ni siquiera Fiona, la mujer que vivía más allá de las murallas y que hacía de curandera para el clan. Pese a lo mucho que habían discutido en los últimos meses, Wallis quería mucho a su madre y la echaba terriblemente de menos. Sabía que a Edna le sucedía lo mismo y que, además, se sentía culpable. Ya habían mantenido esa conversación un par de veces después del entierro. Estaba convencida de que, si ella no le hubiera comentado nada, su madre aún viviría feliz en su antiguo clan. Wallis lo dudaba. Ella era de las que pensaban que, si Dios decidía que había llegado la hora, no existía rincón en ningún mapa en el que ocultarse.

—No te dejarán quedarte aquí sola —continuó Edna, un tanto recuperada.

—¿Y por qué no? Ahora yo también pertenezco a este clan ¿no?

Recordaba que, al día siguiente de su llegada, ella y su madre habían prestado juramento ante el *laird* Montroe y ahora era miembro de pleno derecho.

—Sí, no me refería a eso.

—Además, hay otras cabañas vacías si alguien las necesita.

Guardaron silencio, porque ambas sabían que aquellas viviendas desocupadas habían pertenecido a los miembros del clan muertos en la última batalla contra los ingleses.

—¿Y de qué vas a vivir? ¿Cómo vas a mantenerte? Stuart y yo podemos ayudarte, ya lo sabes, pero...

—Gracias, Edna, pero no será necesario.

—¿Cómo que no será necesario? ¿Piensas alimentarte del aire?

—No, claro que no. Ya pensaré en algo.

—Pues piensa rápido, hermanita. Piensa rápido.

Capítulo 2

Esa misma tarde, mientras daba un paseo por los alrededores, pensaba en su situación. Había sido sincera al decirle a su hermana que no quería esposo alguno. Aún llevaba en el pecho el recuerdo de Rowan, el joven con el que había esperado contraer matrimonio en su antiguo hogar. El mismo que la había dejado marchar sin pedir su mano, después de varios meses tonteando con ella y de varios encuentros furtivos y llenos de caricias. Al final había sido ella quien se había atrevido a insinuarlo, pensando que con ello vencería la aparente timidez del joven. ¿Timidez? ¡Ja! No tardó en descubrir que ella había sido solo un pasatiempo, que él tenía las miras puestas en un objetivo mucho más alto: la hija del jefe de los guerreros del clan. Algo debió ver en la mirada de ella, porque se apresuró a disculparse, alegando que ella había malinterpretado sus intenciones, que solo eran amigos y que esperaba que continuaran siéndolo en el futuro. ¿Amigos? ¿Acaso él se llevaba a sus amigos a la orilla del río para besarlos y acariciarles las piernas? Cuando él soltó una risotada ante la imagen grotesca que ella le pintaba, Wallis no pudo contenerse y le dio una bofetada que cortó de golpe la diversión. Vio cómo la ira relampagueaba en la mirada de Rowan que, sin embargo, se limitó a llevarse la mano a la mejilla enrojecida, antes de darse media vuelta y alejarse para siempre. Wallis no había derramado ni una sola lágrima por aquello, pero una ira oscura y amarga la acompañaba desde entonces.

Sus pasos la habían llevado hasta la explanada situada frente a la fortaleza, donde los guerreros entrenaban a diario. Al frente de ellos se encontraba Iain Montroe, por lo que ella sabía, el único hijo superviviente del *laird*, un hombre alto y de aspecto tan rudo que intimidaba a todo el mundo. A todos excepto a su hija adolescente, Agnes, una preciosidad que andaba siempre correteando por el clan con su mejor amiga Meribeth. Se las había encontrado en más de una ocasión, espiando a los muchachos, trenzándose el pelo o ayudando a regañadientes a sus mayores. No debían tener más de trece años, catorce a lo sumo. Sintió, durante un breve instante, una dentellada del pasado justo en la nuca. Se vio a sí misma a esa edad, haciendo exactamente lo que hacían aquellas chicas: divertirse y soñar con enamorarse. Sonrió con tristeza. La vida no era un cuento, una de aquellas historias que las madres contaban a sus hijas mientras cosían, ni aquellos relatos de aventuras que los padres narraban a los muchachos junto a la lumbre. La vida era mucho más complicada, y mucho más dura.

Observó a aquellos hombres rudos entrenarse con la espada, los músculos relucientes de sudor

bajo el tímido sol de marzo. La nieve de los últimos días se había derretido y dejado a su paso algunos charcos de grumos grisáceos. La vista se le fue más allá, hasta los muros de la muralla, y su imaginación la llevó aún más lejos, a aquellos campos feraces que bordeaban el clan, y más allá todavía, hacia el sur, hacia el lugar que todavía consideraba su hogar, aunque supiera que jamás volvería a verlo. Ya no quedaba allí nadie de su familia. Tenía una hermana viviendo en el clan MacLean, al sur, y Edna ya había creado su propio nido entre los Montroe. Sabía que su oferta de instalarse con ellos era sincera, pero se resistía a invadir aquella intimidad, a ser una carga más para los suyos. Debía encontrar un modo de valerse por sí misma, sin necesidad de casarse deprisa y corriendo con el primero que se lo ofreciera.

Ese pensamiento hizo que se fijara con mayor detalle en los guerreros. Había muchos, un centenar quizás. Tal vez incluso más. Abundaban los jóvenes, probablemente hijos de otros clanes que habían acudido para hacerse hombres al seno de uno de los clanes más poderosos de las Highlands. No podía negar que el aspecto de la mayoría resultaba atractivo, y sin duda varios de ellos podrían ser excelentes compañeros de vida. No se dio cuenta de la fijeza con la que los observaba hasta que tropezó con la mirada de miel del guerrero de la noche anterior, erguido y sacando pecho. Le lanzó una sonrisa que cruzó el patio y se le metió por la piel. Wallis frunció el ceño y dejó que su mirada continuara vagando por la explanada, ignorándole a propósito. No le gustaba el modo que tenía su cuerpo de reaccionar ante ese joven en particular. Procuró concentrarse en lo que estaba haciendo, aunque aún no sabía muy bien por qué eso le parecía, de repente, tan importante. No estaba buscando un candidato apropiado para contraer matrimonio, eso podía asegurarlo. Era otra cosa. De pronto, aquellos jóvenes parecían importantes en algún sentido. ¿Cuántos minutos permaneció allí, absorta, dejando que su vista vagara por el campo de entrenamiento, saltando de uno a otro sin sentido alguno? ¿Qué era lo que buscaba?

Lo supo en cuanto uno de los más jóvenes cayó al suelo tras recibir un empujón de un veterano. Lo vio levantarse y sacudirse la suciedad del kilt y de la camisa, tan llena de barro que había olvidado su color original. Las pequeñas piezas que habían estado acumulándose en su cabeza se unieron al fin y formaron un dibujo de tal nitidez que a punto estuvo de soltar una carcajada de triunfo. Antes de congratularse por su idea decidió que era mejor investigar un poco y ver si resultaba viable. En el caso de que así fuese, su futuro acababa de solucionarse.

A Malcolm Montroe, el *laird* del clan, le gustaba pasear por sus tierras, recorrer los caminos de aquel asentamiento y charlar con sus habitantes. Le permitía mostrarse accesible, y que cualquiera disfrutara de la oportunidad de compartir con él unos minutos, de presentarle una queja o hacerle partícipe de una preocupación. Incluso de invitarle a tomar un trago para celebrar un compromiso o el nacimiento de un nuevo miembro del clan. Por eso no le extrañó que aquella joven se le acercara mientras daba su habitual paseo, primero dubitativa y luego con decisión. La conocía.

Hacía poco que se había instalado allí con su madre. Recordó que la mujer había muerto a los pocos días de su llegada y que la chica era la cuñada de Stuart, uno de los mejores carpinteros de la zona. Malcolm se jactaba de conocer a todos los miembros de su clan, incluso a los recién llegados. Y no eran pocos. Poseía una buena memoria, aunque ya no era joven. Para él era importante poder dirigirse a cualquiera que se aproximase llamándole por su nombre; les hacía sentirse valiosos y reconocidos.

—Buenos días, señor.

—Buenos días. Wallis ¿verdad?

—Eh, sí, sí señor. —La joven se sonrojó ligeramente.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Malcolm, viendo que se había quedado callada.

—Me preguntaba... —carraspeó—. Me preguntaba si disponéis de unos minutos para que pueda hablar con vos.

—Si no te importa pasear a mi lado, será un placer escuchar lo que tengas que decirme.

Wallis no era una joven tímida y apocada, y no se sonrojaba con frecuencia. Ahora, sin embargo, le había sucedido dos veces en apenas un minuto. Se sintió mortificada. Malcolm Montroe era casi un gigante, de fieros ojos verdes y barba cerrada, y un mentón cuadrado que podría haberse usado para abrir ventanas en los muros de la fortaleza. Se colocó a su lado y trató de seguir su paso, mientras buscaba las palabras con las que iniciar aquella conversación tan importante para ella. Pero no podía seguirle el ritmo. Cada zancada de aquel hombre era como dos de ella, e iba dando saltitos a su lado como un niño pequeño junto a su padre. Cuando comenzó a perder el resuello, Malcolm le dirigió una mirada de reojo que hizo que toda su cara se tiñera de nuevo de color bermellón.

—Creo que será mejor que nos sentemos bajo aquel roble —dijo el hombre, señalando un banco de madera circular que habían construido rodeando un tronco que ni tres hombres fornidos habrían podido abarcar.

—No... estoy bien... solo estoy... tratando de...

—Estoy un poco cansado hoy —la cortó él—. Ya no soy un muchacho.

Wallis supo que mentía. Jamás había visto a un hombre más en forma que él, a pesar de su edad. ¿Cuántos años tendría? ¿Cincuenta? ¿Sesenta tal vez? Caminaba con brío, cabalgaba como el diablo, y peleaba como un dios del Olimpo, lo había visto entrenar lo suficiente como para saberlo. Así es que lo hacía por ella, para que no se viera obligada a caminar junto a él como un pato tratando en vano de seguir su paso. Asintió con un cabeceo y se sentó en el banco. El hombre la imitó, se recostó contra el tronco rugoso y estiró las piernas, colocando un tobillo sobre el otro. Parecía realmente relajado. Ella trató de imitarle, pero no era tan corpulenta y, al echarse hacia atrás para apoyar la espalda también, se dio cuenta de que la distancia con el tronco era mucho mayor de lo que había supuesto, así que solo pudo apoyar la coronilla. Se quedó medio suspendida en el aire, con las nalgas pegadas al asiento, sí, pero con la espalda sobre el hueco vacío entre el banco y el árbol y los pies bailando a pocos centímetros del suelo. Trató de

incorporarse con disimulo, porque aquella postura era realmente ridícula, pero descubrió que no podía hacerlo sin usar los brazos. Intentó darle impulso a la cabeza, pero solo consiguió que el esfuerzo alzara aún más sus piernas.

«Dios mío», pensó, «quiero morirme en este mismo momento».

Dios debió apiadarse de ella y decidió que aún no había llegado su hora, así es que usó la gigantesca mano de Malcolm Montroe para ayudarla a incorporarse. Wallis, erguida de repente, miró de soslayo a su *laird*, que continuaba mirando al frente en la misma postura de un instante antes, como si su brazo izquierdo no se hubiera separado de su cuerpo para ayudarla. Wallis carraspeó y se alisó las inexistentes arrugas de su falda.

«Este hombre va a pensar que soy una absoluta idiota», se lamentó.

—¿De qué querías hablarme? —le preguntó el *laird*, sin mirarla.

Wallis necesitó unos segundos para recomponerse y encontrar las palabras apropiadas que, de repente, se hicieron un batiburrillo entre su cerebro y su lengua.

—Jovencita, me temo que no he entendido ni una sola palabra de lo que has dicho —apuntó el hombre—. ¿Eso era gaélico?

—No lo parecía, ¿verdad? —respondió con una sonrisilla sarcástica.

Malcolm Montroe la miró. La miró de verdad. Con los ojos y con el cuerpo girado hacia ella. Wallis no sabía dónde poner los suyos. Entonces el guerrero soltó una risotada y ella dio un respingo ante aquel sonido ronco y profundo.

—Será mejor que volvamos a empezar, chiquilla.

Wallis asintió, algo más relajada. En ese momento, el *laird* del clan no parecía un monstruo a punto de devorarla.

—Mi madre murió hace unos días, como supongo recordáis —comenzó. Esperó a que Malcolm asintiera antes de continuar—. Vivíamos junto al muro norte y ahora... bueno, ahora me he quedado sola.

—Siento mucho tu pérdida, muchacha. —Le palmeó la mano con afecto—. Pero sabes que no estás sola. El clan es tu familia. Y también tienes a tu hermana Edna.

—Lo sé. Ella insiste en que me vaya a vivir con ellos, pero tienen dos niños pequeños y poco espacio.

—Tal vez eso podría arreglarse. Podría mirar si hay alguna cabaña algo mayor y...

—No, no, por favor —se apresuró a cortar aquel ofrecimiento.

—Ya veo. —Malcolm alzó un poco las cejas.

—Quiero mucho a mi hermana, y a mis sobrinos. Y mi cuñado es un hombre maravilloso, de verdad. —Wallis temía lo que aquel hombre pudiera estar pensando de ella.

—¿Entonces has pensado en casarte?

—Eh... no, tampoco.

—Proposiciones no te faltarán, estoy convencido de ello. Eres una joven hacendosa y bonita.

—No quiero casarme.

Las cejas de Malcolm casi alcanzaron el nacimiento de su cabello.

—¿Nunca?

—No lo sé —reconoció—. Imagino que, en algún momento, encontraré a un hombre con el que desee compartir el resto de mi vida, pero ese momento todavía no ha llegado.

—Comprendo. ¿Existe algún motivo en especial por el que hayas decidido hacerme este tipo de confidencias?

—En realidad, sí.

Malcolm asintió y esperó a que ella siguiera hablando.

—Me gustaría mucho quedarme a vivir en la casita que nos asignasteis a nuestra llegada.

—¿Piensas que voy a echarte de allí ahora que tu madre ha muerto? —La miró con cierto resquemor.

—No, ¡claro que no! Pero no dispongo de muchos ingresos. Mi madre tenía algo de dinero y ambas íbamos a contar con la ayuda de Stuart y mi hermana hasta que yo... en fin, hasta que yo...

—Encontrases un marido.

—Eso es. Pero no quiero depender de mi familia, quiero mantenerme por mí misma.

—¿Cómo piensas hacer eso?

—¿Cuántos hombres solteros hay en el clan?

—¡¡¡Jesús!!! —Malcolm se incorporó de repente, se colocó de pie frente a ella y la miró como si, de pronto, le hubieran salido cuernos—. No toleraré que una joven...

—¡¡No!! —le interrumpió ella, con las mejillas del color de las cerezas maduras. Había comprendido que su *laird* había malinterpretado sus palabras—. ¡No es lo que pensáis!

Malcolm no dijo nada. Se limitó a cruzarse de brazos y a permanecer en la misma postura.

—Sé que hay muchos jóvenes que llegan de otros clanes para entrenarse aquí, con los Montroe. También debe haber algunos viudos, ¿verdad?

—Verdad —repuso el hombre, aún mirándola con aspecto fiero.

—¿Quién les lava la ropa? ¿Quién se la cose?

Malcolm relajó los hombros y tomó asiento. Durante un buen rato escuchó a aquella joven explicarle sus planes con todo lujo de detalles. Cuando entró a la fortaleza, sonreía. Los próximos días iban a resultar de lo más interesantes.

Capítulo 3

A Logan se lo comían los demonios. Aquella muchacha —ahora sabía que se llamaba Wallis— no le había dirigido ni una mirada simpática, ni respondido a una sola de sus sonrisas, ni contestado a sus inútiles intentos por iniciar una conversación. Era como darse, una y otra vez, contra el muro de la fortaleza. Se mostraba esquiva, a veces tímida, otras incluso arisca. En otro momento, en otro lugar, era probable que Logan hubiera desistido en sus intentos. ¿Por qué no lo había hecho, entonces? El motivo era sencillo: sabía, dentro de su pecho, en ese rincón del que solo se habla en las leyendas, que aquella mujer estaba hecha para él. Pero había algo más. Siempre hay algo más. La había sorprendido mirándole en un par de ocasiones, y lo que había visto en aquellos ojos de hierba no era falta de interés, ni de lejos.

¿Cuántas veces había pasado frente a su cabaña, como al descuido, como si tuviera algo que hacer allí, en la otra punta del asentamiento? ¿Y cuántas había regresado sin haber conseguido siquiera atisbar un mechón de su pelo cobrizo? En los últimos días la había oído trastear en el interior, arrastrando muebles o lo que quiera que anduviera haciendo tras la puerta cerrada, y había tenido que morderse los puños para no echar la puerta abajo y ayudarla a poner la casa del revés, si ese era su deseo.

Así es que cuando Stuart comenzó a correr la voz de que, a partir del día siguiente, su cuñada se ofrecía a lavar y coser la ropa de los solteros del clan a cambio de unas monedas, hizo un hatillo esa misma noche con las dos únicas camisas que poseía. Habría incluido con gusto la tercera, pero era la que llevaba puesta, y no era cuestión de andar con el torso desnudo por el clan a finales de invierno.

En cuanto despuntó el alba, se tiró de la cama como si estuviera llena de chinches, cogió el bulto de ropa y salió sin que sus compañeros hubiesen tenido tiempo siquiera de abrir un ojo. Se arrebujó en el tartán para espantar el frío de la mañana y recorrió la distancia a grandes zancadas. Cuando llegó frente a su puerta, el sol apenas había comenzado a dibujar los contornos del pueblo. Todo estaba en silencio. Aguzó el oído, pero tampoco se oía nada en el interior. Se apoyó contra el muro y se dispuso a esperar.

Sentía las manos húmedas y unos extraños calambres en el estómago. Se maldijo por no haberse acordado siquiera de coger un mendrugo de pan. Esperaba, por su bien, que la muchacha fuese madrugadora porque, si no abría pronto la puerta, lo que iba a encontrarse frente al umbral era un

cadáver muerto de inanición. No recordaba la última vez que había estado tan nervioso. Tal vez cuando llegó allí, con nueve años, enviado por su padre para entrenarse con los Montroe. No conocía a nadie, y estaba tan asustado y tan solo que fue incapaz de comer nada durante los dos primeros días. Hacía un siglo de aquello, o al menos eso le parecía.

Cerró los ojos un instante y añoró el calor de su cama, que había abandonado tan abruptamente. Un ruido a su derecha lo alertó y se puso en guardia. «Maldita sea», se dijo, en cuanto vio a su compañero Gideon con un hatillo muy similar al suyo, del que colgaba la parte superior de un calcetín de lana. Ambos intercambiaron una mueca a modo de sonrisa, que se borró en cuanto apareció otro de los jóvenes guerreros. Aquello no le gustaba, nada en absoluto.

Wallis apenas había pegado ojo. Un millar de pensamientos la habían zaherido durante toda la noche. Lo mismo se felicitaba por sus planes para mantenerse por sí misma que se arrepentía de toda aquella locura que había puesto en marcha, como su hermana insistía en recalcar. Se levantó con las primeras luces, se lavó y se cepilló el pelo, que recogió en un moño bajo, y se vistió con esmero. No deseaba transmitir una sensación equivocada. No buscaba marido, solo se ofrecía para realizar un trabajo, y esperaba transmitir esa seriedad y ese compromiso a través de su aspecto. Cuando se sintió preparada, fue hacia la puerta. Con la mano sobre el pomo, aún echó la vista atrás para contemplar el aspecto de su hogar. Estaba limpio y, aunque el mobiliario era escaso y viejo, resultaba acogedor. Con la respiración contenida, abrió al fin. Frente al umbral, en perfecta fila, había cinco jóvenes con prendas de ropa en las manos. El primero de ellos era Logan, que le sonreía de oreja a oreja, y que logró que el pulso se le alterara durante unos segundos.

—Buenos días —la saludó él, acentuando aún más, si eso era posible, la magnitud de su sonrisa.

«Bien», se dijo Wallis, «aún conserva todos sus dientes».

—¿Siempre estás de tan buen humor por la mañana? —le espetó ella, deseando aniquilar aquel hormigueo que sentía en su presencia.

—Sí, es que me alegra saber que pronto tendré camisas limpias.

Le tendió el arrugado hatillo que, a juzgar por su aspecto, debía haber sido manoseado a conciencia en los últimos minutos. Wallis lo tomó, asegurándose de no rozar siquiera los dedos masculinos, y lo abrió.

—Puedes venir a recogerlas esta tarde.

—¿Tan pronto?

—Solo son un par de prendas —confirmó ella y estiró un poco el cuello para atisbar un pedazo de cielo—, y hoy parece que tendremos algo de sol. Si no es suficiente las pondré frente a la chimenea.

—De acuerdo.

—¿Algo más? —le preguntó ella, viendo que no se movía. Los jóvenes situados a su espalda comenzaban a moverse, impacientes.

—Eh... no, creo que no.

—Hasta luego, entonces.

Logan se retiró un paso, sin dejar de mirarla, y luego otro. Se mordió el labio inferior, pensando en algo bonito que decirle, en algo que pudiera alargar un poco más ese instante precioso. No se le ocurría nada. Ofuscado, se dio media vuelta y tropezó con Gideon, dispuesto a ocupar su lugar. Gruñó a modo de disculpa y comenzó a alejarse a grandes zancadas, como si tuviera prisa por marcharse de allí. Antes de doblar la esquina, echó la vista atrás y la miró. Ella ni siquiera se dio cuenta. Charlaba con el guerrero, pero le alegró comprobar que su comportamiento resultaba igual de arisco. Y eso le puso de buen humor.

La jornada había comenzado mejor de lo que Wallis había llegado a imaginar. Los cinco jóvenes habían traído prendas suficientes como para mantenerla ocupada durante todo el día, y un rato después aún aparecieron algunos más, e incluso un viudo de mediana edad. El día anterior había acarreado agua suficiente como para poner la ropa en remojo para ablandar las manchas, y luego fue hasta el lago, donde las mujeres del clan acudían a diario a realizar la misma tarea. Una vez hecha la colada, regresó, la tendió sobre la hierba y dejó que se airease al sol. Tenía las manos casi moradas de haberlas sumergido tanto rato en el agua fría, y en algunos puntos la piel se había abierto dolorosamente. Sentía entumecida la parte baja de la espalda y las rodillas hinchadas por tenerlas demasiado tiempo sobre la tierra dura. Se sentó un rato a descansar, pensando en cómo podría mejorar el trabajo que iba a realizar a partir de ese instante. Si iba a dedicarse a lavar ropa a diario debía prepararse o no aguantaría ni una semana. En primer lugar, debía procurarse una buena pomada para las manos, que en ese momento le ardían y le palpitaban como si un millar de hormigas se estuvieran dando un festín con ellas. También iba a necesitar un cojín mullido sobre el que arrodillarse. El principal inconveniente, sin embargo, era el agua. No podía cambiar la temperatura y, en aquellas tierras, siempre iba a estar helada, incluso en pleno verano. Y ese era un problema que no podía subsanar. ¿O sí?

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Stuart, su cuñado, en cuanto ella le explicó lo que había pensado.

—Una carretilla, ya sabes, como las que se usan para transportar las verduras desde los huertos.

—¿Y para qué quieres tú algo así?

—Para llevar agua.

—¿Agua? ¡Pero se perderá toda por el camino!

—Stuart, no pienso llenar la carretilla con agua. Pondré cubos en ella, y así podré transportar dos o tres veces más cantidad que si lo hago a mano.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Pues claro que la tengo. Y necesito que sea un poco más ancha de lo habitual.

—¿Más ancha?

—Para que quepan más cubos, tal vez incluso un barril pequeño.

—Wallis, no podrás acarrear eso tú sola.

—Tal vez tengas razón —torció la boca. Se había entusiasmado tanto con lo que le parecía una idea estupenda que no había considerado el hecho de que ella no era tan fuerte como le gustaría.

Stuart la convenció de que probara primero con una de tamaño normal y le prestó la suya, que utilizaba para acarrear sus herramientas de un lado a otro. Era sencilla, hecha con tablones desbastados y toscas ruedas de madera, pero era resistente. A Wallis le sorprendió lo poco que pesaba y lo cómoda que era de utilizar. De nuevo en su hogar, y dispuesta a poner a prueba su idea, cogió un par de cubos. No disponía de más y los otros recipientes eran demasiado pequeños. Acudió a Stuart otra vez para que le prestara alguno. Su cuñado refunfuñó algo en voz baja, pero le entregó dos pequeños barriles vacíos. Ahora tenía cuatro cubos, pero comprobó que en la carretilla, cuya superficie era triangular, solo cabían tres, dos en la parte trasera —los barriles de Stuart— y uno en la delantera. Tal vez podría colgar dos más pequeños en las asas. Cogió los dos peroles de la cocina y, ya con todos los utensilios, fue al lago. En un principio, había pensado llenarlos en alguna de las fuentes diseminadas por el asentamiento, o en alguno de los pozos, pero le iba a llevar demasiado rato. Mujeres y hombres acudían allí a proveerse de agua para lavarse o cocinar, y a menudo se formaban largas colas que se movían con demasiada lentitud. No podía acaparar ninguna de ellas, así es que el lago era la mejor opción. Solo había que bajar la suave pendiente de la colina y atravesar un pequeño bosquecillo.

Mientras llenaba los cacharros, se congratuló por la excelente idea que había tenido. Iría al lago cada día a buscar agua, dos o tres veces si era necesario, y la almacenaría cerca del fuego, para que estuviera tibia. Se agenciaría de una buena roca sobre la que poder restregar las prendas y de varios recipientes para aclararla. La limpieza sería más efectiva y ella podría realizarla de forma mucho más cómoda, y sin que sus manos sufrieran tanto.

Una vez lo tuvo todo a punto, se dispuso a hacer el viaje de vuelta. En el primer intento fue incapaz de levantar la carretilla, llevaba demasiado peso. Contuvo la respiración y se preparó para probar por segunda vez. Logró alzarla unos centímetros, pero se bamboleó y estuvo a punto de volcar. Un tercer intento, con crujido de espalda incluido, le permitió recorrer algunos metros, pero perdió el control y la carretilla terminó volcando y desperdiciando todo su contenido. Quiso llorar de rabia y de impotencia. Pensó en Stuart, en Logan, en sus amigos Duncan y Rodrick, e

incluso en Malcolm Montroe. Seguro que ellos podrían acarrear aquella carga sin ningún problema, e incluso se atreverían a bromear y a charlar despreocupadamente mientras lo hacían.

«Tranquilízate, Wallis», se dijo, resoplando. «Solo necesitas encontrar la cantidad justa que puedes mover sin ayuda».

Tres horas más tarde, con las palmas llenas de ampollas, una Wallis derrotada y dolorida, pero muy orgullosa de sí misma, se dejaba caer sobre su cama. Junto a la chimenea había dos barriles grandes que había ido llenando en sucesivos viajes, además de los dos pequeños y los dos cubos.

—Hmm, huelen muy bien.

Logan sostenía las camisas limpias y perfectamente dobladas entre sus manos. Desprendían una suave fragancia a lavanda.

—Me alegra que te guste —dijo Wallis—. Yo misma hago el jabón para lavar la ropa.

Logan hizo una mueca de desagrado.

—¿También usas orina? —preguntó, haciendo alusión a uno de los métodos más extendidos de fabricar jabón.

—No, solo sebo, cenizas y esencia de lavanda, que también preparo yo. Aunque ya no me queda mucho jabón, tengo que averiguar dónde puedo conseguirla por aquí.

—¿¿Qué te ha pasado en las manos?? —preguntó Logan.

Wallis, que durante todo el encuentro había procurado mantenerlas ocultas, se dio cuenta de que se había relajado y había terminado mostrándolas. Logan hizo ademán de cogérselas y ella dio un paso atrás.

—No iba a hacerte daño —le aseguró él, con aire ofendido.

—Lo sé... lo siento. —Se sintió mal de inmediato por su desconfianza y decidió, contra todos sus propósitos, enseñárselas.

Logan las tomó con delicadeza. Primero observó las palmas, cubiertas de ampollas, algunas de ellas ya abiertas, y luego el dorso, marcado por pequeñas estrías sangrantes que, suponía, debían de dolerle una barbaridad. Sin embargo, Wallis estaba muy lejos en ese instante de sentir dolor. Toda su piel se había puesto en alerta ante el contacto de las manos de aquel guerrero, que acariciaba las suyas como si fueran lo más preciado que hubiera contemplado jamás. De repente, la joven notó que la temperatura de la estancia había aumentado mucho, demasiado para poder soportarla. Se deshizo del contacto y volvió a ocultar sus heridas.

—No pasa nada —aseguró—. Se curarán en un par de días.

Logan la miró y ella se sintió caer en el abismo de aquellos ojos de miel. Un vuelco del estómago, un aire que no encontraba y un palpar en algún rincón recóndito de su cuerpo antes de que ella bajara los ojos. Logan parecía mucho más cerca de ella, como si hubiera dado un paso en su dirección y acertado la distancia que los separaba, aunque Wallis no recordaba que se hubiera

movido de sitio. Tal vez había sido ella quien se había acercado, como las polillas a la luz de las velas, para quemarse las alas con el fuego que desprendía aquel hombre.

Dio un respingo cuando sonaron unos golpes en la puerta y, sin saber cómo, encontró de nuevo el aire suficiente para llenar sus pulmones.

—Tengo cosas que hacer —balbuceó ante un Logan que también pareció despertar de algún tipo de ensoñación.

—Sí, por supuesto. Yo igual —afirmó, dando un paso atrás.

Wallis carraspeó, intentando mover las piernas, sin éxito. Parecía haberse quedado anclada en aquel lugar. Una imagen fugaz cruzó por su pensamiento, una imagen en la que veía surgir gruesas y retorcidas raíces de sus pies, que la sujetaban al suelo.

Quien hubiera al otro lado de la puerta insistió en su reclamo y Wallis reaccionó al fin, recuperando el control de su cuerpo. Rodeó la figura de Logan y acudió a abrir. Era otro de los jóvenes que esa misma mañana le había llevado ropa, y lo invitó a pasar con un hilo de voz.

Logan, un tanto cohibido, le entregó las monedas que habían acordado por la mañana y se despidió. Cuando salió de la cabaña, Wallis la sintió extrañamente vacía.

Unas horas más tarde, cuando al fin se metió en la cama, fue incapaz de olvidar aquellos ojos y todas las sensaciones que habían arrasado su cuerpo al contemplarlos.

A la mañana siguiente, en cuanto abrió la puerta, supo que Logan había estado allí. Del pomo colgaba un saquito de tela. En su interior había un ungüento para las manos y un ramillete seco de lavanda.

Capítulo 4

A Wallis no le gustaba sentirse en deuda con nadie, así es que no tardó en acudir en busca de Logan, al que encontró junto a sus dos amigos en el patio frente a la fortaleza. Los tres parecían estar peleándose, aunque no sabía el motivo. Por las risas y los comentarios, supo que solo era una forma de entretenimiento, bastante bárbara en su opinión. Se quedó inmóvil, sin atreverse a interrumpirles. Fue Logan quien lo hizo en cuanto la vio allí parada. En tres zancadas estuvo a su lado.

—Buenos días, Wallis.

—Eh, sí, buenos días. Yo... —Le mostró el saquito de tela que llevaba en las manos—. Muchas gracias por esto. ¿Cuánto te debo?

—¡No me debes nada! Es un regalo.

—No tengo por costumbre aceptar regalos de...

—Es una muestra de agradecimiento —la cortó él—. Mis camisas están perfectas. Creo que ni siquiera cuando eran nuevas estaban así de limpias.

—Pero ya me pagaste por mi trabajo.

—Pues no te pagué lo suficiente.

—No es eso lo que acordamos. Yo...

—¡Está bien! —volvió a interrumpirla—. ¿Es que no puedes aceptar un gesto de amabilidad de uno de tus vecinos?

Wallis se quedó muda ante aquel argumento y no supo cómo responder.

—No es un obsequio con doble intención —le aseguró—. Simplemente vi que lo necesitabas y aproveché que iba a ver a Fiona para pedirle un par de cosas.

—¿Fiona tiene flores de lavanda? —Esa información podía ser importante y se recriminó por no haber pensado antes en ella. Fiona era la curandera del clan, estaría bien provista de todo tipo de hierbas.

—Ya no. —Logan sonrió con picardía.

—Oh, por Dios, ¿la has dejado sin reservas?

—Eh, no, claro que no. Solo exageraba. —Logan bajó la vista. Su bravuconada no había tenido el éxito que esperaba.

—Tal vez pueda ir a verla más tarde. Igual tiene otros ingredientes que me puedan ser útiles —

comentó Wallis, como si hablara consigo misma.

—Fiona no vende sus hierbas.

—¿A ti te las ha regalado? —Lo miró con fijeza.

—Hmm, no.

—¡No se las habrás robado!

—Eh, ¿pero por quién me tomas? —Logan dio un paso atrás, ofendido.

—Lo siento. —Wallis bajó la cabeza. ¿Por qué insistía en pensar mal de cuantos jóvenes se acercaban a ella?

—Me las dio a cambio de un favor.

Aquello no le sonó bien y Wallis casi deseó no saber qué tipo de favor le había prestado Logan a aquella mujer, que bien podría ser su madre, ¡o su abuela! Como si él le hubiera leído el pensamiento, añadió:

—Este verano tendré que llevarla al Cabo Wrath para buscar una planta que, según parece, solo crece allí. Hace tiempo que se quedó sin reservas.

—Oh, cielos, ¡pero si eso está lejísimo! Justo donde acaba Escocia, ¿verdad?

—Ya, bueno... no tiene importancia.

—Te lo agradezco mucho, de verdad.

—De nada. —Logan sonrió.

—En el futuro, sin embargo, te agradecería que te abstuvieras de estos gestos tan... tan...

—¿Considerados?

Wallis enrojeció hasta la raíz del cabello y se sintió miserable. Aquel joven había tenido un gesto amable con ella, porque en efecto así es como lo veía ahora, y ella se estaba comportando como una bruja.

—Gracias de nuevo —le dijo, y se dio media vuelta para alejarse de allí cuanto antes.

Logan la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Conquistar aquella tierra le iba a costar más de lo que había imaginado.

Edna la visitó esa misma tarde, mientras Wallis colocaba las prendas junto al fuego. Ese día habían acudido menos clientes, y con pocas piezas. No había consumido ni la mitad del agua que había acarreado el día anterior, pero agradeció poseer una mente lo bastante avispada como para concebir aquella idea. El trabajo le había resultado mucho más liviano y lo había llevado a cabo en la mitad de tiempo.

—¿Por qué tienes tanta agua en casa? —fue lo primero que le preguntó su hermana tras cruzar el umbral. Echó un vistazo a los barriles y a los cubos y luego la miró.

—Me facilita la tarea.

—¿Te facilita la tarea acarrear cubos de agua como si fueses una mula?

—No, eso no —reconoció—. Pero lavar es más sencillo así.

—No te entiendo, Wallis, de verdad que no. —Edna se dejó caer sobre una de las sillas, que crujió de forma alarmante. Ella ni siquiera pareció darse cuenta.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No entiendo cómo prefieres lavar la ropa de auténticos desconocidos en lugar de... en lugar de...

—¿Sí? —la animó a continuar, sabiendo de antemano las palabras que iba a pronunciar.

—En lugar de venirme a vivir con nosotros, con tu familia. O de casarte con algún buen muchacho del clan.

—Así solo tendría que lavar la ropa de un solo hombre ¿no?

—¡Exacto! ¡Eso es! Stuart tiene un primo que podría...

—¡No!

—¡Pero si no sabes lo que te iba a decir! —replicó, molesta.

—Por supuesto que sí, Edna. Y la respuesta es no.

—No te he hecho ninguna pregunta.

—Pero ibas a hacérmela.

Edna le sostuvo la mirada.

—Odio que seas tan presuntuosa.

—¿Soy presuntuosa? —Wallis alzó las cejas.

—¡Desde luego que sí! Y soberbia, y arisca, y orgullosa, y cabezota, y...

—Yo también te quiero, hermana —la cortó Wallis, con una sonrisa de medio lado.

Edna se calló al instante. Se había excedido, lo sabía, pero la actitud de Wallis sacaba lo peor de sí misma.

—Lo siento —reconoció con pesar.

—Lo sé. —Wallis le dio un beso rápido en la mejilla y se sentó a su lado—. Sé que no me entiendes, Edna, pero para mí es importante. Es importante que pueda valerme por mí misma, sin necesidad de acudir a nadie. Y no estoy haciendo nada malo.

—Yo no he dicho eso —se defendió.

—No, no lo has dicho, pero es lo que piensas.

—No pienso que estés haciendo nada malo, no es eso. Es solo que... las mujeres no viven solas, Wallis. Ni trabajan para extraños a cambio de unas monedas. Va en contra de la naturaleza.

Wallis soltó una carcajada, que pareció molestar a su hermana.

—No sé qué naturaleza es esa de la que hablas, Edna —le dijo entre risas—. Las mujeres han trabajado desde el inicio de los tiempos.

—¡Eso no es cierto!

—¡Por supuesto que sí! Dime, ¿cuántas horas dedicas tú a lavar la ropa de tu familia, a limpiar la casa, cuidar del huerto o cocinar?

—¡Eso es distinto!

—¿De verdad lo es? Trabajas para tu familia, y eso no tiene nada de malo. Los cuidas y ellos te cuidan. Yo hago lo mismo que tú, pero a cambio de una cantidad que me permite vivir según mis normas. No sé lo que sucederá cuando me case, pero...

—¿Vas a hacerlo? —la interrumpió, e inclinó el cuerpo ligeramente en su dirección.

—Bueno, no ahora mismo. —Wallis sonrió.

—Pero no lo descartas.

—Edna, si vuelves a hablarme del primo de Stuart yo...

—No, no era eso lo que quería decir. —Hizo una pausa y la miró fijamente—. Pero algún día lo harás, ¿cierto?

—¡Pues claro! No pienso quedarme soltera toda la vida.

Edna la abrazó entonces y Wallis se dio cuenta de que estaba emocionada.

—¿Qué es lo que te ocurre? —le preguntó, y la separó un poco de su cuerpo.

—Ay, Wallis. —Edna se secó las lágrimas con la esquina de su manga—. Creí que habías decidido no casarte jamás.

—Por Dios, ¿y qué te ha hecho pensar eso?

—Pues tú, ¿qué si no? Cuando hablamos la última vez sobre el tema me pareció que... en fin... da igual.

—Aún no he conocido al hombre con el que quiero compartir el resto de mi vida, Edna. —Una imagen fugaz de Logan cruzó su pensamiento, que desterró de inmediato—. Mientras tanto, viviré de lo que gane con mi trabajo y, con suerte, podré ahorrar algo de dinero para la dote cuando al fin lo encuentre.

—Oh, sí, ¡qué buena idea! Yo puedo ayudarte si te hace falta. —Edna ahora parecía casi entusiasmada.

—De momento no creo que sea necesario, pero te lo agradezco mucho.

—Cuéntame otra vez lo del agua.

—¿Qué?

—Lo del agua. Cuéntame para qué la has traído aquí. Stuart me ha dicho que te prestó una carretilla y que, al devolvérsela, le pediste que te fabricara una para ti.

—¡Sí!

—Cree que estás un poco loca. —Edna soltó una risita.

—Creo que no es el único.

Wallis recordó las miradas extrañadas de los habitantes del clan que la habían visto empujar la carretilla llena de cubos. Sí, desde luego que su cuñado no era el único que pensaba que había perdido la cabeza.

Capítulo 5

—Si todos los clanes nos uniéramos podríamos conseguirlo —dijo Duncan, y apuró de un trago su jarra de cerveza.

—¿Conseguir el qué? —Logan había estado tan ensimismado que se había perdido la conversación. Los tres amigos estaban sentados en un rincón del salón, charlando tras la cena. O al menos eran Duncan y Rodrick los que charlaban, porque él se había pasado la noche recorriendo el salón con la mirada.

—Rescatar al rey David, claro —le contestó su amigo—. ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—No me pasa nada —se defendió y, para disimular, decidió añadir alguna frase que tuviera relación con aquello. No era una conversación nueva. Desde que el rey escocés fuese capturado dos años atrás y encerrado en la Torre de Londres por Eduardo III, los tres habían tratado aquel tema en varias ocasiones—. Pero ya sabes lo que pienso. Ni siquiera todos los escoceses unidos, que ya sería todo un logro, lograríamos llegar hasta Londres y rescatarle.

—Tal vez no haría falta que fuesen todos los escoceses —apuntó Rodrick, hincando los codos sobre la mesa.

—Nosotros tres solos, con un poco de suerte, tal vez podríamos llegar hasta la mitad de Inglaterra sin ser descubiertos y con las cabezas intactas —dijo Duncan, irónico.

—No estaba pensando en un ataque frontal.

—Te escucho. —Duncan apoyó los codos también, imitando a su amigo. Logan se le unió y los tres formaron un estrecho círculo de susurros y planes.

—Podríamos viajar hasta Londres disfrazados y colarnos en la Torre de Londres para rescatarle.

—¿Ese es tu plan? —preguntó Duncan, echándose hacia atrás—. ¿De verdad?

—¿Se te ocurre alguno mejor?

—No bebas más cerveza, Rodrick.

—¡Podría hacerse!

—¿De verdad crees que es tan fácil llegar hasta Inglaterra, hasta Londres? Y luego, una vez allí, ¿acercarnos como quien da un paseo hasta la Torre y sacar al rey a escondidas?

—No he dicho que fuese fácil, solo que podría hacerse —refunfuñó Rodrick, que parecía molesto—. Con dinero suficiente podríamos sobornar a los guardias.

—Me temo que íbamos a necesitar una carreta muy grande —apuntó Logan—. Y los clanes no están precisamente muy sobrados de dinero.

Tras varios años de guerras continuas con los ingleses, las arcas escocesas estaban prácticamente vacías. El plan de Rodrick era un sinsentido, como todos los que planeaban los tres cada vez que surgía el tema. Todos sabían que, sin la voluntad del rey inglés, el rescate de David II era una quimera. Sin embargo, era inevitable que soñaran con una hazaña de esa magnitud. Así, al menos, tenían la sensación de estar haciendo algo al respecto.

Logan se relajó, apoyó la espalda sobre el respaldo de la silla y recorrió el salón con la mirada. Wallis no estaba allí. Dos días habían transcurrido desde que la viera por última vez.

Dos eternidades.

Las camisas estaban demasiado limpias, ese era el problema. Logan había llevado la tercera unos días atrás y ninguna estaba aún lo bastante sucia como para requerir los servicios de Wallis. Allí nadie lavaba la ropa con tanta frecuencia. Las colocó sobre la cama, una junto a la otra, y lo comprobó una vez más.

—¿Pensando en qué ropa ponerte hoy? —se burló Rodrick, que en ese momento se estaba colocando el tartán—. Pareces una damisela, Logan.

—Y tú parecerás pronto un cadáver si no cierras la boca.

—Eh, tranquilo. —Rodrick alzó las manos en señal de paz—. Duncan tiene razón, últimamente estás de lo más extraño. ¿Acaso estás enfermo?

Claro que estaba enfermo, y esa enfermedad se llamaba Wallis. Y ni siquiera sabía cómo se había contagiado ni por qué era incapaz de curarse. ¡Pero si ni tan solo habían mantenido una conversación normal! ¿Y si descubría, cuando ya fuese demasiado tarde, que tenía un carácter endemoniado que haría de su vida un infierno? Desechó la idea de inmediato. No, seguro que era dulce como la miel.

—¿Qué miel? —Rodrick lo miraba con las cejas alzadas y los brazos cruzados a la altura del pecho.

Logan giró la cabeza en su dirección.

—¿Eh?

—Has dicho no sé qué de miel.

—Yo no he dicho nada.

—Oh, ya lo creo que sí. No he logrado escuchar las primeras palabras, pero seguro que has dicho miel.

—Tengo hambre. —Fue lo único que se le ocurrió decir en esas circunstancias. Había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—Rayos, ¡y yo! —Rodrick se palmeó la barriga, que sonó como si golpeará una gruesa puerta

de madera—. La verdad es que también me comería una gruesa rebanada de pan con miel.

—¡Sí! —Logan se agachó, cogió una de las camisas, la pasó por encima de su cabeza y se la puso—. Vamos a desayunar.

—Seguro que Duncan ya se nos ha adelantado.

—Duncan siempre se nos adelanta.

Fue al atardecer, cuando pasaba junto a la pequeña granja del viejo Finn, cuando se le ocurrió la idea. Había estado paseando y sus piernas lo habían llevado hacia la ladera sur, en la dirección opuesta a donde se encontraba Wallis. Trataba de mantenerse alejado de ella. Aunque estaba convencido de que era la mujer que Dios le había destinado, tal vez ella aún no estaba preparada para aceptarlo, y debía darle tiempo. Ese pensamiento lo había acompañado durante los últimos minutos, tras otro en el que se había visto picando a su puerta y tomándola en brazos. Estaba hecho un lío.

La culpa de todo fue de los cerdos. En cuanto los vio retozando en el barro que habían dejado las últimas lluvias, con el lomo cubierto de lodo y hundidos hasta los tobillos, supo lo que debía hacer. Echó un rápido vistazo a ambos lados del camino, para asegurarse de que no se aproximaba nadie y, en un santiamén, se había quitado el tartán, la espada y la camisa. Saltó la valla y tiró la prenda al suelo, en medio de los animales. Su presencia pareció no sentarles demasiado bien, porque se alejaron de él y ocuparon un rincón del pequeño cercado.

Con un resoplido, Logan recogió la camisa, se acercó hasta ellos y volvió a lanzarla. La prenda cayó sobre la cabeza de uno de los gorrinos, que dio un par de chillidos y un par de cabezazos, hasta que se desprendió de ella, y siguió a sus compañeros, que se habían alejado hasta el extremo opuesto.

—No me lo puedo creer —farfulló Logan mientras cogía el trozo de tela—. Estos bichos son más tontos que una piedra. ¿Por qué diablos no la pisotean un poco?

—¿Qué estás haciendo?

Logan dio un respingo y se giró en dirección al sonido de la voz. Junto a la cerca, con los brazos apoyados sobre los gruesos maderos, dos niños lo contemplaban la mar de interesados. Los conocía bien, eran dos pilluelos de unos siete años, Neall y Alec, el primero con el cabello oscuro y el segundo del color de las zanahorias. Siempre andaban correteando por el clan, observando a los guerreros en el campo de entrenamiento y jugando a ser como ellos. No tardarían en comenzar el adiestramiento en serio. Seguro que entonces no les iba a parecer tan divertido.

—Nada —respondió al fin. ¿Qué podía decirles?

—¿Por qué has tirado la camisa al suelo? —preguntó Alec, el pelirrojo.

—No la he tirado. Se me ha caído. —Logan sacudió la prenda en el aire, y de ella saltaron pequeños grumos de barro. Tal vez, después de todo...

—¿Y cómo se te ha caído? —Ahora era Neall el curioso.

—Pues... pues me agaché para coger algo y... se me cayó.

«¿En serio, Logan? ¿Esa es la mejor explicación que se te ha ocurrido?», pensó, con una mueca de fastidio.

—Pero se la has tirado a los cerdos. —Neall de nuevo—. Te hemos visto.

—Bueno, yo... quería jugar con ellos, eso es.

«Dios mío, Logan, hoy estás de lo más elocuente».

—¿Primero se te ha caído la camisa al suelo y luego querías jugar con los cerdos? —Alec lo miraba con los ojos como dos fuentes redondas, de esas que llegaban a las mesas del salón repletas de carne.

—Sí, eso es.

—¿Por qué?

—¿No tenéis nada mejor que hacer, niños? —Logan comenzaba a perder la paciencia.

—No —contestaron al unísono.

De repente se sintió un completo idiota, allí, en medio del cercado, con las botas llenas de barro, oliendo a estiércol y con una camisa a medio manchar en las manos.

—¿Vas a seguir jugando? —se interesó el pequeño Neall.

—Eh, no, creo que por hoy ha sido suficiente —respondió, y se aproximó hasta ellos.

Saltó la valla sin esfuerzo ante el alborozo de los niños, que lo miraron como si fuera un dios reencarnado. Observaron los marcados músculos de su tórax y sus brazos, tal vez soñando con ser algún día tan fuertes como él.

—Eh, será mejor que no le contéis esto a nadie.

—¿El qué? —La mirada de Alec era pura inocencia.

—Hmm... que me habéis visto jugando con los cerdos.

—¡No, claro que no! —repuso Neall—. ¿Es algún tipo de entrenamiento especial?

—Eh, sí, más o menos.

Sin saber qué más añadir, y con el temor de alargar aquella conversación y acabar resultando aún más ridículo, Logan recogió su espada del suelo, se envolvió en el tartán que había dejado sobre la cerca y se marchó por donde había venido. Mientras se alejaba, casi podía sentir las miradas de aquellos dos mocosos pegadas a su espalda.

Una vez los hubo dejado lo bastante atrás, desdobló la camisa y la miró. Por uno de sus lados estaba relativamente sucia. Por el otro era un auténtico desastre, con engrudos de barro y mierda por todas partes. Los cerdos no habían llegado a pisarla, pero ni falta que les había hecho. No podía llevarle la prenda a Wallis en esas condiciones. A saber qué iba a pensar de él.

Avivó el paso y entró en su cabaña como si un oso le persiguiera. Ni siquiera se fijó en sus dos amigos, sentados junto al fuego y compartiendo un pedazo de pan, un trozo de queso y un buen tajo de cecina. Sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, hundió la prenda en el barril de agua que tenían allí situado para lavarse.

—¿A qué diantres huele?

La voz de Duncan lo sobresaltó. Se giró en dirección a los dos hombres, que lo miraban extrañados. Con la mano hundida hasta el codo en el agua fría, ni siquiera supo qué contestarles.

—Yo... me he caído.

—¿En una tumba? —preguntó Rodrick con una sonrisilla—. ¿Ocupada, además?

—¿Y has pensado compartir tu experiencia con tus amigos? —La expresión de Duncan era tan burlona como la de su amigo.

—¿Qué?

—Has metido una camisa que huele no quiero saber a qué en un barril lleno de agua limpia, con la que tendremos que lavarnos.

—¡Joder! —Logan sacó la mano de forma tan abrupta que la prenda empapada trazó un círculo de gotas en el aire, algunas de las cuales cayeron sobre la mesa.

Duncan y Rodrick dieron un salto hacia atrás y las sillas cayeron al suelo. Se quedaron allí de pie, observando a Logan, con la camisa chorreando colgando de su brazo inerte y formando un pestilente charco bajo ella.

—Logan... —comenzó a decir Duncan.

—Voy.

Fue su única respuesta. Con el mismo ímpetu con el que había entrado salió por la puerta, dejándolos a ambos en un total estado de confusión.

—Pero ¿qué es lo que le ocurre? —preguntó Rodrick, mientras se agachaba y levantaba la silla del suelo.

—No tengo ni idea, pero creo que esta noche cenaré en el salón.

—Yo creo que hasta me quedaré a dormir allí.

Duncan echó un vistazo a la estancia, al charco de agua y al barril.

—Sí, me temo que yo también, amigo.

Wallis ya había cenado y estaba sentada junto al fuego, repasando una prenda que esa mañana le había traído uno de los chicos. Los golpes en la puerta, varios seguidos y con cierta fuerza, la alarmaron. Abrió de inmediato, temiendo que hubiera sucedido algo malo. ¿Sus sobrinos, quizás? ¿Edna?

Al abrirla a quien vio allí fue a Logan, envuelto en el tartán de cualquier modo y con una camisa chorreando entre las manos. No le dijo ni una sola palabra, simplemente se la tendió.

—Está mojada —dijo ella, aún recuperándose de la impresión de haber visto parte de su torso desnudo entre los pliegues del *plaid*.

—He intentado lavarla yo.

—Comprendo. —Wallis carraspeó y la cogió. Solo entonces se dio cuenta del extraño olor que

acompañaba al joven.

—Por Dios, Logan. ¿Dónde has estado hoy? ¿Revolcándote con los cerdos? —Dio un corto paso atrás.

Logan abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero la cerró de golpe. Solo la miró, la miró con una intensidad que a ella se le hicieron astillas los huesos, y luego se dio la vuelta y se perdió en el crepúsculo. Cuando al fin Wallis cerró la puerta unos minutos después, quién sabe si una hora, a sus pies había un charco de agua.

Capítulo 6

El plan no había funcionado según lo previsto, ni de lejos. Cuando Logan acudió a la tarde siguiente en busca de su camisa, Wallis se la entregó sin dignarse siquiera a mirarle a los ojos. Había ensayado durante todo el día lo que iba a decirle, y se lo había repetido mentalmente durante todo el camino. Incluso había pensado en la postura que adoptaría, en cómo la miraría y en cómo reaccionaría ella. Lo hizo todo bien, exactamente como se había propuesto hacerlo. Incluyó su mirada más tierna y su tono de voz más ronco, que sabía que siempre daba buen resultado. Pero Wallis estaba hecha de otra pasta y, cuando la invitó a dar un paseo, denegó la invitación con educación, pero de forma contundente. Lo malo era que Logan no había previsto esa eventualidad y se hizo un lío con las palabras, como si hubiera olvidado las normas básicas del lenguaje. Farfulló algo ininteligible y se despidió de forma atropellada. No entendía qué era lo que sucedía con esa muchacha. Habría apostado su alma a que él no le era indiferente pero, por alguna razón, se negaba a dejar que se aproximase. En otras circunstancias, con una mujer distinta, probablemente a esas alturas ya habría decidido olvidarse de ella y continuar con su vida. ¿Qué se lo impedía, entonces? Ni siquiera él mismo fue capaz de responderse a esa simple pregunta.

—Estás distraído, Logan. —La voz de Iain Montroe, el jefe de los guerreros, lo devolvió a la Tierra.

Logan se disculpó y volvió a adoptar la postura de ataque, que era la que estaban trabajando esa mañana. Algunos jóvenes se habían incorporado al grupo de veteranos e intentaban continuar con su instrucción. Logan e Iain fingían luchar en medio del patio, mientras el segundo iba pronunciando en voz alta los movimientos y algunos trucos nuevos que ellos desconocían y que provocaron algunas risitas. Durante un buen rato, Logan no pensó en nada más que en el ejercicio que estaban realizando, y supuso un gran alivio.

Caían unas gotas de lluvia cuando Wallis terminó de cargar la carretilla con los recipientes de agua. Era el segundo viaje que hacía esa mañana y, aunque resultaba cansado, estaba contenta. La afluencia de jóvenes era continua y constante, y cada día se añadía alguno más.

Alzó la vista y allá, al fondo del sendero que conducía de regreso al pueblo, le pareció ver la

figura de Logan. Se dio cuenta enseguida de que no se trataba de él, caminaba de forma diferente. En los últimos días le parecía verlo en todas partes, y eso no le gustaba. Cuando él le había propuesto dar un paseo, de una forma que casi le derritió las rodillas, ella tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para negarse porque, en aquel instante, nada en el mundo le apetecía más. Era evidente que Logan le gustaba, más de lo que estaba dispuesta a reconocer de momento, pero eso no le iba a impedir renunciar a sus propósitos. Quería probarse a sí misma, necesitaba probarse, en realidad, que era muy capaz de vivir por su cuenta sin la ayuda ni la presencia de un hombre. No sabía si la bonanza de la que disfrutaba en ese instante se alargaría mucho en el tiempo. Nadie lavaba la ropa a diario, ni siquiera semanalmente. Cuando todos los jóvenes tuvieran sus prendas limpias y cosidas, el dinero dejaría de afluir. Ya tenía pensado que, llegado el caso, se dedicaría a cocinar, aunque dudaba que eso le reportara muchos beneficios. Los jóvenes guerreros ya comían y cenaban en el salón, y a cambio de nada. El *laird* proveía de pitanza a quien quisiera unirse a diario, nadie iba a pagar por algo que obtuviera gratis. Si quería tener éxito, debía ofrecer algo que no pudieran encontrar allí. La repostería no se le daba nada mal y sabía que la calidad de sus guisos estaría por encima de los que ofrecían en el salón. ¿Cómo hacérselo saber a los demás?

Mientras empujaba la carretilla por el sendero iba pensando en posibles soluciones si llegaba el caso, como instalar un fuego fuera y cocinar en el exterior, para que el aroma se extendiera por la zona y llamara la atención de los vecinos. Estaba convencida de que más de uno se aventuraría a probarlos. Tal vez el mismo Logan. La sonrisa del joven ocupó durante un segundo su pensamiento y se recriminó la costumbre que estaba adquiriendo de pensar en él a diario.

Llegó a las primeras casas del pueblo cuando la lluvia comenzaba a caer con intensidad. Si hubiera sido un poco más lista, podría haberse ahorrado el viaje. Con sacar los cubos y los barriles a la calle habría sido suficiente. Se maldijo por no haber pensado en ello antes y se prometió a sí misma tenerlo en cuenta para el futuro. Echó un rápido vistazo al cielo y dedujo que llovería bastante rato. Podía vaciar los recipientes allí mismo y, con la carretilla vacía, estaría bajo techo en pocos minutos, y allí podría llenarlos con agua de lluvia. Se ahorraría el duro trayecto cargada como una mula y acabar en cama con una pulmonía.

No lo pensó más. Cogió uno de los barriletes y vació su contenido en medio de la calle. Cuando iba a hacer lo mismo con el segundo, se dio cuenta de que no estaba sola. En la penúltima casa de la izquierda, a todas luces deshabitada, bajo un porche desvencijado, había dos jovencitas sentadas en el suelo, con las piernas dobladas y bien envueltas en su tartán. Seguramente se habían refugiado allí del aguacero. Las reconoció enseguida. Eran Agnes —la hija de Iain Montroe— y su inseparable amiga Meribeth. Ambas la miraban extrañadas.

—¿Por qué estás tirando más agua al suelo? —le preguntó la primera—. ¿No te parece que ya está bastante mojado?

—Solo quería vaciar los cubos para poder llegar antes a casa y refugiarme de la lluvia.

—Entonces habrás hecho el viaje en vano.

—Sí, cierto —respondió mientras vaciaba el segundo barrilete—. Pero cuanto antes me ponga

ropa seca mejor.

Un trueno partió el cielo en dos y, como si fuera una señal convenida, el torrente de agua aumentó su intensidad. Wallis sentía las gotas golpeando su piel con furia. Por mucho que corriese, jamás llegaría a su destino sin quedar empapada hasta los huesos. Llevó la carretilla a un lado y buscó refugio junto a las dos muchachas. Se dejó caer en el suelo y escurrió el agua primero de su tartán y luego de su cabello.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Meribeth. Con la cabeza, señalaba la carretilla abandonada bajo la lluvia.

—Así puedo lavar la ropa en casa en lugar de hacerlo en el lago. El agua está muy fría.

—¿Qué lista! —Meribeth la miró con respeto.

—Ya, bueno, parece que no tanto como yo suponía. Hoy podría haberme ahorrado el viaje.

—¿Y por qué lavas la ropa de los demás? Todo el mundo habla de ello.

Wallis las observó a ambas. Eran jóvenes, muy jóvenes, tal vez no entenderían sus motivos. A veces, ni ella misma era capaz de justificarlos. Sin embargo, se los explicó lo mejor que pudo.

—Pues yo no pienso lavar jamás otra ropa que no sea la de mi marido —afirmó Agnes, muy seria.

—¿Yo tampoco! —añadió Meribeth

—Bueno, pero yo no tengo marido. Ni padres.

—Pero tienes una familia.

—Es cierto, pero no quiero ser una carga para ellos.

—¿Y por qué crees que serías tal cosa? ¿No está la familia para ayudarse en los malos momentos? —Agnes la miraba con una intensidad impropia de su edad.

—Sí, supongo que sí.

—¿Entonces?

—¿Y si algún día ellos no están?

—¿Y a dónde iban a ir? —Meribeth parecía no haber entendido sus palabras.

—Se refiere a si se mueren —le contestó Agnes. Luego la miró—. ¿Verdad?

—Verdad. Perdí a mi hermana pequeña, luego a mi padre y hace poco a mi madre. Tengo una hermana viviendo en el clan MacLean, muy lejos de aquí. Y a Edna. Si a ella le pasara algo, yo me quedaría sola en el mundo. ¿Qué sería de mí entonces?

—Podrías casarte.

—Sí, pero tendría que hacerlo movida por la necesidad, no porque amara a ese hombre. Y yo no quiero un matrimonio así. Quiero a alguien a quien ame, que lo signifique todo para mí, aunque tenga que esperarle durante años. Mientras tanto, debo ser capaz de cuidar de mí misma. Por si acaso.

—Por si acaso —respondió Agnes, y asintió con la cabeza, como si de repente hubiera comprendido el verdadero alcance de sus actos.

Las tres guardaron silencio y recostaron la cabeza sobre los tablones desbastados mientras, más

allá del porche, el cielo parecía haber abierto sus compuertas de par en par.

El salón era un hervidero de gente y Logan y sus dos amigos casi tuvieron que abrirse camino a codazos. Prácticamente todos los guerreros estaban allí, y también muchos de los hombres del clan. En la tarima del fondo, sentado sobre su silla, Malcolm Montroe escuchaba las explicaciones de unos granjeros, que habían acudido hasta allí después de que los Rossen, uno de los clanes vecinos, les hubieran robado unas reses. Las trifulcas entre los clanes eran tan antiguas como las mismas Highlands y, ahora que no estaban unidos luchando contra los ingleses, la situación retornaba «a la normalidad».

A la derecha del *laird*, su hijo Iain, con los brazos cruzados a la altura del pecho y las piernas ligeramente separadas, asistía a la conversación con el ceño fruncido. «Habrà guerra», se dijo Logan, y la perspectiva le calentó la sangre. Era un guerrero, después de todo, un hombre nacido para matar y morir sobre el campo de batalla, y para llevarse con él a cuantos enemigos pudiera atravesar con su espada. A su lado, sintió removerse a sus dos amigos, probablemente tan entusiasmados como él. Los Rossen por el este y los MacMunro por el sur eran los que mantenían en forma a los guerreros. Logan siempre había pensado que los clanes utilizaban aquellos altercados de la misma forma. Ninguno parecía necesitar realmente un puñado de cabezas de ganado para su subsistencia, ni unos cuantos palmos más de tierra. Luchaban porque eso era lo que habían hecho siempre y porque los guerreros debían estar bien entrenados y preparados para el combate. El adiestramiento solo no bastaba. Así era como los muchachos se hacían hombres y como los hombres se convertían en veteranos. Poco importaba que, en el ínterin, se perdieran algunas vidas. La supervivencia del grupo era más importante que las vidas de unos pocos.

Cuando Malcolm Montroe dio al fin la orden, Iain abandonó su puesto, bajó de la tarima y los hombres formaron un pasillo para que él atravesara el salón en dirección al exterior. Tras él, salieron todos los hombres del clan. Menos de quince minutos después, casi un centenar de guerreros abandonaban al galope el asentamiento, gritando consignas de guerra y con las espadas alzadas, despidiéndose de los suyos, quizás por última vez.

Capítulo 7

Tres días habían transcurrido desde la marcha de los guerreros, tres días en los que el clan parecía casi muerto. Wallis no se había dado cuenta hasta ese momento del peso que los guerreros ejercían en el día a día del clan. El patio de armas estaba siempre ocupado, y podías encontrarte con ellos por las calles del pueblo, en el salón o en cualquier otro lugar, limpiando las armas, flirteando con las jóvenes o bebiendo una jarra de cerveza. Con ellos ausentes, la calma resultaba casi irreal.

Ella, en particular, notó el vacío tal vez un poco más. Llevaba tres días sin nada que hacer. Había ido a visitar a su hermana y sus sobrinos y se había quedado a comer con ellos, había dado un par de paseos y acumulado agua en abundancia. Probablemente los guerreros volverían con la ropa muy sucia y, tal vez, cubierta de sangre. Decidió que no quería pensar en eso. Solo imaginar a alguno de ellos herido de gravedad le daba dolor de estómago. Especialmente si era un agraciado joven de ojos color miel.

El tercer día, para no caer en la desesperación, decidió hornear una tarta de manzana, solo para comprobar si aún conservaba su toque. Cuando estuvo lista la puso en el alféizar de la ventana para que se enfriase. Pensaba llevarla para que su familia la probase y le diera su opinión. Por cómo olía, casi podía garantizarse el éxito. Limpió la mesa y el horno y preparó los útiles de costura para arreglar una de sus faldas, cuyo dobladillo se había descosido. Mientras se sentaba junto al fuego echó un rápido vistazo a la ventana. La tarta había desaparecido.

«Oh, por Dios, espero que no se haya caído al suelo», se dijo. Se dirigió a la puerta, salió y rodeó la cabaña. Debajo de su ventana había dos chiquillos dando buena cuenta de su pastel.

—Pero ¡¿qué estáis haciendo?! —les gritó, abalanzándose hacia ellos.

Los dos la miraron espantados, con restos de bizcocho y manzana en la barbilla.

—Teníamos hambre —respondió el pelirrojo, cuyos ojos azules brillaban como dos luceros.

—¿Y por eso habéis robado mi tarta? —Colocó los brazos en jarras. El otro permanecía sentado, con el molde entre las piernas, del que faltaba un buen pedazo.

—Nosotros no somos ladrones —anunció, con la boca llena.

—Pero habéis cogido una tarta que no era vuestra.

—Estaba ahí. —El pelirrojo señaló hacia la ventana.

—¡Claro que estaba ahí! La puse yo para que se enfriara.

—¿Para que se enfriara? —Los niños intercambiaron una mirada—. ¿No para que la cogiera el primero que pasara?

—Pero ¿cómo se os ocurre un disparate semejante? —Wallis se agachó y les arrancó el molde de las manos.

—Aquí la gente deja cosas en los bancos de la puerta o en la entrada del salón, cosas que ya no quieren, para que los demás las cojan si lo desean —señaló el de cabello oscuro.

—Pues no es el caso.

—¿Y nosotros cómo íbamos a saberlo? —se defendió el pelirrojo.

—¿Preguntando?

Los pequeños se mostraron avergonzados en cuanto se dieron cuenta de lo que habían hecho.

—¿Vas... vas a hablar con el *laird*? —El labio del niño pelirrojo había comenzado a temblar.

—¿Con el *laird*? No... no veo por qué tendría que hacerlo.

—¿De verdad no vas a denunciarnos? —El niño de cabello oscuro tenía los ojos llenos de lágrimas.

Wallis los miró con el ceño fruncido. De repente parecían preocupados. «No, preocupados no. Están asustados», pensó.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Alec —contestó el pelirrojo—. Y él es Neall.

—Muy bien. Y ahora, decidme por qué no debería contarle al *laird* lo que ha pasado.

Neall se puso a llorar y el pelirrojo, que parecía querer hacerse el fuerte, le pasó un brazo por encima del hombro y la miró.

—Los Rossen han robado unas reses y el *laird* ha mandado a los guerreros —dijo, con la voz temblorosa—. Mi padre siempre dice que Malcolm Montroe odia a los ladrones. ¿Qué nos harán a nosotros?

—Yo no me quiero morir. —Neall estalló en llanto.

—Madre mía, ha sido solo una confusión, ¿de acuerdo? —Wallis trató de cortar aquel berrinche.

Se frotó la frente intentando pensar en cómo consolar a los dos pequeños. Ahora las lágrimas también caían por las mejillas del pelirrojo.

—Será mejor que entremos —les dijo—. No hace falta que hablemos con el *laird* sobre este asunto. Lo solucionaremos entre nosotros.

—¿Vas a matarnos tú? —Alec la miró horrorizado.

—¿¿Qué?? ¡¡No!!

—¿Entonces para qué quieres que entremos?

—Hmm... había pensado que quizás os apetecería un vaso de leche y un trozo más de pastel.

Los dos niños la miraron con una mezcla de desconfianza y deseo.

—Luego hablaremos sobre cómo podéis arreglar lo que ha sucedido, y deberéis prometerme que jamás cogereis nada de ningún lugar sin preguntar antes a su dueño, ¿de acuerdo?

Neall y Alec asintieron con energía y se limpiaron la cara con la manga de la camisa. Wallis se dio la vuelta y entró.

Los dos niños le pisaban los talones.

Logan habría querido ponerle alas a su caballo. Con la mirada al frente, ni siquiera era capaz de apreciar la belleza del paisaje que le rodeaba, aquellas interminables colinas de un verde esmeralda salpicadas de árboles y rocas cortadas por el viento. Volvían al asentamiento, al fin, sin tener que lamentar ninguna baja. Solo un puñado de hombres habían sufrido alguna herida, un par de ellos de cierta gravedad, pero regresaban todos los que se habían marchado. Los Rossen no podrían decir lo mismo. Al menos uno de sus guerreros había muerto. Logan reconocía que ninguno de los dos clanes había puesto especial empeño en cobrarse la afrenta con una matanza. Durante un tiempo, en ese frente, estarían tranquilos.

Ahora solo quería llegar cuanto antes y ver a Wallis. Por extraño que le resultase, la había echado de menos. Apenas se relacionaban, ni siquiera podía decir que fuesen amigos. ¿Cuántas frases completas habían intercambiado? Y, aun así, extrañaba saberla cerca, a un puñado de pasos, a una mirada de distancia.

—Sabes que no nos espera ningún enemigo, ¿verdad? —le preguntó Rodrick, que cabalgaba al trote a su lado.

—Tengo ganas de quitarme toda esta roña —Logan señaló su ropa manchada de barro y sangre — y beberme una cerveza bien fría.

—Me apunto a eso —dijo Duncan desde su otro costado.

—Y a un buen plato de guiso.

—Rodrick, tú siempre estás pensando en comer.

—¿No es verdad!

—Ah, ¿no? —Logan lo miró con una ceja alzada.

—También pienso en otras cosas.

—¿Como en qué?

—En beber, en mujeres y en matar ingleses. Y no necesariamente en ese orden.

—Amén a eso —intervino Duncan.

—Sí, amén —añadió Logan, aunque en su fuero interno sustituyó a las mujeres por una sola, con nombre, apellido y unos ojos verdes que lo perseguían dormido y despierto.

—¿Vas a una boda? —Rodrick, tumbado indolente sobre su camastro, lo observaba mientras se desenredaba el largo cabello y se ponía su mejor camisa.

Los tres amigos habían ido al manantial, una cueva situada en las afueras donde se podía disfrutar de una poza de agua caliente, para deshacerse de la mugre acumulada durante los días de ausencia.

—No, solo voy... —carraspeó—. Solo voy a llevarle a Wallis la ropa sucia.

—Oh, estupenda idea. —Rodrick se incorporó de un salto—. Ir a ver a una mujer bonita que nos deje la ropa como nueva. Te acompaño.

—¡No!

Rodrick se detuvo en mitad del gesto de recoger las prendas que se había quitado un rato antes, que formaban una montaña en el suelo, a los pies de su cama.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Yo también me apunto—añadió Duncan, mientras hacía un hatillo con las suyas.

—Espera un momento, amigo —señaló Rodrick, con una mano alzada—. Creo que Logan tiene algún problema con eso.

—No, ningún problema —respondió el aludido—. Es solo que no quería entretenerme mucho. Quiero llegar pronto al salón. Tengo hambre.

—Y luego dices que soy yo quien siempre está pensando en comida —soltó Rodrick con una risotada—. Tranquilo, no nos entretendremos mucho.

Y así había sido, por desgracia para Logan. Cuando llegaron a la cabaña de Wallis descubrieron que no habían sido los únicos en tener la misma idea. Un pequeño ejército de guerreros aguardaba su turno, mientras Wallis los atendía deprisa y con eficiencia. Con ellos hizo lo mismo, sin dedicarles una mirada de más. Tras ellos habían llegado otros tres hombres. Rodrick aprovechó la oportunidad, como siempre, y le regaló un par de sus mejores piropos, que provocaron en ella la misma reacción que si le hubiera hablado del tiempo. Logan no pudo evitar sonreír y casi habría jurado que ella le echó una mirada de soslayo y sonrió a su vez. No podía asegurarlo porque, justo en ese momento, un rayo tardío de sol incidió sobre su melena cobriza y él olvidó hasta cómo se llamaba.

—Esa muchacha es una preciosidad —comentaba Rodrick mientras los tres caminaban en dirección al salón—. ¿Sabéis si alguien...?

—Creo que no —contestó Duncan.

—¡Sí! —respondió Logan, al mismo tiempo.

—¿Sí o no? —Rodrick los miró de forma alternativa.

—He oído decir que pronto se casará con uno de los guerreros —afirmó Logan.

—Vaya, ¿quién es el afortunado?

—Ahora no lo recuerdo. —Logan inclinó la cabeza y miró la punta de sus botas. Odiaba mentir a sus mejores amigos.

—Vaya, es una pena —reconoció Rodrick—. De todos modos, aún no está comprometida.

Acompañó su última frase con un guiño cómplice que Logan deseó borrar de un puñetazo. El resto de la velada permaneció sombrío y sin muchas ganas de conversar. Se odiaba a sí mismo por

sentir celos de un hombre por el que daría la vida en la batalla, y que sabía que haría lo mismo por él.

Aquello del amor era un auténtico asco.

Ese pensamiento se acentuó aún más solo un par de días después. Duncan, en uno de esos gestos amables que le caracterizaban —y por el que Logan le habría arrancado algunos dientes— recogió las camisas de los tres, lo que evitó que Logan tuviera un pretexto para ir a ver a la muchacha. Rodrick se lo agradeció, como si no lamentara en absoluto perderselo, lo que aún le sentó peor. Después del entrenamiento había dado un paseo hasta la casa de Wallis, que encontró vacía, y se acercó incluso hasta el lago, que sabía que visitaba con frecuencia, con la idea de hacerse el encontradizo y acompañarla durante un rato. Tampoco tuvo suerte. No la vio en el salón ninguna de las dos noches siguientes y se planteó ir a visitarla sin más, con cualquier excusa, desde darle las gracias por su trabajo hasta ofrecerse para llevarle el agua. Sabía que algunos días iba al lago con aquella carretilla que le había fabricado Stuart, pero también sabía que era demasiado orgullosa como para aceptar la ayuda de nadie. Desechó todas las ideas, ninguna le parecía lo bastante buena. ¿Desde cuándo hablar con una mujer se había vuelto tan complicado?

Otra vez tenía sus tres camisas sobre la cama. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre de lo más extraña. Por fortuna, ninguno de sus dos amigos se encontraba allí, lo que le evitó tener que dar explicaciones absurdas a su más que absurdo comportamiento. Dos estaban completamente limpias y la que se acababa de quitar aún no había acumulado suficiente suciedad como para usarla de excusa. Romperla, tenía que romperla, se dijo, como si el dios de las ideas peregrinas se hubiese hecho presente en el interior de su cabeza. Ella también cosía, lo había oído mencionar. Si se hacía un desgarrón, que podía justificar dadas las horas que pasaba en el campo de entrenamiento, tendría un motivo plausible para acudir a verla. Y, una vez allí, no pensaba marcharse sin haber conseguido que aceptara dar un paseo con él.

Romper la camisa no resultó tan fácil como había imaginado. La cogió y la estiró tanto como pudo, pero la tela no cedió ni un milímetro.

«Esto parece una armadura», se dijo, esforzándose al máximo. No sabía quién había confeccionado aquella prenda pero, desde luego, se merecía figurar en los anales del clan. Probó con la segunda y luego con la tercera, con idéntico resultado.

«Con un cuchillo, tengo que hacerlo con un cuchillo», pensó, agradeciendo mentalmente a ese dios omnipresente sus buenos consejos. Con el cuchillo en una mano y la camisa en la otra no sabía muy bien cómo proceder a continuación. Si clavaba la punta y estiraba la tela, se desgarraría, pero ¿se notaría mucho que había sido un corte provocado?

Logan echó la cabeza hacia atrás y bufó. Aquello era totalmente ridículo. Harto consigo mismo y con la situación, se vistió y guardó el resto de las prendas. Pero el dios peregrino de las ideas soberbias volvió a la carga con una nueva iluminación. Logan pegó el costado a la pared, estiró la camisa y clavó la tela a la madera con la ayuda de su cuchillo. Una vez que la tuvo bien afianzada,

se movió de manera brusca en la dirección contraria. No pasó nada. La camisa seguía pegada a la pared y él había sufrido una sacudida que le había movido todos los huesos de sitio. Cuando se disponía a realizar el segundo intento, esta vez con más fuerza, se abrió la puerta. Duncan y Rodrick lo miraron desde el umbral, atónitos.

Logan pensó que la Tierra podía tragárselo justo entonces, a él y a ese dios peregrino. Ni se imaginaba lo que deberían estar pensando sus dos amigos viéndole clavado a la pared por el faldón de su camisa.

Capítulo 8

—Pero ¿qué diablos estás haciendo? —Duncan cerró la puerta a sus espaldas.

—Nada

—¿Nada? ¿Y por eso estás clavado a la pared?

—Me parece que Logan tiene un problema con la ropa —apuntó Rodrick, muy serio.

—Más bien con las camisas, diría yo.

—Espero que ahora no le dé por los tartanes.

—No es asunto vuestro —los cortó Logan, que trataba de desclavarse.

—Claro que sí. No sabemos si te has vuelto loco y por las noches vas a andar clavando nuestra ropa por toda la cabaña.

Logan retiró finalmente el cuchillo y se alisó la prenda, que apenas había sufrido daño. No se atrevía a mirarles a los ojos.

—¿Estabas intentando romperla? —Duncan era listo, muy listo.

—Más o menos.

—Más o menos, ¿qué? —Rodrick parecía realmente confundido.

—¿Tal vez para llevársela a cierta muchacha para que te la cosa? —No había duda. Duncan era el más listo de los tres.

—¿Estás hablando de Wallis?

—Sí, eso creo.

—¿Y vas a romper una de tus camisas por una mujer? —Rodrick lo miró como si no pudiera creer las palabras de Duncan.

—¿Y qué si es así? —A Logan le escoció el tono de su amigo.

—Nada, nada. —Rodrick alzó las manos en señal de paz—. Pero no creo que sea necesario llegar a esos extremos. ¿Por qué no vas simplemente a visitarla? Podrías darte un buen revolcón antes de la cena y...

—Si sigues hablando así te juro por Dios que no podrás volver a hacerlo en la vida. —La voz de Logan sonó tan fría y dura que sus dos amigos cerraron la boca—. Estás hablando de mi futura esposa.

Más que con un cuchillo, el silencio podría haberse cortado con un hacha de doble filo. Duncan fue el primero en romperlo.

—¡Joder, Logan! ¡Enhorabuena! —Se acercó hasta él y le dio un apretado abrazo.

Rodrick lo imitó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero, muchacho, ¿por qué no habías dicho nada? Si lo hubiera sabido... ya sabes, la mujer de un amigo es sagrada.

—¿Y cuándo será la boda?

—Eh... aún no lo sé.

—Bueno, tengo entendido que siempre son ellas las que deciden estas cosas. Además, habrá que esperar el retorno del padre Graham para celebrarla.

En aquellas latitudes, los asentamientos estaban muy separados entre sí y muchos de ellos no disponían ni de iglesia ni de un párroco que les atendiera, por lo que el padre Graham se desplazaba de uno a otro para officiar todos los sacramentos que hicieran falta.

—Sí, supongo que sí —asintió Logan, ligeramente avergonzado.

—Pero ¿por qué lo habéis mantenido en secreto? —preguntó Rodrick, ligeramente picado—. Somos tus mejores amigos.

—Yo... es que...

—Oh, joder. Ella aún no lo sabe ¿verdad?

—No, Duncan.

Los dos amigos clavaron en él la mirada. Rodrick fue el primero en soltar la carcajada y Duncan lo imitó un segundo después. Logan se sintió ofendido en primer lugar, pero luego se dio cuenta de lo ridículo que resultaba todo y acabó uniéndose a las risas.

—Y tratabas de romper tu camisa para tener una excusa para ir a verla.

—Sí, pero no se me ha dado muy bien.

—No te preocupes, nosotros te ayudamos.

—Solo quiero un pequeño desgarrón, ya sabéis.

—Claro, no hay problema. —Rodrick le palmeó el hombro—. Para eso están los amigos.

Con la camisa prácticamente partida en dos por la pechera, Logan se dispuso a ir en busca de Wallis. Se había vestido con una limpia, porque era imposible que pudiera andar por la calle de esa guisa.

«Para que te fíes de los amigos», refunfuñó.

El disgusto se le pasó rápido, en cuanto llegó a la altura de la casa y se la encontró fuera, desollando un conejo. Era un trabajo que había visto hacer cien veces, mil veces, a todas las mujeres del clan y a muchos de los hombres. Nunca había prestado demasiada atención, no era más que una de las variadas tareas que se realizaban allí a diario. Pero contemplar aquellas manos moviéndose con destreza, admirar aquel cabello cobrizo y aquella piel de terciopelo, le removió algo muy adentro, algo que le hizo dar un traspíe y que provocó que ella alzara la mirada.

—Hola, Wallis —la saludó él.

—Logan. —La mujer se centró en el animal y Logan habría jurado que su pulso, antes firme y enérgico, temblaba ligeramente.

No supo qué más añadir, así es que se limitó a observarla. Ella tampoco dijo nada, tan concentrada como estaba en su labor. Hubo un momento en el que la joven pareció tener dificultades para concluir la tarea.

—Me temo que ese cuchillo es demasiado pequeño para cortar eso. ¿No tienes otro?

—Sí —resopló ella—. Bueno, no.

—¿Sí o no?

—No, lo tenía, pero ya no lo tengo.

Logan sacó su puñal de la bota. Era un cuchillo de excelente factura por el que había pagado una buena suma. Se lo tendió cogiéndolo de la punta.

Ella pareció dudar un instante, pero acabó aceptándolo y continuó el trabajo.

—¿Y dónde está ese cuchillo ahora? ¿Lo perdiste? —Logan examinaba el que había estado usando y comprobó que era una herramienta barata y con la hoja demasiado gruesa.

—Más o menos.

—¿Siempre hablas tan poco o es solo conmigo?

Wallis alzó la mirada y se tropezó con sus ojos, tal vez ansiosos, tal vez heridos.

—Tenía un cuchillo muy bueno que me regaló mi padre, con una hoja tan fina como un cabello —hizo una pausa y regresó a su quehacer—. Se lo entregué a alguien como prenda de un amor que, sin yo saberlo, no era correspondido. Y cuando abandoné mi clan el cuchillo se quedó allí.

—Lo siento, Wallis, yo... no pretendía...

—Ya no importa.

—¿Y por qué ese... ese hombre no te lo devolvió?

—Rowan, se llama Rowan —respondió—. Yo no se lo pedí.

—Pero...

—No se me ocurrió, ¿de acuerdo? —Logan habría jurado que sus ojos despedían fuego verde—. Estaba... estaba demasiado herida y... no pensé en... en fin, da igual.

Wallis cerró la boca. Había hablado demasiado. ¿Por qué diantres aquel joven llegaba a confundirla tanto? Le había contado algo muy íntimo, algo que ni siquiera había compartido con su hermana. Se maldijo a sí misma y acabó de desollar el conejo en silencio. Una vez acabado, se lavó las manos a conciencia en una jofaina que había colocado al lado.

—Bien, ¿a qué habías venido?

—Yo... se me ha roto una de las camisas. —Logan le tendió la prenda.

Wallis la cogió y la desdobló. Alzó una ceja al ver el desgarrón, que iba casi desde el cuello hasta abajo.

—No sé si podré arreglarla sin que quede hecho un desastre.

—Ya... —Bajó la cabeza.

—¿Esto te lo has hecho entrenando?

—¡Sí! —exclamó, en voz tan alta que ella sufrió un sobresalto—. Eso es, entrenando.

—Ya veo. —Wallis entrecerró los ojos y observó la prenda una vez más. Habría jurado que aquel corte estaba hecho a propósito, era demasiado regular—. Lo único que puedo hacer es coser una pieza en la parte delantera, como si fuese un retal, para unir las dos partes. No quedará muy elegante, pero podrás volver a usarla.

—Lo que tú decidas estará bien —aseguró él, mientras asentía con fuerza.

—De acuerdo. Ven a buscarla en un par de días.

Logan asintió, pero se quedó allí parado, frente a ella, perdido en las pecas de su nariz y sus pómulos.

—¿Algo más, Logan? —Wallis sentía arder su rostro.

—Eh, no, no. Muchas gracias, Wallis.

En cuanto lo vio doblar la esquina, Wallis entró y se lavó la cara con agua fría. Tres veces.

En realidad, no había sucedido nada, se decía mentalmente Logan. Aun así, no podía evitar sentirse extrañamente feliz, como si hubiera dado un gran paso en lo que fuese que tenía con Wallis. Al menos habían hablado y ella le había hecho una confidencia. Bien es cierto que no de buena gana, se dio cuenta enseguida. Pero había confiado en él lo suficiente como para no cerrar la boca en cuanto se dio cuenta de lo que le estaba contando. Y eso aún lo hacía sentirse más alegre.

Ese secreto, además, le había dado una pista importante que explicaba el comportamiento de la joven. Había sufrido un desengaño amoroso no hacía mucho tiempo, era normal que no quisiera confraternizar con ningún hombre del clan todavía. Eso le hacía comprender que, posiblemente, no sentía por él una animadversión especial, no más al menos que por el resto, y eso significaba que tal vez hubiera un futuro aguardándole en el horizonte.

Su sonrisa, sin embargo, no encajaba demasiado bien en el campo de adiestramiento, donde en ese instante estaba luchando con uno de sus compañeros, que ponía más empeño que nunca, tal vez pensando que esa sonrisilla era alguna burla hacia su persona. Logan no necesitó esforzarse al máximo, era uno de los mejores guerreros del clan, tal vez solo superado por Iain Montroe y Duncan. Finalizó el ejercicio y se reunió con sus amigos, que parecían muy interesados en un grupo de jovencitos que se habían detenido en el borde del campo. Por sus tartanes era evidente que no eran de la zona.

—¿Y esos quiénes son?

—Vienen del clan Sinclair —aclaró Duncan—. Una mujer ha entrado a hablar con el *laird*.

—¿Van a instalarse aquí?

—No tengo ni idea, pero no me gusta el aspecto del que está en medio.

—¿Ese que nos mira como si nos estuviera perdonando la vida?

—Ese mismo. He oído que uno de los otros lo llamaba Fergus. Intuyo que, si se queda por aquí, nos va a dar más de un problema.

—Iain lo meterá en cintura en cuanto empiece a entrenarle —aseguró Logan.

—Eso espero.

—¡¡Logan!!

Los tres se giraron hacia donde había sonado el grito. El viejo Finn, justo en el borde del campo, sujetaba por el cuello de la camisa a dos críos llenos de mugre. Logan se aproximó, y no fue hasta que estuvo bien cerca que descubrió que se trataba de Neall y Alec.

—¿Qué ocurre, Finn?

—¿Que qué ocurre? —El rostro del hombre parecía congestionado y los ojos echaban chispas—. ¿Se puede saber qué les has dicho a estos chicos?

—¿Yo? —Logan no estaba muy seguro de lo que había ocurrido.

—Los he pillado en el corral de los cerdos, haciendo no sé muy bien qué. Dicen que es un nuevo entrenamiento y que tú también lo practicas.

Logan giró la cabeza en cuanto escuchó la risita de Rodrick, un paso tras él. Su mirada debió ser argumento suficiente, porque su amigo volvió a adoptar un tono serio.

—Seguro que ha sido una confusión —trató de explicarse.

—Pero Logan, tú... —comenzó Neall, tratando de zafarse de su captor.

—Espero que no sea verdad, Logan, y que no estés jugando con mis animales —le aclaró el hombre, muy serio y soltando al fin a los dos chiquillos—. Son el sustento de mi familia.

—Te aseguro que no tienes nada que temer, Finn. Solo estuve allí el otro día y no les hice ningún daño.

—Así es que sí estuviste en el corral.

Logan enrojeció hasta la raíz del cabello. Había caído en la trampa de la forma más absurda.

—Eh, sí. Lo siento, lo siento mucho. No volverá a repetirse.

—Desde luego que no, jovencito. Tal vez yo no sea muy ducho con la espada, pero apuesto a que aún puedo darte una buena tunda.

—Sí, señor.

El granjero se marchó a paso bastante ligero dada su corpulencia, con la espalda tan recta y orgullosa que podría haberse arado un campo de coles en ella.

—¿Se puede saber qué hacías con los cerdos, Logan? —preguntó Rodrick, que ya no podía contener más la risa.

—No hagas preguntas estúpidas —respondió cortante—. Y vosotros dos —señaló a los niños, que lo miraban con los ojos muy abiertos—, ¿qué diantres estabais haciendo allí?

—Pues Alec se quitó la camisa y se la tiró a los cerdos, como hiciste tú, y luego entramos a cogerla, y los bichos se pusieron a gritar y entonces apareció el viejo Finn y...

No pudo continuar. Las carcajadas de Duncan y Rodrick ahogaron cualquier sonido.

—Me alegra mucho que os resulte tan divertido —les dijo Logan unos minutos después. Había mandado a los dos chiquillos al lago para que se lavaran lo mejor que pudieran. No quería tener también problemas con sus familias—. Os alegrará entonces saber que nos he apuntado para la

próxima guardia en la frontera.

Las chanzas se terminaron de inmediato.

—¿Por qué has hecho eso? —Rodrick lo miraba entre enfadado y confundido.

—Porque nos irá bien salir unos días de aquí.

—¡Pero si aún no hace un mes que estuvimos!

—Solo será una semana esta vez.

—Pero...

—Está bien, Logan. —Duncan lo miraba fijamente. Intuía que había algo más tras aquella petición y, si Logan los necesitaba, allí estarían ellos.

—¿Cómo que está bien? —Rodrick se giró en dirección a su amigo—. Yo no quiero...

Duncan no necesitó abrir la boca. Sus ojos celestes hablaron por él. Rodrick bajó la cabeza.

—Por supuesto que está bien, Logan —dijo al fin.

—Gracias, muchachos. —Colocó una mano en el hombro de cada uno de sus amigos—. Salimos mañana.

Tener dos amigos como aquellos era otro de los motivos que hacían feliz a Logan. Cuando entró en el salón lo hizo con una sonrisa, que ni siquiera se borró cuando Iain Montroe le preguntó por los cerdos del viejo Finn.

Capítulo 9

Logan no había ido a recoger la camisa. Wallis había trabajado en ella durante días, no muy segura de lo que estaba haciendo. Supo que estaba de patrulla en la frontera con sus dos amigos, y eso la tranquilizó. Aún no comprendía por qué le había abierto su corazón de aquel modo, por qué le había explicado algo tan íntimo sin sentir vergüenza de compartirlo con él. De algún modo, intuía que, le contase lo que le contase a Logan, por muy extraño que fuese, él lo mantendría en secreto. Y, lo más importante, que no la juzgaría.

No entendía muy bien por qué, pero cada vez que pensaba en él le afloraba una sonrisa. Imaginar su cabello castaño, largo y ondulado, le hacía cosquillas en la piel. Recordar sus ojos color miel le provocaba ardor en las mejillas. Y su voz, sobre todo cuando adquiría aquel tono ronco, encabritaba su corazón.

De forma disimulada, había conseguido que su cuñado Stuart le contase algunas cosas sobre él, quién era su familia, cómo había llegado al clan siendo un niño, cómo había crecido allí y se había hecho un hueco en el clan, cómo había luchado con valor en Neville's Cross... Sí, sin duda se trataba de un buen hombre. Lástima que ella no estuviera interesada en él, ni en ningún otro.

Sin embargo, no puedo evitar que el cuerpo le temblara en cuanto lo vio acercarse por el camino. Así es que había regresado. Ella llevaba su carretilla hacia el lago y él parecía provenir de allí, con el pelo mojado y la camisa pegada al cuerpo, moldeando aquellas formas que habían comenzado a colarse en sus sueños. Al llegar a su altura se dio cuenta de que lucía un ojo morado y el labio partido, tal vez desde hacía un día o dos.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó ella, soltando la carretilla y luchando consigo misma por no tocarle la cara herida—. ¿Algún problema con los MacMunro?

—Eh... no. No es nada.

—¿No te habrás peleado otra vez con tus amigos!

—¿Con Duncan y Rodrick? ¡¡No!! ¿Qué te hace pensar eso?

—Llevas un ojo morado y una herida en el labio. Si no han sido nuestros vecinos del norte, ni tampoco tus amigos...

—No tiene importancia. Ha sido un pequeño accidente.

Ella le sostuvo la mirada y aceptó sus explicaciones, no muy convencida.

—Ahora iba hacia tu casa, veo que es mal momento.

—Sí, lo siento. Voy al lago, necesito más agua.

—¿Me permites que te acompañe?

—No es necesario, gracias.

—Será un placer, Logan. Muchas gracias por tu ofrecimiento —se burló él, tratando de imitarla, y cogió la carretilla sin esfuerzo.

Comenzó a caminar y ella se quedó allí parada, sin saber muy bien qué hacer. ¿Debía insistir en negarse? Le parecía totalmente fuera de lugar. Total, un corto paseo no iba a suponer ninguna diferencia, ¿verdad? Además, por una vez estaría bien contar con algo de ayuda a la hora de transportar los recipientes llenos.

Avanzaron sin hablar. De repente, ella no sabía qué decirle y, aun así, el silencio no le resultaba incómodo, como si hubieran caminado juntos durante años. Bajó la mirada hacia sus brazos. Se había arremangado la camisa y los antebrazos quedaban a la vista. Cubiertos de vello castaño y llenos de músculos, le cortaron momentáneamente la respiración. Carraspeó, confundida. ¿Cuántos brazos había visto a lo largo de su vida? ¿Cuántos torsos desnudos de guerreros entrenándose o jugando tras un largo día con las armas? ¿Por qué, entonces, la sola visión de aquel pedazo de piel la ponía tan nerviosa?

—¿Te sucede algo?

La voz de Logan la trajo de vuelta. Alzó la mirada. La había descubierto mirándole de una forma inapropiada.

—No... solo... solo me preguntaba... —¿Qué diablos podía decirle?

—¿Sí? —Logan se había parado y su voz sonó casi como una caricia.

—Me preguntaba... si te duele el ojo.

—¿En serio?

—¡Por supuesto!

—¿Eso era entonces lo que estabas mirando?

—¡Yo no estaba mirando nada! —Sintió el rubor arañando su rostro.

—Está bien, si tú lo dices será así. Mi ojo bien, gracias.

Logan desvió la vista y retomó el camino. A su lado, Wallis trataba de mantener la mirada fija al frente, aunque sentía la presencia de Logan a su lado como si de repente este hubiera duplicado su tamaño.

Una vez en el lago, la ayudó a llenar los recipientes y luego alzó la carretilla sin ninguna dificultad. Avanzó sin titubear y sin tropiezos, y Wallis lo odió un poco por ello, apenas unos segundos.

—¿Irás al festival de primavera? —le preguntó ella entonces.

—No, el clan no acudirá este año.

—¿No? ¿Por qué no? —Se detuvo y le lanzó una mirada de reproche, como si él fuese el culpable.

—No vamos todos los años, Wallis —le explicó—. Somos uno de los clanes situados más al

norte. Asistir al festival supone varias semanas fuera del asentamiento.

—¿Y eso quién lo decide?

—Nuestro *laird*, por supuesto —respondió—. Aunque tampoco le prohíbe a nadie asistir si así lo desea.

—Ya, pero sin la compañía de los guerreros, no sé si habrá mucha gente dispuesta a hacer el viaje y atravesar tierras de otros clanes.

—¿Tenías un interés especial en asistir? —le preguntó él, con un tono distinto de voz que Wallis no fue capaz de interpretar—. ¿Con la esperanza de ver a alguien, tal vez?

—Sí, la verdad es que sí —confesó ella, con los hombros hundidos.

Logan sintió un puñetazo de rabia en mitad del estómago.

—Hace mucho tiempo que no veo a mi hermana. —La voz suave de Wallis y el sentido de sus palabras deshicieron esa rabia al instante.

—¿Tu hermana?

—Eileen. Es solo dos años mayor que yo, ¿sabes? —le dijo, con la voz medio estrangulada—. Estábamos muy unidas. Se casó hace tres con un MacLean y no... no hemos vuelto a saber de ella.

—Lo siento, Wallis —le dijo él.

—El primer año mi madre y yo no pudimos asistir al festival porque mi padre acababa de morir. El segundo, fue ella la que no vino porque estaba embarazada, según nos dijeron los miembros del clan. Esperaba poder verla este año. Ni siquiera sé si soy tía. —Wallis ahogó un sollozo que a Logan le supo a hiel.

—Yo te llevaré si quieres.

—¿Qué?

—Yo te llevaré al festival. Si tú quieres ir, yo te acompaño.

Ambos se habían detenido en medio del camino. Wallis miró a Logan y supo que hablaba totalmente en serio.

—Logan, es un gran detalle por tu parte, pero no sé si el *laird* te dejará marchar, y tampoco creo que sea muy seguro. Además, no estaría bien que viajásemos solos durante tantos días... ya sabes.

Wallis se sorprendió a sí misma al pronunciar aquellas palabras, que le habían salido casi sin temblar, a pesar de que por dentro se sentía como una hoja movida por un huracán, con ganas de echarse al cuello de Logan y besarle hasta que se le cayera el mundo encima.

—Comprendo. Pero mi oferta sigue en pie si cambias de idea.

—Yo... no sé qué decir.

—Un gracias bastará —le dijo con un guiño—, de momento.

Llegaron a la cabaña en completo silencio. Logan era consciente de que Wallis se hallaba especialmente sensible, así es que no añadió nada más. La ayudó a llenar los barriles del interior y, cuando hubieron finalizado, se quedaron en medio del salón, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—¿Has podido arreglar mi camisa?

—¿Eh? Sí, sí, por supuesto —contestó ella, que pareció despertar de algún tipo de trance. Logan pensó que aquello le pasaba con cierta frecuencia.

—Yo... estoy muy a gusto aquí, pero me esperan en el campo de entrenamiento —añadió, viendo que ella no se movía.

—Oh, sí, claro.

Wallis fue hasta un rincón de la estancia, abrió un arcón y sacó un montón de tela. Cuando se dio la vuelta y lo vio allí de pie, apretó el envoltorio contra su pecho. De repente, se sentía culpable por lo que había hecho.

—Yo... quizás sería mejor que volvieras otro día.

—¿No la has terminado?

—Sí, pero... creo que debería empezar desde el principio. No... no sé si me gusta cómo ha quedado.

—Seguro que lo habrás hecho muy bien.

Pero Wallis no se movió. Se quedó allí de pie, mirándolo con los ojos muy abiertos, como si de repente tuviera miedo de algo.

—Wallis, ¿sucede algo?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Dónde está mi camisa?

—Aquí.

—¿Aquí dónde?

Wallis bajó la cabeza, indicando con la mirada que se encontraba entre ese montón de tela que tenía entre los brazos.

—Me encantaría verla.

—No... creo que no...

—No sabía que yo te gustara tanto como para retener una de mis camisas —le dijo él en tono burlón.

—¡No seas presuntuoso! —le soltó ella.

El momento de magia se había roto, al menos para Wallis. Aquel comentario le hizo recordar sus propias promesas. No importaba que Logan hiciera temblar hasta las uñas de sus pies, ni que fuese más guapo que un dios griego, ni que tuviera un corazón bondadoso. Había muchos hombres como él. Rowan era como él, o lo había sido al menos hasta aquel aciago día.

Muy resuelta de repente, se acercó hasta la mesa y depositó el montón de tela sobre ella. Retiró un par de prendas y sacó la camisa de Logan, que extendió sobre la mesa.

—Pero ¿qué...? —comenzó él, con la voz entrecortada—. ¿Qué...?

Wallis había colocado, tal y como le había dicho, un gran pedazo de tela en medio de la prenda, para unir las dos partes y esconder la costura. Pero sobre ese trozo añadido había bordado un

sinfín de pequeñas flores, mariposas y estrellitas, en distintos colores.

Logan la miró como si hubiera perdido completamente el juicio y ella le lanzó su mirada más inocente.

—¿No te gusta?

—Bueno, no sé si gustar es la palabra. —Logan tragó saliva de forma ruidosa y Wallis tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Le estaba bien empleado, pensó. Sabía que había roto la prenda a propósito, para ir a verla, y había decidido darle un pequeño escarmiento.

—¿Qué pena! —dijo ella, con toda la teatralidad que fue capaz de imprimirle a sus gestos. Cogió la camisa entre las manos y pareció observar los detalles de los bordados. —Con la de horas que me he pasado cosiéndola y buscando los colores que...

—¿Cuántas?

—¿Cuántas qué? —Lo miró, sorprendida por la pregunta.

—¿Cuántas horas?

—Uy, no sé, muchísimas —dijo ella, repasando con los dedos las finas líneas de los dibujos y exagerando para darse mayor importancia.

Pero Logan ya no miraba la camisa. La miraba a ella, observaba la línea de su mentón, el rizo rebelde que le caía a un lado de la cara y que había escapado de su moño improvisado, la largura de sus pestañas dibujando sombras sobre sus pómulos. Wallis le estaba explicando cómo había ido eligiendo los colores y no sabía qué más, porque no era capaz de prestar atención a lo que decía.

«Horas», pensó. «Ha dicho horas. Pensando en mí y cosiendo esa horrible camisa también para mí».

—Está bien, Wallis —le dijo al fin, tomando la prenda de sus manos con delicadeza, ante la sorpresa de la joven.

—Espero que la próxima vez tengas más cuidado en el entrenamiento, Logan —le dijo con retintín.

—Seguro que sí.

Wallis se dio la vuelta y cogió la pequeña caja de madera que había sobre la repisa de la chimenea, donde guardaba sus ganancias. Pesaba bastante, y eso la hacía feliz. Cuando Logan le hubo pagado por su trabajo, lo acompañó hasta la puerta y le dio las gracias por lo del agua.

Cuando cerró, no pudo evitar una risilla maléfica. Seguro que la próxima vez se lo pensaría mejor antes de destrozarse una pieza de ropa solo para tener la excusa de ir a verla.

Apenas tuvo tiempo de saborear su pequeña venganza. Cuando recogió el montón de tela de la mesa, descubrió que bajo ella había algo, largo, pesado y frío. Al retirar los retales, ahogó una exclamación.

Entre lágrimas de remordimiento y felicidad contempló el cuchillo que su padre le había regalado tanto tiempo atrás.

Entonces supo dónde había estado Logan esos días, y por qué había regresado con un ojo

morado y el labio partido.

Jamás se había sentido tan miserable.

Capítulo 10

Malcolm Montroe paseaba, una vez más, por el asentamiento. En esa ocasión, sin embargo, lo hacía con los hombros ligeramente hundidos y las manos cogidas a la espalda. Cualquiera podía ver que estaba preocupado. Motivos no le faltaban. Solo unos días atrás había recibido una visita inesperada. Megan Montroe, la viuda de su primo y amigo Harold, había ido a verle con su hijo Fergus y algunos amigos de este. En ese momento vivían en el clan Sinclair y pretendían que los acogiera. Ella nunca le había gustado mucho, pero le había hecho una promesa a su primo en Neville's Cross, sobre un charco de sangre por el que finalmente se le fue la vida. Decirle que no hubiera sido romper esa promesa, y él no era de ese tipo de hombres. Megan le había presentado a su hijo Fergus, un muchacho alto y fornido, pero con una mirada de suficiencia que no le gustó en absoluto. Intercambiaron unas cuantas palabras y se dio cuenta de inmediato de que era un bravucón. Y de que le traería problemas.

—Os aceptaré en el clan, pero será bajo mis reglas —les dijo a madre e hijo.

—Por supuesto, primo —contestó ella, con voz meliflua.

—Fergus acatará las órdenes de sus superiores, y sus amigos también.

Fergus había traído a unos cuantos muchachos con él, no sabía cuántos de ellos querían unirse al clan, pero los aceptaría llegado el caso. Era consciente de la fama del clan Montroe y de que muchos guerreros deseaban unirse a él. En ocasiones, se veía obligado a rechazar algunas peticiones, no quería enemistarse con otros clanes acaparando a los mejores hombres. En este caso en concreto, los lazos familiares y un juramento lo ataban a esa mujer, a ese adolescente y a quienes vinieran con él.

—Fergus lleva tu sangre, Malcolm —puntualizó ella—. Es un Montroe de la cabeza a los pies. Estoy segura de que te hará sentir orgulloso.

Malcolm dudaba de que aquello fuese a suceder, al menos de momento, pero tenía el deber de darle una oportunidad al chico. Tal vez su interior albergaba el tipo de hombre que había sido su padre.

—Está bien. Podéis instalaros aquí cuando gustéis.

Megan se mostró encantada, aunque Fergus no abandonó su expresión taciturna. La mujer se despidió y le dijo que en unas semanas volverían con sus cosas.

En ese momento, mientras paseaba por el clan, se preguntó dónde iban a alojarse. Megan era

familia, no podía residir en una de las cabañas. Que lo hicieran los muchachos estaba bien, cuanto antes se integraran en el funcionamiento del clan, mejor. Pero ella... quizás debería ofrecerle una de las habitaciones de la fortaleza. Aparte de su nieta Agnes, ninguna otra mujer había dormido allí desde la muerte de su esposa, muchos años atrás. Tal vez ya iba siendo hora de que eso cambiara. Y, si conocía a Megan como creía, la idea de vivir allí le iba a parecer fabulosa. De hecho, estaba seguro de que no tardaría en tomar las riendas. Bien pensado, quizás sería incluso una buena decisión.

Sin embargo, las dudas sobre todo aquel asunto le iban royendo los talones. Una vocecita le decía que había tomado una decisión equivocada, y no sabía cómo hacerla callar. Y no fue él quien lo hizo. Sin darse cuenta, había llegado a las cercanías de la casa de Wallis. La joven estaba en la puerta, charlando con Gideon, uno de los guerreros. Él parecía mostrarse encantador con ella, sonreía e hinchaba el pecho. Ella, en cambio, apenas le prestaba atención y le contestaba con monosílabos. Malcolm había oído que el negocio le iba bien, que varios jóvenes llevaban allí su ropa para lavar y que a la muchacha no le faltaba trabajo. Estaba convencido de que más de uno acudiría más veces de las necesarias. Al menos, eso es lo que él habría hecho.

Recordó su juventud, tan lejana ya que parecía la de otra persona, las tonterías que había hecho para impresionar a alguna moza o para destacar sobre sus compañeros de armas. Algunas anécdotas incluso le trajeron una sonrisa a los labios, y con ella llegó a la altura de los jóvenes, que lo saludaron con cortesía. Gideon aprovechó para despedirse de forma atropellada y se marchó. Malcolm se detuvo. Del interior de la vivienda emanaba un delicioso aroma que hizo que sus tripas protestaran. A saber qué hora era ya.

—¿Qué tal te van las cosas, Wallis? —le preguntó. Quería que se sintiera integrada en el clan.

—Muy bien, señor. Muchas gracias —contestó con timidez, pero mirándolo a los ojos—. He hecho un guisado de ciervo, ¿os apetece un plato?

Malcolm agradeció el gesto y se preguntó si el rugido de sus tripas habría llegado hasta la muchacha. La siguió al interior, donde el olor era aún más intenso, y más apetitoso. La joven le ofreció asiento y poco después colocó sobre la mesa un plato humeante, una hogaza de pan y una jarra de cerveza. Malcolm probó el guiso, dos veces. Era soberbio.

—Está delicioso —dijo al fin.

—¿De verdad? —Los ojos de la joven chispearon—. ¡Cuánto me alegra que os guste!

—¿No me acompañas?

—Eh, sí, claro.

Wallis se levantó, cogió un segundo plato y se sirvió una ración, bastante menos generosa. Durante unos segundos ambos comieron en silencio, él con apetito, ella como si fuera un pajarillo. Intuyó que su presencia la cohibía. De vez en cuando la miraba de reojo y la encontraba observándole, como si quisiera comentarle algo pero no se atreviera a hacerlo. No quiso preguntarle de forma directa, igual aún no estaba preparada para lo que fuese que quisiera decirle y no deseaba violentarla.

—¿Queréis un poco más? —le preguntó ella cuando vio que rebañaba el plato con un trozo de pan.

—Creo que debería negarme, no quiero que la cocinera del castillo se enfade si no pruebo su guiso—. Le guiñó un ojo y ella sonrió con timidez.

—Os podría guardar un poco para más tarde, por si pasáis de nuevo por aquí.

—Muchacha, no me tientes. Si el resto de tu cocina está a la altura de este estofado no volveré a comer en el salón.

—Comprendo. —Wallis bajó la cabeza.

—El deber de un buen *laird* es dirigir a sus hombres y mostrarse accesible y cercano, como un faro en una noche brumosa. En el salón comparto con ellos no solo las viandas y la cerveza, también los sinsabores de la vida y sus pequeñas o grandes alegrías. El amor y el respeto no se logran a base de órdenes, se trabajan día a día.

Malcolm Montroe hizo una pausa y bebió un gran sorbo de la jarra.

—A veces nada me gustaría más que llevar una vida sencilla, ¿sabes? Junto a una mujer bonita que cocinara solo para mí y que cuidara de estos viejos huesos que me han sostenido ya demasiado tiempo.

—¡No digáis eso! Sois muy joven aún.

—He vivido más de lo que nunca soñé —reconoció—. Demasiadas guerras, demasiadas pérdidas...

—Lo siento mucho.

—Tú eres todavía una chiquilla y ya has sufrido mucho también. —Posó su mano sobre la de la joven que, en comparación, resultaba diminuta—. Estos pequeños placeres nos alegran el corazón y nos calientan el estómago. Hoy tú has sido ese faro para mí, y por ello te estoy muy agradecido.

Cuando vio que los ojos de Wallis se humedecían, Malcolm Montroe decidió que había llegado el momento de marcharse.

Al salir, había olvidado el asunto de Megan Montroe y su hijo Fergus.

Wallis se apoyó contra la puerta que acababa de cerrar. La inesperada visita de su *laird* la había pillado totalmente desprevenida. Resultaba evidente que había sido del todo casual, que simplemente pasaba por allí y se había mostrado amable con ella, como siempre. Mientras ambos comían, la idea del festival de primavera rondaba su cabeza y tuvo que morderse la lengua en varias ocasiones para no preguntarle de forma directa. Al final no lo había hecho, por fortuna, y habían mantenido una charla en la que había descubierto una nueva faceta de aquel hombre increíble.

Retornó a sus quehaceres y cogió las prendas que le había llevado Gideon, que se había convertido, junto a Logan, en uno de sus clientes más asiduos, y se dispuso a lavarlas. También él

la había invitado a dar un paseo, y en otra ocasión incluso a sentarse a su lado en el salón, una de las escasas noches en las que ella acudió con su hermana y Stuart. Pero ella le había dado largas, igual que a Logan. Tal vez más. Gideon también era un hombre fuerte, atractivo y simpático, pero su presencia no despertaba en ella ningún tipo de sentimiento. No es que albergara ninguno tampoco hacia Logan, se dijo de inmediato y en voz alta, pero era innegable que su cuerpo reaccionaba de forma distinta con él. Como si dejara de pertenecerle a ella y solo quisiera estar a su lado. Recordó que había sentido algo muy similar con Rowan. Tal vez no con tanta intensidad, pero reconocía los síntomas. Y también recordó cómo había finalizado aquella historia.

Sin querer, sus ojos volaron hasta el cuchillo que Logan le había traído, y por el que parecía haber luchado con su anterior dueño. Aún no le había dado las gracias. Se sentía tan avergonzada por la jugarreta de la camisa que todavía no había logrado reunir el valor suficiente para hacerlo. Eso no la dejaba en buen lugar, desde luego, y le mortificaba imaginar lo que el guerrero debía estar pensando de ella.

Lo que Logan estaba pensando de Wallis no se parecía en nada a lo que ella imaginaba. Esa mañana, decidió vestirse con su nueva camisa, y acudió al campo de entrenamiento con todo el orgullo del que fue capaz. A varios metros de su destino los guerreros comenzaron a soltar comentarios y a reírse abiertamente. En otras circunstancias, por cualquier otro motivo, se habría liado a puñetazos con la mitad de ellos, y luego habría ido a por la otra mitad. Pero aquellos ignorantes ni siquiera eran capaces de entender lo que llevaba puesto, y mucho menos de apreciarlo. Sobre su piel llevaba impresas todas las horas que Wallis había dedicado a aquella prenda, todos los pensamientos que había volcado en aquel pedazo de tela, y que eran solo suyos. Así es que ignoró las risas y se reunió con sus dos amigos, que limpiaban sus armas en un rincón del patio.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Rodrick—. ¿Quién te ha hecho *eso*?

—¿Duele? —preguntó irónico Duncan, hincando un dedo en mitad de una de las estrellitas.

—No tanto como te dolerá el dedo si no lo quitas de ahí —respondió con una sonrisa.

—¿Wallis te odia?

—Espero que no.

—Oh, sí, yo diría que sí —aseguró Duncan.

—Pero... pero... ¿por qué te la has puesto? —preguntó Rodrick—. Digo... en lugar de quemarla, o de hacerla jirones, o de dársela de comer a los cerdos.

—No mientes a los cerdos —susurró Duncan.

—Oh, cierto. Lo dije sin pensar.

—La ha hecho para mí —contestó Logan, muy ufano.

—Sí, de eso no hay duda. —Duncan sonrió y continuó limpiando su espada.

—¿Eso es una mariposa?

—Apártate, Rodrick. —Logan empujó a su amigo, que se había inclinado para mirar la prenda de cerca.

—¡Pero es una mariposa! ¿La has visto, Duncan? Y hay flores, y estrellas, y...

—Duncan también tiene ojos —aseguró Logan.

—Que no sé si podrán sobreponerse a esto, amigo.

—A mí me gusta —afirmó Logan, y alzó la cabeza, como invitándoles a que le desafiaran.

Duncan lo miró entonces muy serio.

—No es por desanimarte, Logan, pero te das cuenta de que Wallis trata de burlarse de ti ¿verdad?

—Aunque seguro que no lo hace con mala intención —se apresuró a añadir Rodrick.

—Oh, lo hace con toda la intención, creedme —dijo Logan, con una sonrisa de oreja a oreja.

—De acuerdo. Ahora sí que no comprendo nada.

—Rodrick, ¿te imaginas cuántas horas ha pasado cosiendo esta... esta cosa?

—Uf, imagino que un montón.

—Bien. ¿Cuánto esfuerzo dedicas tú a burlarte de alguien que no te importa ni un ardite? ¿Un minuto? ¿Diez?

—Maldita sea, Logan. —Rodrick le palmeó la espalda—. ¡Eres un bribón!

Wallis estaba sentada en el poyete situado junto a la casa que Logan compartía con sus amigos. Al final se había armado de valor y había acudido a hacer lo que debería haber hecho días atrás, en cuanto Logan dejó aquel cuchillo a escondidas bajo el montón de ropa. Esa actitud, debía reconocerlo, la había desconcertado casi tanto como el hecho de descubrirlo. ¿Por qué no se lo había entregado de forma abierta? Sin duda la habría impresionado. No conocía a ningún hombre, guerrero o no, que no disfrutara alardeando de sus proezas. Dudaba que la timidez fuese una explicación plausible. Logan no poseía ese rasgo. Sí que en ocasiones se mostraba un tanto nervioso en su presencia, pero ella no lo achacaría a la timidez. No se le ocurría ningún motivo excepto ella, que no quisiera molestarla o hacerla sentir violenta. Y eso decía mucho de aquel hombre.

Llevaba un rato allí sentada cuando lo vio llegar. Tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír. Logan llevaba puesta la camisa, y parecía muy orgulloso de ella, al menos eso juzgó al ver cómo se pavoneaba al caminar. Entonces la vio allí sentada y su paso se normalizó. Se acercó con una sonrisa deslumbrante.

—Buenas tardes, Wallis —inclinó un poco la cabeza—. ¿No te parece que hace un día magnífico?

—Hace frío y ha comenzado a llover —gruñó ella, mirando hacia el cielo.

—¡Pero si solo son unas gotas! —Logan abrió la puerta y entró. Wallis no se había movido de su sitio—. ¿Te vas a quedar ahí?

—Yo...

No supo qué decir. Había esperado mantener aquella conversación en la calle, de forma rápida, y no sabía cómo negarse sin resultar grosera, y bien sabía Dios que de eso ya iba bien servida. Se levantó y lo siguió al interior. Lo primero que le llamó la atención fue que estaba bastante ordenada, teniendo en cuenta que en ella vivían tres hombres solteros. Logan cerró la puerta y ella se sintió como un animalillo que acaba de caer en una trampa. Rogó para que Duncan y Rodrick no tardaran en aparecer.

Logan se dirigió a la alacena, situada en la esquina izquierda, tomó un par de jarras y un barrilete y los colocó sobre la mesa de madera situada frente a la chimenea. Apiló un par de troncos en ella y encendió el fuego en un santiamén. Wallis no perdía detalle de sus movimientos, elegantes y precisos. Logan se situó junto a la mesa y con una mano le indicó una de las sillas.

—Gracias, pero no voy a quedarme tanto tiempo.

—De acuerdo —asintió—. Acércate al fuego, al menos.

—Creo que estoy bien aquí.

—Hace un instante tenías frío.

Wallis se mordió el labio, buscando inútilmente una réplica. Como si arrastrara una pesada cadena, se aproximó a la chimenea, aunque mantuvo cierta distancia de seguridad con respecto a él, que no se había movido de su sitio.

—Veo que llevas puesta la camisa.

—¡Sí! —Logan se miró el pecho, sonriendo—. A los chicos les ha gustado mucho.

—¿En serio?

—Oh, ya lo creo que sí. Han hecho todo tipo de observaciones al respecto.

—Escucha, Logan, yo... si quieres puedo volver a cosértela. Puedo quitar esa pieza de tela y ponerte otra en su lugar.

—¿Y qué bordarías en ella en esta ocasión? —le preguntó con sorna.

—Nada. —Wallis se sintió enrojecer—. Yo... lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, Wallis? —Logan dio un pequeño paso en su dirección.

—Yo solo pretendía... no sé lo que pretendía.

—No importa. Me gusta así.

—¿Te gusta? —Entrecerró los ojos y lo miró con detenimiento. Le estaba tomando el pelo, estaba segura de ello.

—Es... diferente.

—Oh, sí, de eso puedes estar seguro.

—Y la has hecho tú —dio otro pequeño paso en su dirección.

El corazón de Wallis comenzó a latir de forma apresurada. De repente, sentía mucho calor, sin duda se había acercado demasiado a la chimenea. Quiso moverse, pero los ojos brillantes de

Logan la mantenían atrapada, sujeta por alguna especie de hilo invisible. La boca se le secó y notó húmedas las palmas de las manos, que frotó disimuladamente contra la falda.

—¿A qué habías venido, Wallis? —Logan casi susurró su pregunta, levantando con ello todo el vello de su piel.

—Quería... quería darte las gracias. Por el cuchillo.

—Ah, eso —dijo él, como quitándole importancia.

Wallis observó su labio, donde apenas quedaba ya señal del corte, y el tono amarillento de la piel que rodeaba su ojo, que había adquirido un tono anaranjado con el resplandor del fuego.

—No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé, solo fue un pequeño paseo.

—¡Pero si son casi tres días de viaje!

—Mi caballo es muy rápido. —Le dedicó un guiño que la hizo temblar. Avanzó otro paso—. ¿Estás bien? ¿Sigues teniendo frío? Puedo añadir más leña al fuego.

¡Dios! Si añadía más troncos a la chimenea iba a salir ardiendo.

—No... no hace falta. —La voz le salió entrecortada—. Espero que Rowan no te hiciera mucho daño.

—¿Te preocupas por mí, Wallis? —Logan se movió un poco más.

—No... bueno, un poco. Pero solo porque no me gustaría que, por mi causa...

—Tú no me pediste que lo hiciera.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

Logan había acortado la distancia que los separaba a un suspiro. Wallis tuvo que alzar un poco la cabeza para mirarlo a los ojos. Y ese fue un gran error.

—Voy a besarte, Wallis.

—De... de acuerdo —musitó, incapaz de creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

Logan sonrió y agachó la cabeza en su dirección. La miró con tanta intensidad que pensó que se fundiría allí mismo y, antes de poder pensar en nada más, Logan rozó sus labios con los suyos.

Cuando era niña, Wallis y sus tres hermanas habían contemplado una gran tormenta, cargada de rayos y truenos. Uno de ellos impactó contra un viejo árbol que había al final del prado, que se partió en dos como una nuez. El chasquido había llegado hasta ellas con una nitidez pasmosa, acompañado de una intensa ola de calor y de un temblor que les puso la piel de gallina. Esas mismas sensaciones la asaltaron en el momento en el que Logan unió su boca a la suya, reclamando un territorio que, hasta ese momento, solo habían hollado otros labios. Sintió la lengua de Logan abriéndose camino y durante un breve instante la dominó el pánico. Aquello era territorio inexplorado. Los brazos de él la rodearon con suavidad, como si la envolviera en un capullo de lana mullida, y ella se abrió para recibirle.

La impresión fue tan fuerte que tuvo que agarrarse a su camisa para no perder el equilibrio. La lengua de Logan jugando con la suya la colmó de sensaciones, que se abrieron paso a dentelladas

desde todos los rincones de su cuerpo. Alzó los brazos y rodeó su cuello, deseando pegarse aún más a aquel torso musculoso y cálido, convertirse en aquellos hilos de colores que tatuaban su pecho y morir allí para siempre.

Ni siquiera era consciente de sus propios jadeos, de sus propios gemidos ni de su respiración entrecortada. Sentía las manos de Logan por todas partes, enredadas en su cabello, ancladas en su cintura, recorriendo su espalda o acariciando su costado.

Cuando él abandonó sus labios y comenzó a recorrer a besos su mentón y sus pómulos, Wallis abrió los ojos. La realidad del entorno la sacudió. Vio las vigas del techo y una pequeña telaraña sobre el rincón de la alacena. Había inclinado ligeramente la cabeza para darle acceso a su cuello, que en ese momento hervía de impaciencia y deseo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había llegado a esa situación?

Su cuerpo se envaró y retiró los brazos del cuello de Logan. No necesitó apartarlo de ella, él mismo se dio cuenta de que algo había cambiado.

—¿Qué sucede? —le preguntó Logan junto al oído, con un susurro que a punto estuvo de lanzarla otra vez a sus brazos.

—No... no quiero.

—¿Qué es lo que no quieres?

—Esto... no quiero esto.

Logan se apartó un poco. Sus ojos se enredaron una vez más y ella vio en ellos dolor, y decepción, y tristeza. Sintió ganas de llorar, y al mismo tiempo de acariciar aquel rostro y borrar de él todo atisbo de esa extraña mezcla.

—Debo irme, Logan.

—Wallis...

—Por favor —gimió ella.

Logan la soltó, sin más. De repente se sintió desnuda, frágil, incompleta. Él se giró un poco y se apoyó sobre la repisa de la chimenea, con la cabeza inclinada y su largo cabello ocultando sus facciones. Wallis apretó los labios y deseó posar una mano sobre su hombro, decirle algo, disculparse por haberse dejado llevar... lo que fuera. Pero no fue capaz de hallar las palabras correctas. Todo en su interior parecía haberse vuelto del revés y no sabía si algún día podría volver a colocarlo en su sitio.

Se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Antes de salir, le echó una última mirada. Logan no se había movido y ella salió a la tarde lluviosa sabiendo que acababa de perder su alma.

Capítulo 11

«Lo que me faltaba», suspiró Wallis al llegar. Edna la estaba esperando, con un recipiente que seguro contenía restos de estofado. Trató de ponerse su mejor sonrisa, pero no debió salirle muy bien, porque su hermana frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada —respondió.

—No me mientas.

—No lo hago.

—Wallis, soy tu hermana, ¿recuerdas? —Dejó el perol sobre la mesa y se encaró con ella—. No soy tu enemiga ni...

Wallis se echó a sus brazos. Edna olía a brezo y a guiso de ciervo, y allí, en aquel lugar que olía a hogar, dejó al fin escapar las lágrimas.

—Por Dios, Wallis, ¿qué te sucede? ¿Alguien te ha hecho algo?

—No —hipó ella—. Bueno, sí.

—¿Quién? ¿Quién te ha hecho daño?

—Logan.

—¿Qué te ha hecho ese malnacido? —El tono de Edna se endureció.

—Me... me ha besado. —Los sollozos apenas la dejaban hablar.

—¿Y qué más?

Wallis se retiró y la miró a los ojos.

—¿Te parece poco?

—Wallis, ¿te ha forzado? ¿Te ha obligado a besarle?

—¿Qué? ¡¡No!! ¡¡Logan jamás haría algo así!!

—Pero te ha besado.

—Sí.

—¿Y tú qué has hecho?

—¿Qué podía hacer? ¡Pues besarle!

—De acuerdo. —Edna la cogió por los brazos, la obligó a sentarse y le limpió las mejillas con la palma de la mano—. Logan te ha besado y tú le has besado a él.

—¡¡Sí!!

—Y eso es...

—¡¡Terrible!!

—¿Terrible? —Edna parecía realmente sorprendida—. Vaya, no sé por qué pensaba que ese muchacho debía besar bien.

—Sí.

—Sí ¿qué?

—Besa muy bien. —Nuevos sollozos acompañaron esa confesión. Wallis inclinó la cabeza y descansó la frente sobre sus brazos, doblados sobre la superficie.

—A ver si lo entiendo, Wallis. Estás llorando porque os habéis besado. ¿Acaso él...? En fin... ¿qué tal besas tú?

—¿Eh?

—Yo qué sé, niña. Igual no le ha gustado tu forma de besar y...

—No, creo que no —reconoció Wallis.

—Vale, entonces parece que tú también sabes besar.

—Pero no así.

—Así, ¿cómo?

—Pues... con todo. Ya sabes.

—¿Con todo?

—Sí. —Se inclinó en su dirección y bajó la voz—. Con la lengua y todo eso.

—¡Jesús! ¿Y solo os habéis besado? ¿Estás segura?

Wallis le lanzó una mirada que no admitía réplica.

—De acuerdo, de acuerdo —se defendió su hermana—. Estoy tratando de entenderte, Wallis.

—No tendría que haber sucedido.

—Desde luego, porque Logan no te gusta.

—No. Bueno... sí. Sí que me gusta.

—Vamos a ver. Te ha besado un hombre que te gusta y, por lo visto, al que tú también le gustas. —Edna se acarició la frente con la punta de los dedos—. Al parecer el beso ha estado bien y no ha pasado de ahí. Y tú estás llorando porque... porque... Oh, por Dios, ¡no me digas que tú esperabas algo más!

—¿Algo más?

—Bueno, ya me entiendes... lo que sucede entre un hombre y una mujer.

—¡¡Edna!!

Su hermana la miró con tanta fijeza que Wallis sintió que la desnudaba por dentro y por fuera. Se sintió incluso más expuesta que unos minutos antes, entre los brazos de Logan.

—Yo no quería que esto sucediera —le explicó, sonándose la nariz ruidosamente.

—Pero no te has resistido.

—No he sido capaz.

—¿Te ha sujetado con fuerza antes de besarte?

—Ni siquiera me ha tocado. Al menos no con las manos. Simplemente me pidió permiso y yo... yo se lo concedí.

—Entonces...

—No quiero casarme con Logan.

—¿Te lo ha pedido?

—Eh... no.

—Quizás te estás precipitando un poco, ¿no crees?

Wallis se hundió aún más en la silla.

—Tienes razón.

—De todos modos, no creo que haya muchos hombres mejores que Logan en el clan.

—Lo sé.

—Y tenerle como marido no estaría nada mal. Conozco a unas cuentas muchachas que estarían encantadas con la idea.

—¿Qué muchachas?

Por los ojos de Wallis cruzó una tormenta que Edna casi pudo sentir sobre su piel.

—Wallis, Logan es un hombre atractivo, un buen guerrero y una buena persona. ¿De verdad crees que permanecerá soltero mucho tiempo?

—Eso no es de mi incumbencia —balbuceó.

—Claro, claro.

—No quiero casarme. Al menos no todavía.

—Sí, ya me lo dijiste el otro día.

—No ha cambiado nada desde entonces.

—Excepto que te han besado.

—Bueno, sí, excepto eso.

—¿Todo esto tiene algo que ver con Rowan?

—¿Qué? —Wallis entró en pánico.

—La última vez que estuve en el clan suspirabas por ese muchacho.

—¡Yo no hacía tal cosa!

—¿Que no? ¡Pero si hasta le diste el cuchillo que te regaló padre!

—¡Eso no es cierto! —Wallis alzó la voz.

—¡Yo misma lo vi usarlo en un par de ocasiones! —Edna también levantó el tono.

Wallis miró a su hermana. Siempre olvidaba que era la persona que mejor la conocía en el mundo. ¿De qué valía tratar de ocultar lo que era evidente ya sabía?

—Pensé que te quedarías allí cuando viniera mamá —le dijo Edna, en un tono mucho más suave.

—Yo también lo creía.

—¿Qué sucedió? Yo... no quise preguntarte al llegar y luego pasó lo de madre y, en fin.

—Pretendía a la hija del jefe de los guerreros.

—¡Será malnacido!

Wallis soltó una risotada.

—Hermana, creo que nunca te había escuchado pronunciar tantas palabras soeces como hoy.

—Ya, bueno, la ocasión lo requería. —Edna sonrió—. O al menos eso parecía. De todos modos, me alegra que no te quedaras con Rowan, ese muchacho tenía la cabeza hueca y no me gustaba ni siquiera un poco.

—¿De verdad?

—Puedes preguntarle a Stuart.

—Oh, Dios, ¿has hablado de esto con tu marido?

—¿Y con quién iba a hacerlo? ¿Contigo? ¡Me habrías arañado!

—No, yo... no.

—Oh, ya lo creo que sí. De todos modos, Wallis, piensa que Logan no es Rowan. De hecho, si existe un opuesto a ese muchacho es precisamente él.

—¿Tú crees?

—Estoy segura de ello.

Wallis estaba casi de acuerdo, al menos hasta donde conocía al hombre que acababa de besarla, que no era mucho. Sin embargo, su corazón le decía que así era.

—Lo único que lamento de todo eso es que se quedara con aquel cuchillo. ¡Era magnífico!

—Eh, no. El cuchillo lo tengo yo. —Wallis enrojeció hasta la punta de las orejas.

—¿Se lo pediste antes de marcharte? —Edna aplaudió—. ¡Bien hecho, Wallis!

—Lo cierto es que no... no lo hice.

—¿Se lo robaste?

—Tampoco.

—Wallis, ¿podrías contestar con frases más largas? —Edna hizo una mueca, molesta.

—Logan fue a buscarlo —susurró.

—Creo que no te he entendido bien. —Edna rio—. Me ha parecido oír que Logan había ido a buscarlo.

Wallis la miró por toda respuesta.

—¡Dios bendito! ¿Le pediste a ese muchacho que se presentara en nuestro antiguo clan e iniciara una guerra por un simple cuchillo?

—¡Hace un rato has dicho que era magnífico! ¡Y yo no le pedí nada!

El ceño de Edna se había fruncido de nuevo.

—Estuvimos charlando y lo comenté, pero sin darle mayor importancia. Y unos días más tarde me lo trajo. No ha empezado ninguna guerra, Edna, no seas exagerada. Es probable que solo se dieran unos cuantos puñetazos.

Edna abrió mucho los ojos y movió la cabeza de uno a otro lado. Al final sonrió, se levantó y se alisó la falda, dispuesta a marcharse ya.

—Dios sabe que amo a Stuart con todo mi corazón, pero te juro que, si estuviese soltera, Logan

sería el candidato perfecto para ser mi marido.

No añadió nada más. Le dio un beso en la mejilla y salió por la puerta, dejando a Wallis aún más confundida que antes.

El buen humor de Logan había desaparecido como por ensalmo. Entrenaba con los guerreros y se esforzaba en ello, pero luego se iba a pasear solo. No acudía al salón y llegaba a la cabaña tan tarde que Duncan y Rodrick ya estaban dormidos. Cuando estaba con ellos esquivaba sus preguntas y hacía caso omiso a sus comentarios. Ni siquiera sabía qué decirles sobre Wallis.

Habían transcurrido cuatro días desde aquel beso, desde que había rozado el cielo con la punta de los dedos. Cuatro días desde que Wallis le había rechazado y se había llevado con ella los pedazos de su alma. Recordaba aquella última mirada, llena de arrepentimiento por lo que había sucedido entre ellos. ¿Cómo podían dos personas que habían compartido algo tan íntimo sentir algo tan diametralmente opuesto? Para él había sido poco menos que sublime. Sentirla en sus brazos, temblando de excitación, vibrando de deseo y respondiendo a su beso con aquel ardor, casi le hizo explotar el cerebro.

Sentado junto al lago, con la espalda apoyada sobre el rugoso tronco de un árbol, dejó que su mirada se perdiera entre el follaje que rodeaba la extensión de agua. Siempre le había gustado aquel lugar, aquel rincón en el que, sin duda, Dios tuvo que sentarse también a contemplar lo que había creado con sus manos. Le habría gustado llevar allí a Wallis y enseñarle aquel pedacito de Paraíso, al que se accedía por un sendero casi oculto por la maleza. Contempló la roca suspendida sobre las aguas, en la que se había imaginado besándola una y otra vez, y la mullida capa de hierba sobre la que le habría construido un lecho para amarla hasta morir.

Logan había llorado, tal vez, media docena de veces en su vida, y todas cuando era aún un niño. En ese instante, sin embargo, sintió el escozor de las lágrimas. No comprendía por qué se sentía tan huérfano en ese instante. Wallis no era nadie en realidad, nadie a quien fuera a echar de menos en su día a día, nadie a quien llevara años tratando y cuya ausencia fuese ahora imposible de llenar. Su corazón, sin embargo, hablaba en otra lengua, y le decía que esa mujer era la llave de su reino, la compañera de su sombra, la dueña de su destino. Solo que parecía hablar en una lengua que ella no era capaz de escuchar y eso solo podía significar que su corazón estaba equivocado. Y si un hombre no puede fiarse ni de su propio corazón, ¿qué le queda entonces?

«Tal vez necesita un intérprete», pensó esa voz que a veces graznaba en el interior de su pecho. Recordó una reunión, muchos años atrás, en la que un hombre proveniente del otro lado del mar había venido a hablar con su antiguo *laird*, y cómo otro había traducido sus palabras para que este entendiera su mensaje.

¡Eso era! Quizás Wallis no era todavía capaz de escuchar sus latidos, pero sin duda podía oír su voz, y con ella podía decirle todo lo que llevaba escrito en él y todo lo que esperaba que

escribieran juntos.

Logan se incorporó de un salto, se sacudió la ropa y echó a correr. A esas horas seguro que la encontraría en su casa.

Cruzó el asentamiento como si fuera a apagar un fuego y llegó frente a la puerta de Wallis sin resuello. Se tomó unos segundos para normalizar su respiración antes de llamar. Cuando ella abrió la puerta, perdió nuevamente el aliento.

—¡Logan!

¿Fue un destello lo que vio en sus ojos?

—Hola, Wallis.

La muchacha bajó la mirada, parecía incluso incapaz de enfrentarse a él. Logan no se desanimó.

—Necesito hablar contigo, es importante.

—Logan, yo no creo que...

—Solo serán unos minutos.

Wallis se irguió y entonces sí lo miró de forma directa.

—Eres un buen hombre, Logan —le dijo con una voz bastante firme—, y lo que sucedió el otro día...

—No digas que lo lamentas, por favor.

—No, no iba a decir eso —le flaqueó la voz.

—Bien.

—Pero no puede repetirse.

—No te gustó.

—¡Sí! Quiero decir... no.

—¿Sí o no, Wallis? —Se inclinó un poco hacia ella. Olía a lavanda y a hierba fresca.

—Esa no es la cuestión, Logan.

—¿Y cuál es la cuestión?

—¡No quiero ser la esposa de un guerrero!

Logan se retiró, con los ojos muy abiertos. Los guerreros eran, probablemente, los hombres más cotizados del clan.

—¿Y entonces con quién quieres casarte?

—Yo...

—¿Con un carpintero, un herrero, un...?

—¡Un bardo!

—¿Con un qué?

—¡Con un bardo! Eso es, sí. He soñado con eso toda la vida. ¡O con un juglar! Sé que es difícil comprenderlo, y que aún será más difícil encontrarlo, pero estoy convencida de que solo podría amar con todo mi corazón a alguien así. —Wallis no podía creerse todo lo que estaba inventando sobre la marcha y, lo que era peor, ni siquiera sabía por qué lo hacía.

—¿En serio?

—Total y absolutamente. Siento mucho si mi comportamiento te ha creado confusión, Logan. No era mi intención herirte.

Parecía realmente conmovida y supo que no podía culparla si su corazón hablaba un lenguaje distinto al suyo.

—Está bien, Wallis.

—No me guardes rencor, por favor. —Posó una mano sobre su antebrazo y sintió como si un rayo divino lo estuviera tocando desde el cielo.

—No, claro que no. No es culpa tuya.

Ella asintió y bajó la mirada. Ya no tenía nada que hacer allí. Frente a aquella puerta moría algo que ni siquiera había llegado a nacer.

—Será mejor que me marche —dijo, con un graznido.

—Sí, será lo mejor.

Logan se retiró un paso y, antes de darse la vuelta, la miró. Tal vez jamás volvería a tenerla tan cerca y quería grabarse a fuego aquella imagen. Ella recortada en el umbral, rodeada por el resplandor del fuego, con mechones de cabello cobrizo enmarcando su pálido rostro y con los ojos de hierba llenos de rocío.

Se giró y comenzó a caminar. Oyó la puerta cerrarse a su espalda y el sonido de su alma haciéndose añicos.

Un bardo.

¿Qué podía hacer un guerrero contra eso?

Capítulo 12

Wallis no pudo dormir esa noche, y tampoco a la siguiente. Las palabras que le había dirigido a Logan aún le quemaban en el paladar. Y la mirada que había visto en aquellos ojos antes de marcharse le escocía en las entrañas. ¿Había hecho lo correcto? Estaba orgullosa de lo que estaba consiguiendo por sí misma, sin ayuda de nadie.

«Eso no es del todo cierto», le susurró su conciencia. Malcolm Montroe la había ayudado. Y también Edna, y su cuñado Stuart. Incluso Logan. Y no podía olvidar a todos aquellos jóvenes que habían traído su ropa para lavar y que habían contribuido a que todo funcionase.

Pero también era cierto que se sentía sola y no le daba miedo confesárselo a su almohada. Su deseo de permanecer alejada de los muchachos del clan la había llevado a recluírse en su propia casa, de la que solo salía a buscar agua y a visitar, cada vez con menos frecuencia, a la familia de su hermana. Así es que sí, se había demostrado a sí misma que podía mantenerse sin la ayuda de ningún hombre, aunque no pudiera compartir esa alegría con nadie a quien realmente le importara. Porque su hermana Edna no contaba. Tampoco Stuart, se dijo. Ni siquiera Malcolm. De hecho, en la única persona en la que podía pensar era precisamente en Logan, ese mismo Logan al que, unas noches atrás, había echado tal vez para siempre.

En la penumbra de su hogar, bajo el tenue resplandor de las brasas, casi le pareció sentir los labios de Logan sobre los suyos, y revivió aquellas sensaciones que la habían recorrido por entero. ¿Sería siempre así cuando la besase? Porque, y eso no pensaba decírselo jamás a nadie, deseaba que volviera a hacerlo. Muchas veces.

Una de esas mañanas, mientras se afanaba en dejar impoluta una de las prendas que le habían traído, pensó una vez más en Logan. Lo hacía con frecuencia, pero esa vez era distinto. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde aquella noche? ¿Cinco días? No había vuelto a verle desde entonces y se dio cuenta de que le echaba de menos. Echaba de menos ver aquella sonrisa y sentir la caricia de sus ojos de miel.

Terminó todo lo rápido que pudo y decidió dar un paseo. Se peinó con cuidado, comprobó que su ropa estuviese limpia, y salió. La primavera acababa de estrenarse, pero hacía mucho frío y, aunque no llovía, el cielo mostraba un gris oscuro y pesado. Eso no la arredró. Se arrebujó en su tartán y cerró la puerta. Su andar era, en apariencia, despreocupado, como había visto a hacer a Malcolm Montroe tantas veces. Sus piernas, sin embargo, la instaban a caminar más deprisa, a

llegar cuanto antes a su destino. Y ese destino no era otro que el campo de entrenamiento. Ya a cierta distancia le llegó el sonido del entrecocar de los aceros, los gritos de los hombres y algunas risas. Intuyó que alguna de ellas pertenecería a Logan. Una de las cosas que más le gustaban de él era su sentido del humor.

Vio a Agnes y a Meribeth sentadas sobre los escalones que daban acceso a la fortaleza, muy concentradas mientras observaban a los muchachos. No le apetecía hablar con ellas en ese momento, así es que eligió la dirección contraria y recorrió el perímetro, echando rápidos vistazos al patio. Vio a muchos hombres realizando sus ejercicios. Conocía a varios de ellos, eran clientes más o menos asiduos, como ese Gideon que en ese instante peleaba con Rodrick. Si él estaba allí también estaría Duncan, y por supuesto Logan. Localizó al primero un poco más allá, pero no vio señal de Logan. Estaría en los establos, o en las letrinas, o tal vez adiestrando a los más jóvenes, muchos de ellos niños, que entrenaban en un lugar diferente. No quería ir hasta allí porque debería atravesar el patio de los mayores. Había tenido mala suerte. Probaría al día siguiente.

Decidió regresar dando un rodeo, y se dijo a sí misma que solo pasaba por delante de la casa de Logan porque necesitaba estirar las piernas y porque un poco de ejercicio le sentaría bien a sus músculos. No parecía haber nadie en su interior, pero ¿y si estaba enfermo? Tal vez se había quedado en cama y podía necesitar algo. Se detuvo frente a la puerta, indecisa. Se mordió el labio inferior mientras calibraba el alcance de lo que estaba a punto de hacer. Finalmente, tocó con los nudillos. Dos veces. No contestó nadie, así es que no debía estar allí.

¿Por qué de repente se sentía tan triste? ¿Por qué parecía faltarle el aire y tenía la sensación de que algo muy pesado se había instalado sobre su pecho?

Mucho más abatida de lo que esperaba, retornó al trabajo. Cuando terminó de doblar la ropa de esa mañana, cogió el ungüento que él le había traído el primer día y se lo aplicó con generosidad. Lo había usado a diario desde entonces y debía reconocer que era muy efectivo. En eso estaba cuando alguien llamó a la puerta. Dio un salto y corrió hacia la entrada. ¡Seguro que era él!

Edna estaba al otro lado y no le dio tiempo ni a saludarla.

—¿Qué tal estás? —le preguntó a bocajarro.

—¿Yo? Bien, ¿qué te ocurre a ti?

—He venido en cuanto me he enterado.

No podía ser que su paseo matutino hubiera despertado tanto interés.

—¿Qué es lo que te han contado?

—Que se ha ido.

—¿Que se ha ido quién?

—Pues Logan, ¿quién va a ser?

—¿Otra vez ha ido a patrullar la frontera? Qué raro, hace un rato he visto a Duncan y a Rodrick en el patio.

—Ha abandonado el clan, Wallis.

Muchos años después, Wallis aún recordaría ese instante con absoluta nitidez. El vuelco de su estómago, el grito silencioso que se le murió en la garganta, la pesadez de su cuerpo que ya no sentía como propio, y las ganas de abofetear a su hermana con toda su energía por su cruel mentira.

—Wallis.

—Sí.

—Dime algo. Llevas un montón de rato mirándome como si yo no estuviera, con la cara tan pálida que parece que te va a dar un desmayo.

—Estoy bien.

—No lo parece.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Volverá?

Edna no contestó y Wallis la miró.

—¿Volverá? —repitió.

—No lo sé, Wallis. No sé nada, solo que se marchó ayer.

—¿Ayer? ¿Sin despedirse? No, no puede ser. —Se negaba a creer que aquello fuese cierto.

Wallis se dio la vuelta y se dirigió a la mesa. Recogió el ungüento y empezó a ordenar un poco, como si con ello pudiera borrar las palabras de su hermana. Esta había entrado y había cerrado la puerta, pero no se había movido de allí.

—Wallis...

—Estaré bien, Edna. —Ni siquiera la miró, siguió alisando la colcha de su cama—. Lo que haga con su vida no es asunto mío.

—Pero...

—Por favor, Edna, tengo mucho trabajo pendiente. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

Su hermana no dijo nada. Abrió la puerta y se marchó. Wallis corrió hacia la entrada y la atrancó, por si acaso se le ocurría regresar.

Logan había abandonado el clan Montroe, y todo por su culpa. No, no podía ser cierto. Se negaba a creerlo. Si se había marchado debía haber otra explicación, y seguro que muy pronto estaría de vuelta.

Esa noche, frente a la puerta de la cabaña de Logan, Wallis tocó con fuerza. Había luz en el interior, así es que alguien le abriría. Tal vez el mismo Logan, y su sonrisa borraría todas las angustiosas horas anteriores, que no eran más que un batiburrillo oscuro en su cabeza. Pero fue Rodrick quien lo hizo.

—Hola, Wallis —la saludó, en un tono mucho menos amigable de lo acostumbrado, o al menos

eso le pareció.

—¿Está... está Logan?

—Ya sabes que no.

—¿Quién es? —Oyó otra voz masculina desde el interior. Sin duda se trataba de Duncan.

—Es Wallis. —Rodrick contestó con la cabeza vuelta hacia el interior.

—¿Y la vas a dejar en la puerta? —La voz sonó más cercana y Duncan apareció junto a su amigo, que terminó de abrir para cederle el paso.

Lo primero que le llamó la atención fue que la estancia parecía distinta. Más... vacía. Aquello era una pesadilla, estaba convencida de ello. De forma instintiva, dio un par de pasos hacia el interior y giró la cabeza, buscando la alacena. Allí seguía aquella telaraña, la que había visto días atrás después de que Logan la besara.

—¿Quieres tomar algo, Wallis? —le preguntó Duncan, invitándola a sentarse.

Rodrick no dijo ni una palabra, se limitó a ocupar una de las sillas y a contemplar el fuego como si fuese lo más importante del mundo.

—¿Dónde está?

—¿Por qué te importa?

—Rodrick, por favor. —La voz suave de Duncan pareció calmar el ánimo de su amigo.

—Entonces es verdad que se ha ido...

—Sí.

—¿Qué os dijo?

—Que tenía un problema familiar y que debía marcharse cuanto antes.

—¿Un problema familiar? ¿Sus padres están enfermos? ¿Alguno de sus hermanos?

—No entró en detalles.

—Pero volverá, ¿verdad?

—Se ha llevado todas sus cosas, Wallis. —Los ojos celestes de Duncan esquivaron su mirada.

Rodrick permanecía concentrado en el chisporroteo del fuego, como si ella no estuviera allí. Tenía los hombros hundidos, las piernas extendidas y la cabeza baja.

—No... no se ha despedido —musitó ella.

—¿Y te sorprende? —Rodrick la miró con acritud.

—Ya basta —terció Duncan—. Nadie puede obligarse a amar en contra de su corazón.

—Tienes razón, como siempre —repuso Rodrick, que se concentró otra vez en las llamas—. Lo siento, Wallis.

—¿Se ha ido...? ¿Se ha ido por mi culpa?

Los dos amigos intercambiaron una mirada llena de significado, que Wallis no se atrevió siquiera a intentar desentrañar. De repente, sentía que se ahogaba, que aquellas cuatro paredes caerían sobre ella y la sepultarían para siempre jamás.

—Creo... creo que será mejor que me marche —balbuceó, mientras se ponía en pie y se limpiaba las lágrimas con el tartán.

Duncan la tomó del brazo y la acompañó a la puerta. Rodrick ni siquiera alzó la cabeza. Cuando salió, ni se dio cuenta de que había comenzado a nevar.

Tres semanas son mucho tiempo. Muchas horas, muchos minutos, y muchas noches largas como una era. Así lo sentía Wallis al menos.

Seguía acarreado agua, continuaba lavando la ropa de los jóvenes y de algunos mayores, pero ya no encontraba aquella antigua alegría en su trabajo.

«Enhorabuena, Wallis», se decía, muchas más veces de lo que quería reconocer. «Has conseguido justo lo que querías».

Su hermana Edna la visitaba con frecuencia y, de vez en cuando, la obligaba a ir con ellos al salón, a relacionarse con los demás. Le aseguraba que no estaba dispuesta a permitir que languidciera en aquella casucha, y ella se dejaba hacer.

Coincidió pocas veces con Duncan y Rodrick, que la saludaban con cortesía, pero con frialdad. Sabía que la culpaban por lo sucedido. Ella también lo hacía. Cada minuto de cada hora.

«Para ser una mujer tan lista, Wallis», pensaba, «a veces eres completamente idiota».

Una de esas raras mañanas en las que lucía el sol, Wallis acabó pronto con su tarea y pensó en hacer una tarta. Decidió que no podía cambiar lo que había sucedido y que debía continuar con su vida.

Como siempre, la colocó sobre el alféizar de la ventana para que se enfriase y fue a buscar agua al lago. No tardó mucho tiempo, aquella parte de su trabajo podía hacerla ya con los ojos cerrados. A la vuelta, dos niños a los que no tardó en reconocer se encontraban sentados bajo su ventana. Echó un rápido vistazo a la tarta, que permanecía en su lugar, y no pudo evitar una sonrisa.

—Alec, Neall, buenos días.

—Buenos días, Wallis —respondieron al unísono.

A veces, pese a lo poco que se parecían, Wallis olvidaba que no eran hermanos, porque empleaban los mismos gestos y se movían como si fuesen el reflejo del otro.

Wallis dejó la carretilla en el suelo.

—No la hemos tocado —anunció Alec, muy ufano, como si aquello fuese una proeza.

—Aunque huele muy bien.

—Dejadme que meta el agua dentro y os serviré un pedazo.

Como si hubiese sido una consigna, los dos pequeños se afanaron en ayudarla y, en unos segundos, los recipientes habían sido vaciados en los barriles del interior.

Fiel a su palabra, Wallis cogió la tarta, cortó dos generosas porciones y colocó los platos en la mesa.

—¿Tú no vas a querer? —le preguntó Neall, con su pastel en la mano y a punto de darle el

primer bocado.

—No me apetece.

—¿Entonces por qué la has hecho?

—Para vosotros, por supuesto.

No sabía por qué la había hecho en realidad, imaginaba que porque significaba un pequeño paso en su camino hacia adelante. Observó cómo daban su primer bocado y se desilusionó al comprobar que sus rostros no mostraban el deleite que ella esperaba. De hecho, hacían unas muecas muy raras y se miraban el uno al otro, sin dejar de masticar...

Wallis giró la cabeza y miró la tarta. Tenía una pinta estupenda y olía aún mejor. Repasó mentalmente los ingredientes. ¿Se había equivocado en algo? Leche, huevos, harina, miel... ¡¡La miel!! ¡Había olvidado incorporarla a la mezcla! ¿Cuántas tartas había hecho en su vida? ¿Docenas, centenas? Jamás, en todos esos años, había olvidado algo tan básico.

Y de repente, sin previo aviso, comenzó a llorar. ¡Se había olvidado la miel! ¡La miel!

Neall y Alec intercambiaron entonces una mirada asustada.

—No llores, Wallis. Está rica —le dijo Neall, dando un buen bocado a su porción—. ¡Mira, si nos la estamos comiendo!

—¡Está buenísima! —Alec había imitado a su amigo y hablaba con la boca llena.

—¡Sí! Y si quieres nos llevaremos un trozo más para el camino.

Las palabras de los dos niños, que no sabían cómo consolarla, aún arreciaron más el llanto. Neall se levantó y se acercó a ella. Puso una de sus manitas sobre su brazo y la miró, con los ojos muy abiertos y desconsolados.

—No llores más, Wallis.

—Todo se arreglará. —Alec se había unido a su amigo.

—¿Por qué dices que todo se arreglará? —le increpó Neall.

—Yo qué sé. Mi padre siempre dice eso.

—Pues es una tontería.

—No, no lo es. Significa que, aunque algo esté mal, se puede reparar. Como cuando me rompí el brazo el año pasado.

Neall lo miró unos instantes, valorando el sentido de aquellas palabras.

—No pasa nada, niños —balbuceó Wallis, que no deseaba que aquellos dos ángeles se pelearan por su causa—. Estoy bien, solo un poco cansada.

—¿Te ayudamos a acostarte?

—¡Pero si aún es de día! —replicó el pelirrojo.

—Alec, ha dicho que está cansada. A lo mejor necesita dormir.

—No... no necesito dormir. —Wallis se limpió la cara con las manos y trató de componer una sonrisa.

—¿Estás mejor?

—Sí, muchas gracias a los dos.

—¿Podemos comer un poco más de tarta? —preguntó Alec, y Neall le dio un codazo que a punto estuvo de provocar una carcajada de Wallis.

—Creo que por hoy ya habéis comido suficiente —repuso ella—. Mañana haré otra, y esta vez no me olvidaré de ponerle miel.

—Entonces vendremos mañana. —Alec le dedicó una sonrisa mellada tan tierna que Wallis deseó revolverle el pelo y llenarle la cara de besos.

Los dos niños se dirigieron a la puerta. Neall se quedó un poco atrás y, antes de salir, se giró y la miró. Allí de pie, abrazada a sí misma, con los ojos hinchados y las mejillas húmedas, Wallis no quería ni imaginar el aspecto que tendría.

—Todo se arreglará, Wallis —le dijo, muy serio, antes de cerrar la puerta tras él, haciendo suyas las palabras de su amigo.

Pero Wallis sabía tan bien como nadie que había cosas que, cuando se rompían, no podían arreglarse.

A veces, había que volver a construirlas desde el principio.

¿Cuándo se había convertido Logan en una persona tan importante para ella? ¿Por qué no había sido capaz de apreciar lo mucho que significaba en su vida? ¿Y cómo había logrado colarse entre su piel y su alma sin que ella se diera cuenta?

Capítulo 13

Y a hacía más de un mes que Logan se había marchado. Cuarenta y un días para ser exactos, Wallis llevaba la cuenta. Cada vez estaba más convencida de que no regresaría jamás y que era ella quien debía ir a buscarle. Contó el dinero que había logrado reunir con su trabajo. No era mucho para alguien que ni siquiera tenía caballo propio, pero bastaría. Pensó en las cosas que querría llevarse con ella, por si acaso lo encontraba. Porque, si lo hacía, se juraba a sí misma que jamás se separaría de él.

Estuvo días pensando en sus opciones, en la mejor manera de hacer el viaje sin exponerse a demasiados peligros. Preparó diversos hatillos y probó a llevarlos de un sitio a otro, para calcular cuánto tiempo podría caminar con aquel peso. Cada uno era más pequeño que el anterior, y no tardó en comprender que debería viajar ligera de equipaje si quería avanzar a buen ritmo. Se llevaría solo lo imprescindible. Con un poco de suerte, convencería a Logan para regresar. Si no era así, comenzaría de cero en otro sitio. Ya lo había hecho una vez, y se había demostrado a sí misma que podía hacerlo.

¿El problema? Que no sabía ni por dónde iniciar la búsqueda. Escocia era grande, enorme para una mujer sola y a pie, podía llevarle meses encontrarle. Supo que debía hablar otra vez con Duncan y Rodrick. Tal vez ellos tuvieran alguna idea sobre su posible destino. Pensó también en hablarles de su plan. Estaba convencida de que tratarían de disuadirla, pero no se iba a dejar convencer. Tal vez incluso decidieran unirse a ella.

«Eso es imposible», se dijo. «No abandonarán su clan». Estaba sola en aquella aventura, y descubrió que no sentía temor. La recompensa final borraba cualquier obstáculo que pudiera imaginar.

Decidió visitarles esa misma noche, no quería demorar mucho más su partida. Dependiendo de lo que ellos le dijeran, debería decidir qué ruta tomar y qué provisiones le iban a hacer falta. En unos días, se pondría en marcha. Lamentaba tener que despedirse de su hermana, su cuñado, sus sobrinos y toda aquella gente que la había acogido con cariño, pero su destino tenía nombre propio y no pensaba aplazar el ir a su encuentro.

No había andado ni diez pasos cuando vio a su hermana y su familia acercarse.

—¡Qué bien que te encontramos! —Edna la saludó con un beso en la mejilla—. ¿Vienes a cenar al salón?

—Eh... no, no puedo.

—¿Y a dónde ibas entonces?

—Tengo un asunto que tratar con Duncan y Rodrick.

—Los hemos visto hace un rato. Iban en dirección a la fortaleza —apuntó Stuart, que a continuación riñó a uno de sus hijos por una nueva travesura.

Wallis torció el gesto. No quería mantener aquella conversación en público pero, de repente, la urgencia de hablar con ellos se había vuelto imperiosa. Tenía la sensación de que no podía retrasar más sus planes, de que no debía hacerlo.

—Os acompaño entonces.

Edna la agarró por el brazo y ambas se quedaron un poco rezagadas.

—¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió Wallis. Y se dio cuenta de que era cierto. Desde que había tomado la decisión de marcharse se sentía hasta liviana, como si se hubiera desprendido de un enorme peso.

—Te veo... distinta.

Estuvo a punto de contarle su propósito, pero aquel no era el momento. Sabía que se iba a enfadar y que iba a tratar de persuadirla de todas las formas posibles. Había decidido que se lo contaría en el último momento, cuando ya fuese inevitable. No deseaba tenerla pululando a su alrededor y enumerando las mil razones por las que su idea era una locura. Ella se las sabía de memoria.

—Hoy me he lavado el pelo, es todo —le dijo, para contentarla y para que no siguiera preguntándole. La explicación pareció bastarle, porque no tardó en cambiar de tema.

El salón estaba bastante concurrido, con gente de pie, charlando y bebiendo en pequeños grupos. Wallis se puso de puntillas para tratar de observar el gran recinto por encima de las cabezas de los presentes, pero todos eran demasiado corpulentos. No pudo ver ni a Rodrick ni a Duncan, aunque eso no significaba nada. Podían encontrarse en la otra punta de la estancia y ella no se daría ni cuenta.

Su hermana y su cuñado fueron saludando a los presentes y charlando con unos y con otros, tratando de incluir a Wallis en todas las conversaciones. Pero ella tenía la mente puesta en otro sitio y acabó sentándose en un rincón, repasando los preparativos de su viaje.

En el salón había mucho ruido pero, de repente, el volumen pareció aumentar. El cuerpo de Wallis se tensó. ¿Alguien había pronunciado el nombre de Logan? Se puso en pie y trató de localizar de dónde había provenido. Volvió a oírlo, esta vez en dirección contraria hacia donde ella miraba. Giró la cabeza. Escuchó algunas carcajadas, y luego muchas más. ¿Qué estaba sucediendo? Solo veía anchas espaldas y largas melenas. Sin detenerse a pensarlo, se subió sobre uno de los bancos y miró hacia donde lo hacía todo el mundo. Desde allí podía ver bastante bien el enorme grupo que se había reunido en el salón, y también la tarima. Hacia ella se dirigía un hombre con un pequeño laúd colgado a la espalda, vestido con una capa corta de color azul y una especie de boina con una pluma. ¡Había venido un juglar al castillo! Cuando el hombre se dio la

vuelta, Wallis tuvo que sujetarse con fuerza a la columna sobre la que se apoyaba. ¿Aquel no era Logan?

Se lo confirmaron los comentarios burlones de los presentes, y el hecho de que Duncan y Rodrick trataban de sujetarle por los brazos para sacarle de allí. Él se zafaba e insistía en permanecer sobre la tarima. Al final, sus dos amigos parecieron rendirse y Logan tomó asiento. Aún se escucharon más comentarios jocosos, mientras Logan parecía afinar su instrumento. Cuando sus dedos rasgaron las cuerdas por primera vez, el silencio fue absoluto. Solo entonces alzó la cabeza. Como si hubiera sabido en todo momento dónde se encontraba ella, sus miradas se encontraron y le dedicó una sonrisa que a Wallis le llenó el alma entera.

Y entonces empezó a cantar. Era una balada sobre la batalla de Bannockburn, aquella en la que el rey Robert the Bruce había vencido a los ingleses en 1314. Al menos eso pudo discernir ella en los primeros versos, porque el resto fue incapaz de escucharlo. Lo que hacía Logan con la música no tenía nombre, y eso pensaron también sus vecinos. Las risas y los abucheos ahogaban cualquier sonido que Logan pudiera emitir, aunque él no pareció darse cuenta. Cantaba mirándola a ella, como si fuera la más bella canción de amor y ella su única destinataria. Los ojos de Wallis se empañaron y durante el resto de la tonada no fue capaz de distinguir más que contornos borrosos. Al final, para alivio de todos, Logan terminó su actuación, y enseguida fue rodeado de amigos y compañeros. Wallis dudaba mucho que fuese para felicitarle por su actuación y que más bien sería una bienvenida al clan.

Se bajó del banco y se limpió las lágrimas. Se llevó las manos a la cabeza y trató de componer su peinado, ni siquiera recordaba cómo se había recogido el cabello. No sabía muy bien qué hacer a continuación. ¿Debía marcharse y esperar a hablar con Logan más tarde, a solas? ¿Debía buscar a su hermana? ¿Acercarse a él y darle la bienvenida? No tuvo oportunidad de decidirlo. Sintió su presencia a su espalda y, cuando se dio la vuelta, allí estaba él. ¿Siempre había sido tan guapo?, se preguntó, con las rodillas temblorosas y el pulso haciéndole cabriolas.

—Hola, Wallis.

—Has vuelto.

—Yo... ¿podemos hablar un minuto?

—Por supuesto.

Logan la tomó con delicadeza del brazo y ambos salieron al exterior. La noche era clara, cuajada de estrellas, y la temperatura era algo más suave que los días anteriores. Aun así, Wallis notó un escalofrío. Sentir a Logan tan cerca le revolucionaba la piel.

Se alejaron unos pasos de la puerta, hasta un rincón algo más oscuro. Allí, Logan se detuvo. De repente, pareció haber perdido las palabras. Wallis aguardó.

—Sé que no lo he hecho muy bien —dijo al fin.

—¿El qué?

—Ahí dentro —señaló con la cabeza en dirección al salón—. Pero aprenderé, te lo prometo.

—Logan... —Wallis sintió todas las lágrimas del mundo agolpadas en la garganta.

—No he podido ensayar mucho, ¿sabes? Ser un bardo o un juglar requiere años de enseñanza y práctica —la interrumpió—. Para empezar, me costó mucho encontrar a alguien que quisiera enseñarme un poco, y luego tuve que comprar un instrumento. —Le mostró el pequeño laúd—. Yo quería uno más grande, la verdad, pero no imaginaba que estos trastos eran tan valiosos y...

—Logan... —insistió ella.

—Déjame terminar, por favor. Porque si no lo digo todo ahora, no podré decirlo nunca —la interrumpió, sin mirarla siquiera. Tenía los ojos clavados en la punta de sus botas, como si allí llevara escritas todas las palabras que quería decirle—. No sé si algún día seré un buen bardo, es probable que nos muramos de hambre si tenemos que vivir de esto, pero te ayudaré a lavar la ropa hasta que sea lo bastante bueno para...

—Te amo, Logan.

—¿Qué? —Alzó la mirada y la contempló, vio sus mejillas mojadas, en las que parecían brillar las estrellas del cielo, un millar de chispas en sus ojos verdes y una media sonrisa que era todo lo que necesitaba para seguir viviendo.

—Que te amo, con todo mi corazón y para siempre —dijo ella, tomándole de las manos. Se quitó el tartán de los hombros y envolvió sus dos manos unidas con una esquina de la tela—. Y me encantaría que me hicieras el honor de ser mi esposo.

Logan la tomó por la cintura con la mano libre, la aproximó a su cuerpo y la besó como si hubiera decidido bebérsela entera esa misma noche.

—¿Eso es un sí? —le preguntó ella, unos minutos después, cuando al fin él pudo despegarse un poco de ella.

—¡Ya lo creo que sí! Entonces no lo he hecho tan mal ¿no? Ahora ya puedes cumplir tu sueño de casarte con un bardo.

—Ha sido horrible, Logan —le dijo ella con una sonrisa—. Y al mismo tiempo la cosa más hermosa que he visto jamás.

—¿De verdad?

—Y jamás he soñado con un bardo —confesó—. Mi verdadero sueño era encontrar a alguien como tú.

—Entonces cumpliré tu sueño, Wallis, todos los días desde hoy hasta la eternidad.

Logan se inclinó y volvió a atrapar sus labios.

Por fin sus corazones hablaban un mismo lenguaje.

Epílogo

Tres meses después

—¡Vas a llegar tarde a tu propia boda, Wallis! —Edna correteaba de un lado a otro, como una gallina sin cabeza. Estaba más nerviosa incluso que ella.

—No van a celebrarla sin mí.

—Oh, ¡eso ya lo sé! Pero no está bien que les hagas esperar.

—Solo he de hacer una última cosa.

Wallis rebuscó en un pequeño arcón situado a los pies de la cama, extrajo un largo objeto envuelto en un paño y lo dejó sobre la cama, esa cama que en unas horas compartiría con su marido. Echó un vistazo rápido a la cabaña. Con las cosas de Logan allí, aún parecía más pequeña, pero se apañarían, al menos de momento. Viviría con él aunque fuese en el interior de una grieta en la montaña, así es que aquello era poco menos que el Paraíso.

Pensó en ese hombre al que amaba con todo su ser, pensó en todas las cosas absurdas, imposibles y maravillosas que había hecho para demostrarle que también la amaba. La última había sido llevarla al festival de primavera, donde había visto al fin a su hermana Eileen y conocido a su sobrina Isobel. Duncan y Rodrick les habían acompañado y no habían sufrido ningún percance por el camino. El viaje había resultado maravilloso, habían compartido un montón de horas juntos, hablado de todo y de nada y se habían besado y acariciado como si el mundo se fuese a acabar al día siguiente. Cada vez que recordaba las manos de Logan sobre su piel sentía un vahído. Esa noche, al fin, iba a ser suya y a convertirse en su esposa hasta el fin de sus días. Se obligó a respirar despacio y en profundidad y tuvo que sentarse unos minutos.

—¡¡Wallis!!

Edna, que ya había abierto la puerta, se giró y se sorprendió al verla allí sentada.

—Ya voy. Dame... dame un segundo.

—¿Estás bien?

—No.

—Por Dios, no me digas que has enfermado.

—No. Es solo que...

—Ah, comprendo.

—¿Y si...?

—Todo saldrá bien, Wallis.

—Pero...

—Créeme, será maravilloso.

—¿Lo crees de verdad?

—No hace falta más que veros juntos para saberlo.

—¿Sí? —Los ojos de Wallis brillaron con una intensidad que Edna no había visto hasta ese momento.

—Te lo juro.

—De acuerdo.

Wallis se puso en pie y acompañó a su hermana al exterior. Lucía un sol radiante, que hizo brillar su pelo y las delicadas flores que llevaba enredadas en él, y se sintió invencible, a punto de lograr su sueño máspreciado.

Muchas horas después, tras una preciosa ceremonia y un largo banquete, marido y mujer traspasaron el umbral del que iba a ser su nuevo hogar. Logan no esperó ni a cerrar la puerta. En cuando puso un pie dentro, la envolvió en sus brazos y unió sus labios a los de ella.

—He deseado hacer esto desde que te vi esta mañana. ¡Estás preciosa!

—Tú también estás muy guapo.

Logan se había puesto su camisa bordada, que había provocado algunas carcajadas y que había llevado al padre Graham a preguntarle si de verdad iba a contraer matrimonio con aquello puesto. La respuesta del guerrero fue contundente y el hombre ofició al fin la ceremonia, sin cesar de mirar en dirección a aquellas figuritas coloridas y de mover la cabeza a derecha e izquierda, tratando de dilucidar si aquello formaba parte de alguna broma especial.

Logan cogió a Wallis en brazos y, sin dejar de besarla, se dirigió hacia la cama. Ella lo obligó a detenerse y le pidió que la bajara. Fue entonces cuando él vio aquel envoltorio sobre la manta.

—Es para ti —le dijo ella—. Un regalo de bodas.

Logan alzó las cejas y tomó el paquete. Supo lo que contenía antes de abrirlo y la emoción al comprobarlo lo dejó sin palabras.

—Empeñaste tu espada, la mayor posesión de un guerrero, para comprar el laúd, Logan. — Ambos miraron hacia un rincón de la estancia, donde el instrumento permanecía colgado desde aquella primera y única noche en la que había sido usado.

—¿Cómo la has encontrado?

—Hice algunas averiguaciones durante la feria de primavera.

—¿Ese es el motivo por el que andabas de un lado a otro durante el festival? No dejaba de sorprenderme que, después de haberme dicho lo mucho que echabas de menos a tu hermana, te diera por pasar la mayor parte del tiempo hablando con todo el mundo.

—No quería decirte nada, no sin saber si iba a poder recuperarla.

—Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Cuando supe dónde estaba, le pedí a Duncan que fuera a buscarla.

—¿Y por eso ha estado unos días fuera? ¡Qué rufián! ¡No me ha dicho nada!

—Vuelves a ser un guerrero y la que usas ahora no es lo bastante buena.

Logan se echó la mano al cinto, donde llevaba una de las que empleaban los muchachos en el campo de entrenamiento.

—¡Te habrá costado una fortuna! —Logan contempló de nuevo su vieja y querida arma.

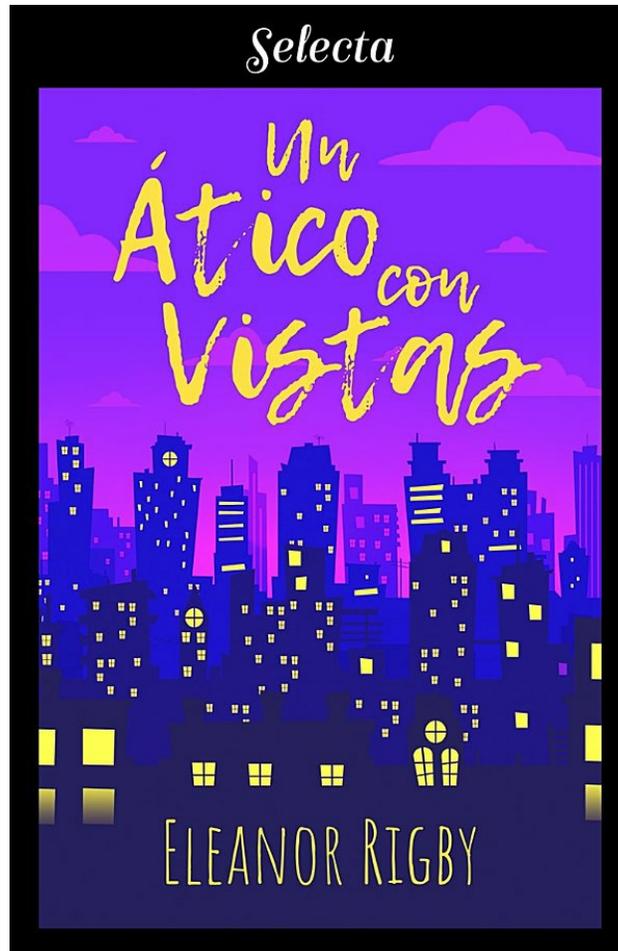
—Soy una mujer hacendosa y sagaz, Logan —le respondió con un guiño. Wallis había gastado casi todo lo que había ganado lavando y zurciendo la ropa de los jóvenes del clan. No se le ocurría un destino mejor que aquel para el que había sido empleado.

Logan la besó de nuevo, sin poder creerse aún que aquella maravillosa criatura fuese ahora su esposa.

Cuando una mujer ama a un highlander, pensó, también sabe cómo demostrarlo.

FIN

Si te ha gustado
Cuando un highlander ama a una mujer
te recomendamos comenzar a leer
Un ático con vistas
de *Eleanor Rigby*



Capítulo 1

El primer día del resto de mi vida

—Lo has visto, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, sin despegar la mirada del punto problemático.

Nadie diría que un sencillo folio pegado al tablón de entrada de una comunidad de vecinos pudiera sembrar tanta agitación. Y aviso que no pone nada de «tenéis veinticuatro horas para enviar un millón de euros a esa dirección de correo o volaré el edificio», sino un simple «SE BUSCA ASISTENTA».

Porque eso es simple. Lo que no lo es tanto es que lo haya firmado el legendario ermitaño del séptimo.

Yo no soy la única que nada en el shock. Tamara, cruzada de brazos delante de mí, tampoco pestaña. Ni Edu, a mi derecha y con el ceño fruncido, ni Eli, a mi izquierda, armada con su silenciosa prudencia.

Debe haber algo hipnótico en la tipografía. ¿O serán las escalofriantes mayúsculas?

Si le preguntamos a alguien de fuera por qué llevamos clavados en el sitio diez minutos, seguro que nos dice que nuestro único problema es que nos interesan demasiado las vidas ajenas. Y yo lo confirmo. Porque si nos dan diez más, tendrán al resto de los vecinos abanderando la causa. Seremos treinta personas mirando fijamente una pared.

En mi defensa diré que estoy perdiendo el tiempo porque presiento que tiene un truco. Ese hombre nos odia. No quiere saber nada de nosotros. Debe haber envenenado el papel. O tal vez sea una especie de broma para captar nuestra atención. Lo mismo sabe que ha dejado de ser la comidilla de la urbanización porque alguien ha comprado un apartamento en el cuarto y está celoso porque ahora toda la curiosidad gira en torno al nuevo.

Yo voto porque no quiere que le roben el protagonismo, y ha dado su primera señal de vida para recordarnos que sigue siendo el enigma más grande de la zona. Estaría en su derecho de reivindicarse, porque la leyenda ha llegado hasta la calle de al lado. Es toda una celebridad. Koldo, al que llamamos el «Porros» por su afición compartida con Bob Marley, estuvo a punto de hacer un reportaje sobre él para su trabajo de fin de grado. Lo canceló porque para eso habría necesitado que le concediese una entrevista, y nuestro amigo del torreón no estaba por la labor.

Si soy sincera, no sé a qué viene tanta expectación. No es que se le oiga arañando las paredes por las noches, lo que sí sería inquietante y nos movilizaría a todos para buscar una solución. Pero nada de eso. Parece que no hubiera nadie.

Es un milagro que estemos tardando tanto en aburrirnos de elucubrar sobre él. Si nos contentábamos antes era porque somos muy simples y todo lo que se plantee como un misterio nos saca la vena Sherlock. Todos los seres humanos sentimos el impulso de cotillear, y la gente de este edificio en concreto tiene la suficiente imaginación para entretenerse con el pirado del ático. Pero cualquiera se cansa de tanta tontería.

—Es un farol —determina Edu, tras una exhaustiva meditación—. Soy el amo y señor de este rellano. Lo guardo como un perro su hueso. Y juro por lo más sagrado que no he visto subir a

nadie al ático en el año y medio que lleva aquí... lo que significa que no ha tenido asistente nunca. ¿Para qué quiere a una ahora?

—Además —añade Tamara, ansiosa por hacer sus aportaciones—, se contrata a limpiadores cuando estás fuera de casa y no puedes encargarte tú. Él se pasa el día ahí dentro. ¿En serio necesita a alguien que le ayude?

—Puede que esté en silla de ruedas o postrado en la cama —pienso en voz alta—. Era una de las posibilidades, ¿no? Que fuera un tullido y por eso no diera la cara... Igual que lo de que lo esté buscando la policía. —Muevo la mano para abarcar todas las posibilidades que se han contemplado hasta ahora, que no son pocas y no tienen ningún desperdicio, lo puedo asegurar.

—Yo me inclino más por lo de ser un criminal —declara Tamara—. Fijaos, ha escrito «asistente». Con «a». Especifica que quiere a una mujer. No hace falta ser muy listo para saber para qué.

—Oye, que puede ser marica —se queja Edu. De eso sabe mucho. En serio, ha nacido con un «gaydar» superdesarrollado, y descubrir la orientación sexual de los más reprimidos es uno de sus múltiples talentos. Pero claro, para eso necesita verle la cara al tío en cuestión, y no tenemos ni idea de cómo es—. Aunque quién sabe. Viendo esto, no descarto que solo sea un sexista de lo peor.

—A ver —interviene Eli, con suavidad. Siempre empieza las frases con esa conciliadora muletilla. Entre eso y la vocecita susurrante perfecta para hacer ASMR, no le cuesta mucho disipar tensiones—. Tenemos que reconocer que cuando pensamos en un empleado del hogar, nos viene a la cabeza una mujer. Aunque haya excepciones, es un trabajo fundamentalmente femenino. Le habrá salido de forma involuntaria. No tiene que haber puesto «asistente» porque sea machista.

—Yo tampoco lo creo. Lo ha escrito así porque quiere chingarse a una morra. Si es que lo vengo diciendo. Es un violador reincidente que vive bajo arresto domiciliario y se ha cansado de vivir como los monjes —resume Tamara.

—Si estuviera arrestado, se lo habrían comunicado a la gente del edificio. En concreto a las mujeres —corrijo—. Y no hay que ponerse en lo peor. Yo sigo sosteniendo que es un señor mayor al que no le hace falta salir de casa.

—Pero te sigue pareciendo curioso el anuncio, porque no te has movido de aquí y te recuerdo que ni vives en el edificio —apunta Tamara.

Aparte de ser una de mis mejores amigas y rapidísima a la hora de hacer juicios de valor sobre otros, Tay es la excusa que tengo para visitar el número 13 de la calle Julio Cortázar. Tay y Eli, que viven juntas porque trabajan en el mismo sector, en el mismo negocio y en la misma cocina, de la que sacan los riquísimos platos que presentan en sus *caterings*. Su negocio se llama «El Yum y el Ñam», porque se supone que, si lo dices rápido, suena «el yin y el yang» y esas son ellas. Dos energías muy opuestas que se complementan a la perfección.

En cuanto a mí, vivo al margen de la hostelería y a unas cuantas calles de diferencia, en un piso ruinoso cuyo alquiler me saca tres cuartas partes del sueldo.

Solo por lo que cuesta debería tener el orgullo de pasar allí el mayor tiempo posible, pero en mi urbanización no son tan simpáticos, ni me sirven tarta de queso con frutos silvestres solo tocando a la puerta. Lo único relacionado con la comida que mis vecinos saben hacer es apestar el pasillo con pollo al curry a la una de la madrugada. Y a mí la comida india no me sienta bien, así que me ahorro las arcadas viniendo a socializar con la pandilla del número 13.

No voy a decir que sea la adoptada, pero los conozco a todos por nombre, apellido y apartamento. Algunos se dejan querer más y otros menos, pero en general me llevo bien con cada uno de ellos. Y no es porque yo sea increíble, aunque sea cierto que se me da muy bien la gente. La alegría es un lenguaje universal, y a mí eso me sobra por los cuatro costados. Pero incluso yo sé que no puedes gustarle a todo el mundo. Aquí ha dado la casualidad de que se han juntado todos los majos y educados de Madrid, porque no hay nadie que no se alegre de verme.

Bueno, sí que lo hay. Julian Bale, el ermitaño del ático. Ese sobre el que seguimos cuchicheando en mitad del rellano.

Reconozco que, por mi parte, no hay especial interés en quién o cómo sea. No soy una persona muy cotilla. Pero sí que me pregunto cómo lo hace para vivir así. Yo me vuelvo loca si paso más de una hora sin abrir el pico, y considero imprescindible el contacto humano.

Sé que la gente no necesita que la abracen entre cinco y diez veces al día para sentirse viva, pero algo que a todos nos hace falta es vitamina D y no lo he visto ni salir ni tomar el sol en el balcón. A lo mejor es que tiene una máquina de rayos UVA y el piso entero acondicionado para las distintas estaciones, pero si algo sé es que de brisa fresquita y calefactores no se puede vivir.

Digan lo que digan, necesitamos hacer la fotosíntesis, como las plantas. Si no, nos marchitamos.

Seguro que el señor está marchito. Y Eli opina igual que yo, porque dice:

—A lo mejor se siente muy solo y no sabe cómo comunicarse con la gente. En una situación así, habrá recurrido a la vía desesperada de emplear a alguien. Para que le haga compañía sin que se note que la necesita.

—Oh, vamos, esto es como la soltería de las *celebrities*. Si está solo es porque quiere — rezonga Edu, ofendido con la posibilidad—. Yo mismo he ido a su casa unas cuantas veces, y armado con un pastel de bienvenida. No me abrió. Con eso es fácil deducir que no quiere que le toquen ni los huevos ni a la puerta.

He salido muchas veces en su defensa, diciendo que puede ser tímido, que tal vez tenga un problema... Pero a Edu le duelen tanto las faltas de educación —y que le hagan el vacío— que es inútil intentar razonar. Y debo decir que después de los desplantes que le hizo a él y al otro par de valientes que quisieron ir a saludar, a mí se me han quitado las ganas de excusarlo.

Yo no fui ninguna de esas valientes, ¿eh? Tamara se presentó un día porque la retamos y estaba lo bastante borracha para olvidarse de que puede estar planeando un ataque terrorista. Virtudes Navas, la adorable anciana que vive en el cuarto A y come gracias a sus novelas románticas, lo hizo por preocupación. «Yo no he oído una mosca desde que se instaló. Tú verás que el chiquillo *sa matao* moviendo cajas».

Esta posibilidad dividió a la comunidad: unos dieron un paso hacia delante, asustados por si habían estado criticando la falta de cortesía de un fiambre, y dispuestos a enmendar su error enseguida. Otros retrocedieron ante la posibilidad de toparse con un cuerpo en descomposición. A mí todo eso de la muerte solo me gusta si se usa como recurso poético o tópico en un poema, pero me ofrecí a subir a comprobarlo.

De no haber visto cómo se encendían y apagaban las luces a través de una rendija, habríamos mandado a alguien a tirar la puerta.

No voy a negar que algunos sueñen con ese momento. La curiosidad está matando a toda esta gente, que se alimenta de las pequeñeces del día a día de otros. Julian Bale es el único cuya vida les queda por diseccionar. Ya le han puesto cara al que ambienta el edificio con sus porros a media tarde, la que chilla con acento argentino —sin ser argentina— cuando va a verla su amante y el que despierta a la comunidad entera con sus golpes a la mesa. Por lo visto, perder una partida de *Fortnite* es el fin del mundo. Incluso si tienes treinta y seis años y aún vives con tus padres.

Nadie es un misterio en este sitio, y es genial porque hay pocos juicios morales. Todos queremos a Álvaro, el okupa e hijo de los Román, y entendemos que siga con ellos. El paro puede ser tan duro como encontrar trabajo durante una crisis económica. Eso es lo que hemos intentado transmitir al inquilino del último piso: que estamos aquí para apoyarnos. Pero la aceptación social y el cariño de grupo no le tientan en lo más mínimo.

Solo un apunte. A lo mejor me he pasado incluyéndome en las expediciones y la preocupación por Julian Bale. Yo he vivido esto de cerca porque me gusta gorronear las sobras a mis amigas, pero no me he involucrado mucho. Ni falta que me hace. Tamara puede permitirse ese interés por un loco en un ático: acaba de dejarlo con su novio y cualquier distracción es bienvenida. Pero yo, que no doy abasto con tanto trabajo, no desperdicio mis horas libres pensando en alguien que, aunque me causa mucha curiosidad, sé que no me va a traer nada.

Ni bueno, ni malo. Solo no me va a traer nada.

—La pregunta es... Lo habrá puesto en Internet también, ¿no? Y en la calle. Porque si confía en que alguno de nosotros va a coger el trabajo después de todo, es que le han pasado factura los cabezazos contra la pared.

Edu está seguro de que así es como se entretiene, pero nadie apoya su teoría. No porque de haberlo hecho hubiera tenido que ir al hospital y no hemos visto ni una ambulancia —que también—, sino porque se escucharía. Las paredes del edificio fueron diseñadas para oír la cisterna, las conversaciones y los eructos del vecino. Tanto si lo quieres como si no. Y él parece que no va al baño, ni habla, porque no se oye nada.

—Son dieciocho apartamentos. Alguno se animará —responde Eli—. A lo mejor Anita, que dice que no puede tirar con lo que le pagan en el bazar chino y no le gusta depender económicamente de su novio.

—Rafa es una monada, y un cañón —se queja Edu—. No creo que le importe pagarle lo que sea.

—¿Qué tiene que ver eso de ser un cañón?

—Nada, pero no viene mal recordarlo de vez en cuando. A mí se me hace una imagen mental muy bonita y creo que es de ser buena persona transmitirla a los demás.

—Espero que pronto te den el Nobel de la Paz que mereces.

—Oye, pues yo espero que alguien del edificio coja el trabajo —intervengo, captando la atención de los tres—. Así se resolverá el misterio y todo el mundo podrá continuar con su vida sin que un tonto anuncio de empleo lo detenga durante... —Sacudo mi muñeca para mirar el reloj—. Veinte minutos. Ahora voy a llegar tarde. Al día de mi ascenso, para colmo. Menos mal que Manuela me lo perdona todo.

—¿Ascenso? —repite Edu.

Sonrío y me ahueco el pelo con un gesto vanidoso.

—Sí. Como está ya mayor, va a reducirse la jornada y eso me suma horas a mí. Voy a estar explotada, pero cobraré casi quinientos euros más.

—¿Y no me dices nada? ¡Te habría preparado algo para celebrarlo! Bueno, no es tarde. Podemos salir esta noche a tomarnos algo. Unas tapas y poco más, que mañana abro la peluquería una hora antes para que pueda cortarle bien a Akira antes de irse a trabajar.

Bato las palmas con el mismo entusiasmo que Tamara, que al igual que yo se apunta a un bombardeo si hay comida por medio. Ella porque es muy *gourmet*, como demanda el trabajo al que dedica su vida, y yo porque si no me pusieron «glotona» de segundo nombre no habrá sido por falta de identificación.

A la gente de fuera le resulta curioso que los españoles necesitemos la excusa de la comida para vernos; sin la promesa de algo bueno para picar o un par de cervezas frías, nos cuenta levantarnos. Yo no soy la excepción. Pasar el día de pie colocando libros, poniendo los precios y transportando las cajas en las que vienen, no te da muchas ganas de salir de picos pardos. Lo que quieres cuando llega la noche es sentarte en el sofá, tomarte un vasito de leche caliente o un té de hierbabuena e irte a la cama. Eli se apunta también en cuanto mencionamos el restaurante, porque dice que el vino allí es una delicia. Al igual que Tamara, ya lo sabía: llevo una semana dando la tabarra con el ascenso cuando, siendo objetivos, no me han dicho nada. Solo me han citado para hablar del futuro. Pero está claro que el futuro soy yo. Manuela es viuda, va a cumplir sesenta y tres años y su hijo no quiere hacerse cargo de la librería.

Yo soy la digna sucesora. Voy a inaugurar la nueva dinastía.

Ya tengo miles de nuevas ideas en mente para mejorarlo todo. Necesitaré una pequeña inversión, pero con ahorrar durante seis meses esos quinientos euros de más será suficiente.

Ser la encargada de una tienda de libros de segunda mano en una callejuela perdida no es el sueño de mi vida; no leo tanto como me gustaría y siempre he sido más de ciencias que de letras, aunque la gente diga lo contrario cuando me ve. Pero le tengo mucho aprecio a Manu. Es como una abuelita para mí. Pasamos momentos fantásticos juntas, y una no se aburre tanto catalogando como parece.

También es que yo no me aburro en ningún lado, pero con buena compañía y música sonando, menos aún. Y Manu es una de las pocas que apoya mi intención de empezar a estudiar para entrar en la universidad. Eso la hace positiva, y me encanta rodearme de gente optimista.

—Pues estoy por llamar al número —dice Edu, volviendo al tema. No van a dejarlo hasta pasado un tiempo; los conozco como si los hubiera parido. Julian Bale estará orgulloso de haberse convertido en la comidilla sin asomar la cara—. ¿Creéis que lo cogerá él o pasará la llamada a una secretaria?

—Yo creo que te pondrá en espera y te acabarán cobrando un pastón.

—O a lo mejor es una broma y suena una musiquilla graciosa, como las que ponen las operadoras —tercia Eli.

—Solo hay una forma de saberlo —les recuerdo, ajustándome el bolso al hombro. Empujo la puerta del portal y levanto las cejas—. Llamando.

—¡Ni de broma! No voy a darle tanta importancia. *No voy a hacerle saber que le doy tanta importancia* —se corrige él mismo, molesto—. A saber qué pensaría de nosotros si supiera que nos descoloca todo lo que tiene que ver con él. Seguro que se regodea, el muy sociópata ese.

—Pues yo estoy de acuerdo con lo de llamar. Podéis hacerlo con el resto de los vecinos, un día que os venga bien a todos —interrumpo—. Así os sacáis las dudas de encima.

—¿Para qué vamos a llamar? ¿Y si responde en serio? A mí se me caería la cara de vergüenza.

—Normal, con la de cosas que has dicho de él...

Tamara fulmina con la mirada a Edu.

—Oye, nene, que aquí nadie está libre de pecado. Yo creo que vive en arresto domiciliario por violador, pero recuerdo que tú dijiste que es uno de los rostros más buscados por la Interpol. Y los demás tampoco se quedan cortos. Álvaro dijo que debe estar perfilando un golpe de Estado o un ataque terrorista, Sonsoles cree que es un espíritu y Virtudes asegura que lleva muerto un año y medio. Y eso por no contar su posible paraplejia, el accidente que le dejó quemaduras de tercer grado en el cuerpo, y el hecho de que pueda tener un trastorno esquizoide de la personalidad que le obligue a estar recluido. Hasta Anita, que no puede ser más guapa y le encantan las Brontë, cree que su mujer lo tiene encerrado por loco. Igualito que el señor Rochester a su esposa.

—No te olvides de la versión de los niños —añade Eli, con una sonrisa—. Se supone que, si sale, solo lo hace de noche, por eso no lo vemos... Lo que lo convierte en un vampiro, un hombre lobo, un ángel negro, un demonio... o el mismísimo Batman.

—¡Dios! —exclama Tamara, llevándose las manos a la boca—. ¿Y si es puto? El otro día leí un artículo de un chavo de esos que decía que debía llevar su vida en secreto, porque la gente es muy envidiosa y crítica y no le gusta que se metan en su vida.

—Creo que lo de que no le gusta que se metan en su vida es un hecho —apunto—. No seas exagerada... Lo mismo solo tiene un laboratorio de metanfetamina, y como somos unos cotillas, no sale por si nos colamos a curiosear en su ausencia.

—Pero si con lo majos que somos nos haríamos sus clientes habituales —se queja Edu—, y eso

que a mí las drogas duras no me van. Por favor, mira cómo vive el Porros: apestando las escaleras, la azotea y la terraza de los tenderetes. ¡Y no le decimos ni mu! Sea lo que sea que le pasa, ese hombre no tiene perdón, y punto.

—A en punto tengo que estar yo en la librería, y por vuestra culpa no voy a llegar. ¿Por qué no hacéis una lista de lo que creéis que es —un vampiro, un traficante o un prófugo de la ley— y se lo preguntáis en esa llamada?

—¡Esa es una idea cojonuda! Pasaré la lista por debajo de las puertas —aplaude Edu—. Y tú vete de una vez a aceptar tu ascenso.

Lo abrazo ahora que tengo su consentimiento para marcharme.

—Está claro que Sonsoles tiene razón —sigue diciendo Tamara, negando con la cabeza—. Es un fantasma. Ninguna otra cosa explica que no se le oiga ni andar por la casa. En todos los edificios hay un espíritu, ¿no? Pues el nuestro está sobre nuestras cabezas.

Me reservo que es más probable que tenga unas zapatillas especiales o un suelo mucho mejor que el del resto de los vecinos, porque como me entretenga un poco más, ya no llego.

—Poneos guapos —les aviso, levantando el dedo—, porque voy a llevar los tacones de la suerte y quiero que todo el mundo lo celebre conmigo.

¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar un highlander por el amor de una mujer?



Wallis acaba de llegar al clan Montroe tras sufrir un desengaño amoroso y no quiere saber nada sobre el sexo masculino.

Logan, uno de los mejores guerreros del clan, ha puesto sus ojos en ella y está decidido a conquistarla a toda costa.

Una guerra de voluntades en la que el amor tendrá la última palabra.

Dos de los personajes secundarios de «Viento de otoño» (Vergara, mayo 2019) se dan cita en esta corta historia de lectura independiente ambientada también en las

Highlands.

Brenna Watson, licenciada en Historia y con estudios de Filología y Derecho, ha pasado los últimos quince años leyendo y corrigiendo novelas de otros autores, hasta que decidió sentarse frente al ordenador y escribir su propia historia.

Ha publicado pequeños ensayos sobre materias diversas, además de reseñas y entrevistas, en varios medios. Es una gran aficionada a la lectura y a las series de televisión estadounidenses, y le encanta comprarse zapatos. Vive en un rancho en las montañas junto a su marido, sus dos perros y tres gatos.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Brenna Watson

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-16-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cuando un highlander ama a una mujer

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Brenna Watson

Créditos